

AUREA CATENA HOMERI

La cadena dorada de Homero o
La Naturaleza develada

Libro I

Traducido de la versión francesa de M. Dufoumel, que fue editada por primera vez en
1772,
y realizada sobre el original publicado en Alemania en 1723, de autor anónimo y cuyo
editor fue Anton Kirchweger

Traducción L.

Aurea Catena Homeri

(La Naturaleza develada)

La Naturaleza develada o La teoría de la Naturaleza

En la cual se demuestra, por un análisis exacto de sus operaciones, cómo y de qué se originan todas las cosas, cómo ellas se conservan, se destruyen, y se reducen de nuevo a su esencia primordial

Prefacio

El primer paso que debe dar el que desea obtener el conocimiento de la Naturaleza, es examinar con la mayor atención cómo y de qué se originan todas las cosas naturales, tales como los meteoros, los animales, los vegetales y los minerales; cómo se conservan, y cómo se destruyen. Verá que esos diferentes efectos se operan por una misma causa; que cada cosa contiene en sí un principio de vida, que es también el de su destrucción; que ese principio es el mismo en todas, y que es ese agente universal que, según sus diferentes maneras de obrar, opera todas las generaciones y las disoluciones que mantienen y renuevan sin cesar este vasto universo.

Esto es lo que me propongo demostrar en esta obra, que es el fruto de mis observaciones y mis experiencias. Lo he escrito particularmente en favor de los amantes de la química quienes, por falta de conocer la marcha de la Naturaleza, trabajan al azar, siguen ciegamente los procedimientos que tienen ante los ojos, y se extravían continuamente en sus investigaciones, en detrimento de su salud y su fortuna.. Ellos encontrarán aquí una teoría clara, palpable, y que tiene la ventaja de ser fácil de verificar por la práctica, sin la cual uno no puede preciarse de ser verdaderamente instruido.

La he dividido en dos partes. En la primera, examino cómo y de qué todas las cosas han tomado y toman su origen. En la segunda, cómo ellas se destruyen, y he cuidado de apoyar todos los razonamientos en cosas conocidas o en experiencias fáciles.

Yo prevengo que no se encontrará en este tratado elegancia o pureza de estilo, tanto más que escribo en una lengua que me es extranjera. Pero en una obra de esta naturaleza, se deben considerar las cosas, más que la manera en que ellas son expresadas.

Yo prevengo también que al hablar filosóficamente de la Naturaleza, no he pretendido apartarme de verdades reveladas, estando persuadido de que, si yo no estuviera de acuerdo con estas, mi teoría sólo podría ser falsa.

PRIMERA PARTE

De la generación de todas las cosas naturales

Cap. I - *Lo que es la Naturaleza*

La Naturaleza es la masa de todos los seres que componen este mundo visible, y el principio distinguido de Dios, aunque emanado de él, que lo anima.

Dios sacó la Naturaleza de la nada por la virtud de su Verbo, que él había engendrado por toda la eternidad. Él quiso, y el verbo engendró un vapor, una niebla o un humo inmenso, e imprimió en él su virtud, es decir, un espíritu lleno de fuerza y potencia. Este vapor se condensó en un agua que los Filósofos han llamado universal y caótica, o simplemente *caos*; es de esta agua que el universo ha sido formado: es ella quien ha sido, como lo es todavía y lo será siempre, la materia primera de todas las cosas.

La generación del mundo por el Verbo no es, sin duda, menos incomprendible que la generación de ese Verbo divino, pero nos basta con saber, para el entendimiento de la Naturaleza, que todo lo que existe no era en el comienzo más que un vapor animado por su espíritu, y que éste devino palpable por medio del agua.

No costará trabajo concebir que el mundo haya sido formado por un vapor que se condensó en agua, si se considera no solamente que el agua se resuelve en vapores, y que éstos se reducen a agua, sino que todos los cuerpos cambian a vapores y agua en su disolución, como lo demostraremos en la segunda parte de esta obra.

Es fácil observar que el agua se resuelve en vapores; vemos principalmente en tiempo de verano, cuando el sol calienta las aguas de los lagos, ríos, manantiales, etc., que se elevan de ellos vapores que se extienden en el aire. Igualmente, cuando cae la lluvia, y a continuación el sol arroja allí sus rayos, vemos que los tejados mojados por esta lluvia humean y despiden vapores que se disipan en el aire.

Un campesino ve en su fogón, cuando hace hervir agua en una marmita, que el agua produce vapores que se exhalan en humo, y si quiere, puede, por la ebullición, reducir y cambiar toda su agua a vapores.

Vemos también que los vapores cambian a agua. Cuando las nieblas se espesan en nubes, esas nubes se resuelven en lluvia o en nieve, y vuelven otra vez a su origen.

Todos los destiladores ven también que los líquidos se elevan en forma de vapores al capitel de su alambique, y allí se condensan y corren por el pico, gota a gota o por chorritos.

Por último, no vemos otra cosa entre el cielo y la tierra sino vapores, humos y agua, que empujados por el calor central de la tierra, se subliman y elevan de nuestra esfera compuesta de tierra y agua, a la región del aire, y si pudiéramos percibir las sutiles emanaciones y los vapores sutiles de los cielos, veríamos sus influencias, que descienden de lo alto a lo bajo, mezclarse y unirse con los vapores terrestres que se subliman; pero si no los podemos ver a causa de la debilidad de nuestra vista, debemos concebirlos por nuestro espíritu, y a continuación volverlos palpables por la práctica de la química, y sentir que todo lo que ocurre en el microcosmos ocurre también en el macrocosmos, y que lo que está en lo alto es como lo que está en lo bajo.

Podemos entonces considerar como cierto que la primera materia de este gran mundo es el agua caótica, o un vapor reducido a agua, y hay dos cosas a considerar en esta agua universal: una visible que es el agua, y la otra, el espíritu invisible que le es inherente, de modo que se puede decir que esta agua es doble, es decir, dos cosas en una. El agua sin

espíritu no tendría fuerza, y el espíritu sin agua no tendría acción, porque es preciso necesariamente que haya un cuerpo para operar las cosas corporales; y Dios ha querido que sea el agua el medio por el cual ese espíritu puede operar todo en todas las cosas, porque ésta tiene la propiedad de mezclarse fácilmente con todo, y por su medio, el espíritu puede penetrar, ablandar, formar y destruir todo.

El agua es entonces el sujeto o el paciente, el cuerpo, la habitación y el instrumento, y el espíritu es el agente que opera todo en ella y por ella, el punto seminal y central de todas las cosas naturales.

Que aquel que desee penetrar en los secretos de la Naturaleza considere bien este punto, y que después de este punto central vaya a la circunferencia, como se dirá en los capítulos siguientes, y encontrará que todas las cosas están encerradas en todas las cosas, es decir, que este espíritu con la potencia generativa está distribuido en todos los sujetos del mundo entero, y que, como todas las cosas toman de él su existencia, ellas retornan también a él, y se reúnen con él después de su última disolución, es decir, que por una vicisitud continua la circunferencia vuelve al centro, y el centro a la circunferencia.. Y si él comprende bien esto, nada podrá detenerlo en el análisis de la Naturaleza, pues de un volátil hará un fijo, del dulce hará un agrio, del mal olor uno agradable, de un veneno una triaca, y de una triaca un veneno, porque conocerá lo que es la meta de todas nuestras búsquedas, a saber, que todas esas cosas sacan su origen de una misma raíz, y que pueden ser reducidas a ella. En efecto, aquellas no son destruidas en cuanto a la materia, sino solamente en cuanto a los accidentes, según su grado de volatilidad, de fijeza o de digestión. Es por eso que todos los Filósofos exclaman: *“Nuestra materia está en todas las cosas, en todo lo que nos rodea; por todas partes y a cada momento se la toca con las manos, o se la pisa con los pies: ella vuela ante nuestros ojos y nos choca, por así decirlo, a cada instante”*. Ellos nos advierten sin embargo que no busquemos este espíritu en todos los sujetos indistintamente, sino solamente en aquellos donde reside en mayor cantidad, donde es de mejor calidad, y donde se lo puede encontrar más fácilmente, pues aunque se encuentre en todos los sujetos, no deja de estar en alguno en mayor cantidad, fuerza y pureza que en otros; pero en cuanto al resto, está todo en todas las cosas.

Cap. II - *Cómo todas las cosas se originan*

En el comienzo el agua caótica universal era cristalina, clara, transparente, sin olor ni gusto particular; ella estaba también en un perfecto reposo, y todos los elementos estaban allí confundidos, pero pronto, por la acción del espíritu invisible que estaba en ella encerrado, se puso en movimiento, fermentó, se agitó, hizo nacer de sí misma una tierra, se pudrió y se volvió hedionda.

Cuando llegó a su término de putrefacción, el espíritu motor, obedeciendo las órdenes del Creador, separó las partes sutiles de las groseras en orden y por grados, y cada una se ubicó en el rango que le convenía: las sutiles arriba, y las groseras abajo, según el orden que percibimos en la Naturaleza. Las más sutiles compusieron lo que llamamos el cielo o el fuego, y las subsecuentes por grados, el aire y el agua, hasta las más groseras que compusieron la tierra. Pero es preciso notar bien que estos cuatro elementos no difieren unos de otros más que por sus grados de sutilidad o fijeza, y que es siempre el agua caótica quien, de desordenada que estaba en su origen, devino cuádruple por la separación de los elementos.

Después de esta separación, Dios quiso que la esfera de cada elemento fuera poblado por toda clase de criaturas de una naturaleza análoga a su grado de sutilidad; que el cielo produjera cuerpos luminosos, el aire sus meteoros; el agua sus animales, sus plantas, sus minerales, la tierra igualmente, y que todas esas criaturas tuviesen la facultad de multiplicarse. Pronto el espíritu generador, ejecutando su voluntad, produjo las simientes de cada esfera, y les dio la forma, según los modelos trazados en la Inteligencia Suprema; y es el mismo espíritu que, por la virtud multiplicativa casi infinita de la cual estaba dotado, debía operar en ellas la reproducción, habiéndose vuelto, al especificarse en todos los individuos, el punto seminal y central de cada microcosmos, como era el del macrocosmos.

Dios quiso también que cada elemento produjera su semejante, o brotara continuamente de su centro una simiente, y que de esas simientes reunidas naciera un agua de la misma naturaleza que el agua caótica primordial para la generación, conservación, destrucción y regeneración de todas las cosas creadas. Yo llamo a esta agua caótica regenerada, simiente universal, e incluso alma y espíritu del mundo, porque ella no es otra cosa que el espíritu universal no especificado, vuelto visible en forma de agua.

Explicaré en los capítulos siguientes lo que es esta agua, y cómo ella se engendra. Haré ver que ella está entre las manos de todo el mundo, que podemos incluso someterla a nuestras experiencias, y estas experiencias, al demostrar que ella tiene todas las cualidades que he atribuido al agua caótica universal, probarán al mismo tiempo la verdad de mi teoría sobre el desarrollo de la creación del universo.

Cap. III - De la generación de la simiente universal, y cómo se hace ella

El espíritu motor, obrando sin cesar en el seno de cada elemento, excita un movimiento continuo que produce calor, y este calor hace salir vapores, poco más o menos como los que se exhalan de todos los cuerpos por la transpiración. Esos vapores o emanaciones se llaman ordinariamente influencias, cuando vienen de lo alto, y exhalaciones, cuando vienen de lo bajo.

Son esas emanaciones del cielo, del aire, del agua y de la tierra que, como otras tantas simientes particulares, engendran por su reunión la simiente universal. La simiente del cielo se mezcla primero con la del aire, la simiente de la tierra con la del agua; después, de la unión de esos dos compuestos, como de la unión del macho con la hembra, nace un agua caótica regenerada para el nacimiento, conservación, destrucción y regeneración de todas las cosas; y eso hasta que plazca a Dios destruir este universo.

El cielo y el aire son el padre, el agente o la parte activa; el agua y la tierra son la madre, el paciente o la parte pasiva: de donde se ve que, aunque los cuatro elementos parezcan muy opuestos, si se compara una extremidad con la otra, y que obrando de una manera contraria no pueden jamás producir nada, no obstante ellos operan, cuando se unen en orden, y hacen todo lo que el Creador les ha comandado hacer, sin excepción.

No se puede ir de una extremidad a la otra, sin pasar por un medio. Este axioma de los Filósofos es y será siempre verdadero, y los Artistas deben inculcárselo bien, pues hay una infinidad que yerran en esto, por falta de considerar bastante este punto esencial.

En efecto, el cielo no podría jamás reducirse a tierra, sino por medio del agua y del aire, y la tierra no puede jamás devenir cielo, sin el agua y el aire, que son las cosas intermedias entre el cielo y la tierra. Igualmente el cielo se reducirá muy difícilmente a agua, sin el aire; y la tierra no devendrá jamás aire sino por medio del agua.

El cielo es sutil, puro, claro y muy volátil; la tierra por el contrario es grosera, espesa, tenebrosa y muy fija, y si alguien intentara unir y fijar juntos el cielo, que es muy volátil, con la tierra, que es muy fija, no lo lograría jamás, sino que lo muy volátil se evaporaría al menor calor, abandonando lo fijo. Que un Artista tenga entonces continuamente este punto ante los ojos, a saber, que jamás, en cualquier cosa que sea, lo muy sutil y lo muy fijo se dejarán atar y unir juntos, sin su medio conveniente; de otro modo perderá su materia, su tiempo y sus gastos.

Así, quienquiera desee reducir el cielo o fuego a tierra, debe unirlos antes con su medio, entonces se unirán al momento, mientras que sin eso, haría falta, por así decirlo, toda una eternidad para unirlos. Haz descender el cielo al aire, que es su medio; se unirán sin combate, porque son ambos de una naturaleza sutil. Cuando estén unidos, dales el agua, como un medio entre el aire y la tierra, y se unirán todavía al momento. A continuación, dales la tierra; de esta manera la unión se hará por los grados intermedios convenientes, descendiendo de un grado muy sutil a uno sutil, de uno sutil a uno más espeso, y de éste a uno muy espeso; y no de golpe de uno muy sutil a uno muy espeso. De lado contrario, reduce la tierra a aire por medio del agua, el agua en cielo por el aire; porque son todos una misma cosa en cuanto a su materia y a su origen, también así uno debe ser la ayuda y el conductor del otro, y se debe preparar uno por el otro.

Esto no puede ser de otro modo, y no se podría transgredir esta regla de la Naturaleza. Esto debe ser observado en todas las operaciones químicas, sin lo cual no se tendría éxito en nada, o en muy pocas cosas. Pero se me dirá ¿es que un elemento no sería más que un grado más grosero que aquel que le precede inmediatamente? ¿No vemos por el contrario que el

agua es varios grados más grosera que el aire, y del mismo modo, la tierra varios grados más grosera que el agua?

Sí, sin duda; el cielo y el aire, tanto como el agua y la tierra, están divididos en sus grados de sutilidades; no es la tierra más grosera la que se mezcla inmediatamente con el agua sutil, ni tampoco el agua más grosera con el aire más sutil, o el aire más espeso con el cielo sutil, pero lo muy sutil del cielo se une pronto con lo más sutil, y éste con lo sutil. Cuando éstos están unidos, influyen sobre el aire más sutil, y después de su unión, sobre uno más espeso. Después de eso influyen sobre el agua más sutil, ésta sobre el agua más espesa hasta la muy espesa, y es solamente entonces que comienza a mezclarse con la tierra sutil, hasta que deviene más y más espesa y grosera, y finalmente todo se reduce a piedra.

No es necesario sin embargo imaginarse que esos grados están ubicados uno sobre otro, como en una esfera particular. La Naturaleza ha mezclado juntas la tierra sutil y la gruesa, y ha forzado al fuego a entrar allí también con el agua y el aire. Ha mezclado también de la misma manera el agua, el cielo y el aire, si bien nuestros ojos no pueden percibir más que una pequeña diferencia. Sólo es en el análisis que se ve cómo lo sutil se despega de lo grueso, sube a lo alto y se separa de él.

He aquí una experiencia que prueba que la naturaleza no mezcla jamás las cosas confusamente, sino siempre conforme a sus diferentes grados de sutilidad.

Toma una tierra cualquiera de los campos o de los alrededores, viértele agua y machácalas juntas para mezclarlas bien, déjalas a continuación reposar durante algún tiempo. Verás que el agua dejará caer la tierra grosera, y se cargará solamente de la sutil que es la sal. La sal, como tierra virgen, se une con el agua. Cuando esta parte terrestre ha sido sacada, el agua no puede obrar más sobre la tierra grosera que resta, porque es muy débil para eso. Es por eso que es necesario que antes reduzcas también en agua con ella y por ella la tierra virgen de la cual está impregnada, es decir que la destiles en un agua espirituosa; por ese medio, adquirirá de nuevo la fuerza de separar, en la tierra restante, las partes más sutiles de las más gruesas, de volverlas semejantes a ella y de reducirlas igualmente a agua, la cual obrará de nuevo sobre la tierra restante. Es de esta manera que la Naturaleza opera, tanto resolviendo como coagulando, en todas las cosas del Universo, sin franquear jamás los grados intermedios y convenientes.

De esto un Artista puede comprender que la Naturaleza en todas sus operaciones observa siempre la regla, el peso y la medida, y no mezcla nada al azar, aunque a nuestros ojos las cosas parezcan diferentes. Un Artista no debe detenerse en las superficies, sino penetrar en lo que está escondido, y profundizar en la Naturaleza, con la ayuda de la experiencia: una manipulación lo conducirá a otra, y adquirirá todos los días nuevas luces.

Para volver al agua caótica regenerada o simiente universal, decimos entonces que ella está formada de las emanaciones del cielo, del aire, del agua y de la tierra, por la retrogradación de esos elementos a su primera materia. Los elementos, como lo hemos ya observado, son absolutamente homogéneos, y no difieren más que por los accidentes. La tierra es un cielo fijo; el cielo es una tierra volátil; el aire es un agua rarificada o atenuada, el agua es un aire condensado y espesado; y como ellos han provenido del caos que no era más que agua y espíritu, dos cosas comprendidas en una, no son tampoco los cuatro más que agua y espíritu hasta en sus menores moléculas. De allí viene que puedan transmutarse uno en otro, y reunirse bajo la misma forma que tenían antes de su separación.

Hemos dicho que era el movimiento excitado por el espíritu motor en el centro de los elementos, el que era la causa de sus emanaciones; pero es preciso observar que la acción de este espíritu no es inmediata en todos los elementos.

Se sabe que más sutil es una cosa, más ella es pura, viva y móvil; y que cuanto más grosera, más impura, perezosa y adormecida es ella. Recíprocamente, más móvil es una cosa, más espiritual es ella, y consecuentemente más se acrecienta su movilidad. El cielo, como el más sutil de los elementos, es entonces también el más móvil: es él quien recibe el impulso inmediato del espíritu motor, y quien comunica su movimiento al aire, su más próximo vecino, éste se lo comunica al agua, y el agua a la tierra. De esta manera todo procede en el más bello orden, y como en un reloj donde el movimiento se comunica progresivamente, desde la primera rueda hasta la última. Ahora bien, el movimiento causa el calor, y la intensidad de éste está en razón de la intensidad de aquel; así el cielo, que por su sutilidad está siempre en movimiento, se calienta por ese movimiento perpetuo. Este calentamiento hace que el cielo, debido a que es un agua y está hecho de agua, produzca vapores y exhalaciones, que sude y gotee; este vapor o sudor, no pudiendo subir más alto por los límites que Dios le ha impuesto, está forzado a extenderse hacia lo bajo, y desciende así en el aire, que toma y retiene lo que tiene de más grueso; lo más sutil vuelve a subir a lo alto por su atracción, y revolotea de un lado y de otro hasta que, por la circulación, se espesa y engrosa al punto de que el aire lo puede retener.

Es ésa la influencia y la simiente astral que recibimos del cielo por medio del aire; este último y también el agua y la tierra, dan igualmente sus emanaciones en razón del movimiento que se les comunica, y es así que todos los elementos proveen la materia de la simiente universal. Pero es bueno examinar todavía en un mayor detalle la naturaleza de los elementos, de qué manera se hacen sus emanaciones, y cómo se unen para formar la simiente universal o el espíritu del mundo.

Cap. IV - *Del cielo, y de sus influencias*

Después de la separación del caos, el cielo devino el ser más sutil, el más incomprensible y el más elevado, un vapor acuoso muy sutil, puro, ligero, volátil; lo que es causa de que se haya elevado a lo alto, y de que haya tomado el lugar más elevado: él es la parte más sutil, la más llena de vida y de potencia activa.

Por eso el cielo es el primer agente y el padre de todas las cosas, la simiente masculina, el alma y el licor vivificante de la vida, el néctar, la ambrosía, un aire, un agua sutilizada y una tierra volátil. El cielo y el aire, como hemos dicho anteriormente, no exhalan sus emanaciones a lo alto, sino a lo bajo, hacia la esfera terrestre y acuática, conforme la voluntad absoluta del Creador. Así como los primeros envían sus emanaciones a lo bajo, igualmente la tierra y el agua envían las suyas a lo alto, hacia el aire y el cielo.

El cielo, como el más móvil, se calienta por su movimiento perpetuo, se enciende, comienza a hervir, a producir vapores, a sudar y a exhalar de una manera invisible e imperceptible todo lo que no necesita para su consistencia. Como está destinado a emanar sus vapores hacia lo bajo, este vapor desciende a la esfera más próxima, que es el aire, y como éste último no es ni demasiado espeso ni demasiado sutil, se deja asir, y se mezcla, se une y se coagula con el vapor sutil del aire; se digiere y circula de lado a lado por un movimiento perpetuo, hasta que, unidos íntimamente, se vuelven apropiados para unirse a las emanaciones inferiores de la tierra y el agua, para procrear y regenerar la simiente universal, o el espíritu del mundo, o el agua caótica. Así, una vez que el cielo se insinúa en el aire, el aire se dispone también a unirse con el agua que es su elemento más vecino.

Un aprendiz no debe con todo imaginarse que al cielo le hace falta mucho tiempo para unirse con el aire, ni al aire para unirse con la tierra. Desde que se encuentran, la unión se hace, porque se preparan a ello cada vez más, de camino, por la extensión y atenuación de sus partes, por la circulación o el movimiento; después se mezclan íntimamente juntos y se unen, en su reencuentro, como el humo con el humo o el agua con el agua. Como esta cuádruple conjunción del cielo, el aire, el agua y la tierra, se hace por un vapor claro y sutil, una niebla, o un humo de forma de vapor, es fácil comprender que un vapor se mezcle muy fácilmente con otro, y un agua con otra, sobre todo cuando todas esas partes están naturalmente dispuestas a ello, porque son de la misma materia y tienen el mismo origen.

Alguno podrá preguntar si el cielo, por sus emanaciones continuas, no pierde nada de su cantidad y de su fuerza, porque naturalmente parece imposible que una cosa produzca emanaciones continuas sin perder nada de su sustancia o de su fuerza, si no son reemplazadas al punto por otras; así como un hombre que transpirara fuerte y continuamente no tardaría en estar débil y abatido. Es fácil responder a esta dificultad, el nudo va a ser desatado por las reflexiones y consideraciones siguientes.

No es menos seguro que visible a nuestros ojos, que ese gran espacio que está entre el cielo y la tierra está continuamente lleno de vapores, neblinas, humos, nubes y exhalaciones; que esos vapores, por poco que se condensen, se resuelven en lluvias, nieve, rocío, escarcha y granizo; y que a continuación las exhalaciones de lo alto y de lo bajo recomienzan, de manera que no hay ninguna interrupción en la producción de tales vapores, a los que damos el nombre general de aire. Todo lo que evapora o exhala, tiene una tendencia de atraer hacia sí su semejante. Cuando lo que ha sido atraído se mezcla en su sustancia, y pasa por todos sus miembros, es naturalmente forzado a evacuar sus superfluidades, o el excremento, por las vías que están destinadas a ello. Lo mismo un hombre, cuando está en un lugar donde su respiración no es libre o está agotado por el sudor, está obligado, bajo pena de perder la vida, a tomar aire, alimento, bebida, y a atraerlos hacia sí como sustancias análogas, y eso por un

deseo o una fuerza natural que lo lleva a reemplazar sus disipaciones, a refrescar su cuerpo y a fortificar su vida. Pero como no todo lo que toma, sea aire, alimento o bebida, concurre en totalidad a formar la sustancia de su vida; él expulsa lo superfluo por las vías destinadas a ello: lo más sutil por los sudores, lo menos sutil por la orina, por la nariz, el moco y los esputos, y lo más grosero por las deposiciones y los vómitos. Cuando se ha desembarazado de esas cosas, recomienza naturalmente la atracción de aire fresco, alimento, bebida, y de eso se hace otra vez una superfluidad o excremento.

Ahora bien, como el aire, el alimento y la bebida, cambian enteramente de naturaleza y especie dentro del hombre, y son totalmente transmutados y cambiados por el arqueo humano en la propia sustancia del hombre, al punto de que los excrementos no dan siquiera la menor indicación de la naturaleza precedente del aire, alimento o bebida, sino que todo es de una figura enteramente diferente, y está impregnado de la sustancia humana y de sus espíritus vitales, es decir de una sal volátil, como el análisis lo demuestra. Del mismo modo el cielo, el aire, el agua y la tierra, reemplazan sus disminuciones por partes que les son semejantes. El cielo recibe los vapores que suben de lo bajo a lo alto, que de camino han sido utilizados al punto más alto, y que son atraídos a la región del aire, hasta el firmamento, y de allí a lo más alto para reemplazar las emanaciones del cielo; el cielo toma tanto como necesita, los cambia a su naturaleza, y cuando está repleto de ellos, expulsa lo superfluo o el excremento por un impulso natural hacia el firmamento y el aire. El aire se llena también, se espesa por los vapores que vienen sin cesar de lo alto y de lo bajo, resuelve lo superfluo en lluvia y en rocío, y los empuja como un excremento hacia la esfera inferior del agua; el agua descarga igualmente sus superfluidades espesas, y las da a la tierra. La tierra rebosa y se llena también de sus influencias, y arroja afuera las partes superfluas de esta agua por el calor central y natural que contiene, los resuelve de nuevo en vapores, exhalaciones, neblinas y humos, y los empuja hacia el aire. Este cambio de aumento y disminución, de atracción y de expulsión, ha sido comunicado a la Naturaleza por un orden muy sabio del Creador, para continuar así hasta que el mundo finalice por su voluntad.

Un aprendiz ve ahora claramente que todo debe retomar su sustento de lo que rechaza, pero solamente después de que la alteración ha precedido. Lo que llamamos expulsiones, o excremento, se vuelve de nuevo nuestro alimento. El hombre come pan y frutos, bebe vino, cerveza, etc., de lo cual hace excrementos que son llevados a los campos, allí se siembran los granos, y así crece de nuevo alimento de sus propios excrementos. Igualmente un árbol pierde sus hojas en invierno, ellas caen sobre la tierra, se pudren, se vuelven un jugo que se escurre hasta la raíz, y engrosan y nutren de nuevo el árbol del cual salieron.

Es en la observación de todas estas cosas que se conocerá lo superior y lo inferior de Hermes, la cadena de oro de Homero, el anillo de Platón; y se estará convencido de que una cosa se transmuta en otra, y vuelve a ser, por la vicisitud de las cosas, la misma o semejante a la que había sido antes.

No es difícil concluir, dado que todo ha sido una sola y única materia de la cual todo tomó su origen, que hace falta necesariamente que una cosa se cambie por retrogradación a la misma de la cual ha sacado sus principios. Habiendo sido todo agua, todo debe necesariamente retornar al agua, porque el agua era su primer principio. Aplicad ahora esta regla a todo lo que seguirá en este tratado, y eso no será un adelanto pequeño en nuestro Arte.

Examinemos ahora, según el orden de las materias, lo que es el aire.

Cap. V - *Del aire, y de sus influencias*

El aire es el segundo principio después de la separación del gran caos, él es conjuntamente con el cielo, el padre y el forjador, el macho y el primer agente, la simiente masculina y el principio activo de todas las cosas: el cielo es el alma y la vida, el aire es el espíritu y el receptáculo del alma y la vida, y en consecuencia el espíritu vital del macrocosmos. El aire es un vapor sutil acuático, o un agua cambiada en vapor, un vapor un poco más espeso y más grosero que el cielo, y en razón de este espesor, él abraza la influencia sutil del cielo, y la fija para cambiarla a su propia sustancia y naturaleza aérea. Él recibe también los vapores todavía más espesos acuáticos y terrestres, y hace con ellos la conjunción consigo mismo y con el cielo; además de eso, por un movimiento y circulación continuos, los reduce a la unidad; se espesa finalmente por los vapores que vienen sin cesar de lo alto y de lo bajo, se resuelve en lluvia, rocío, nieve, escarcha; y esos meteoros se precipitan hasta nosotros sobre el agua y sobre la tierra, para allí ser trabajados más.

Se ve entonces que el aire es el primer medio para unir el cielo con el agua y la tierra; que sin él el cielo no podría asimilarse al agua y la tierra; que él es el primero que recibe la influencia del cielo; que él junta, une y ata esta influencia celeste con las emanaciones inferiores, acuáticas y terrestres, para formar en su esfera el principio de la simiente universal de todas las cosas.

Pues un vapor, como dije más arriba, se mezcla muy gustosamente con otro vapor, un agua con otra agua, una tierra con otra tierra. Pero una tierra no abraza fácilmente a un vapor, ni se mezcla con un vapor sutil, y aún cuando retuviera una parte de él –que sería la más fija-, la mayor parte se evaporaría. Por el contrario, si el vapor se vuelve agua, cuanto más espesa fuera esta agua, más fácilmente se mezclaría con la tierra, y se volvería tierra misma a fuerza de espesarse. Igualmente la tierra, sutilizándose más y más por medio del agua y del aire, se cambiaría por último en agua y en aire. Así, la Naturaleza trabaja por medios o cosas intermedias, y no va inmediatamente de un extremo a otro.

La tierra y el agua deben devenir humo y vapor, así como lo vemos diariamente, todo como el cielo y el aire. Entonces se unen como cosas semejantes, y forman por su mezcla una simiente que se resuelve en rocío y en lluvia, etc., y estos rocío y lluvia caen sobre el agua y sobre la tierra, siendo el centro y el receptáculo de todas las virtudes celestes, y por ellas se hace la generación, corrupción y regeneración de todos los animales, vegetales y minerales, como dice María la Profetisa; un humo o un vapor abraza o fija al otro, así el aire abraza y fija al cielo, el cielo unido al aire es fijado todavía más por agua, la tierra recibe y fija más el agua unida con el aire y el cielo, hasta el punto de hacer de ellos una piedra y un metal. De esta manera el cielo deviene terrestre y una tierra corporal, visible, sensible y palpable; y por el contrario el agua resuelve la tierra, el aire resuelve o sutiliza el agua y la tierra cambiándolos en vapor y humo, y el aire juntamente con el agua es resuelto y sutilizado por el cielo que los transmuta a su propia naturaleza. Así, uno se transforma en otro, y deviene ora fijo ora volátil por un perpetuo cambio. El cielo deviene tierra, y el agua deviene aire, lo que vuelve a la *aurea catena Homeri*, al *anulus Platonis*, y al *superius et inferius Hermetis*; lo superior es semejante a lo inferior, y lo inferior a lo superior.

Finalmente, podemos llamar al aire, a justo título, los riñones o los testículos del universo, porque es en su seno que se agrupa el extracto de todo el universo, y todos los humores radicales y sustanciales del macrocosmos se elaboran allí sin cesar para formar la simiente universal.

Cap. VI - Del agua, y de sus emanaciones

El agua y la tierra están juntos, como el cielo y el aire; y los cuatro todos están aún juntos. El agua debe tener tierra, y la tierra agua, como el cielo debe tener aire, y el aire cielo; pues uno no podría subsistir ni tener acción sin el otro.

El agua es el tercer principio después de la separación del caos, y el primer paciente o parte sufriente, la simiente femenina, o el menstuo del macrocosmos que debe aportar la nutrición a todas las criaturas sublunares: ella es, conjuntamente con la tierra, la madre de todas las cosas.

El agua es un vapor condensado, un cielo coagulado, un aire espesado, una tierra fluida. Ella es también el segundo medio por el cual el cielo, unido con el aire como primer medio, se incorpora y mezcla con la tierra, o se terrifica y se fija.

Tan pronto el cielo deviene aire, y el aire agua, rocío, lluvia o nieve, caen sobre el agua y la tierra que son inferiores y más espesos, se mezclan con ellos, comienzan a calentarse por el espíritu primordial que tienen implantado, comienzan a fermentar, a pudrirse, y obran unos sobre los otros, hasta que dan a luz y hacen nacer tales y cuales frutos, según las matrices donde se hace la generación.

De todo esto un Artista debe comprender cuál es la sabiduría de la Naturaleza, y ver que ella no se contenta con un solo medio, como el aire, para terrificar el cielo, sino que ella emplea dos, el aire y el agua. Así el Artista debe regularse según la Naturaleza, y conformar a ella su arte. ¿Cómo hay alguno que suda sangre y agua para hacer la conjunción de su obra, sin poderla lograr? Sus materias sobrenadan una sobre la otra, como el aceite y el agua, o como el agua y la tierra, o bien ellas combaten tan vivamente como para romper el vidrio: es aquí que debe buscar rectamente un medio para juntarlas, y éste es fácil de encontrar. Yo descubriré a continuación la vía y la manera de hacerlo. Si un solo medio no basta, que tome dos; si éstos no bastan todavía, que tome tres de ellos; homogéneos no obstante, y no heterogéneos. Así, por ejemplo, los minerales convienen a los minerales, los vegetales a los vegetales, y lo mismo los animales a los animales. Los minerales convienen también a los vegetales, y los vegetales a los animales, pues hay una diferencia muy pequeña entre ellos, habiendo salido de una sola y misma materia. Los minerales son vegetales fijos, y los vegetales son minerales volátiles; como los vegetales son animales fijos, y los animales vegetales volátiles. Uno puede cambiarse a otro con mucha facilidad, pues los vegetales sirven de alimento a los hombres y a las bestias, que por su arqueo los vuelven de naturaleza animal. Cuando un hombre o una bestia mueren, se los entierra, y de ellos renacen los vegetales. Los vegetales se nutren de vapores minerales que por su volatilidad viajan a través de la tierra hasta su raíz, y se vuelven todos vegetales. Los vegetales, cuando se pudren y se vuelven de una naturaleza salina y nitrosa, se disuelven por las aguas, y son llevados por los senderos y grietas de la tierra, o por los ríos hasta el mar, y de allí al centro de la tierra, de donde van de nuevo a la naturaleza mineral.

Poniendo atención a todas estas cosas, un aprendiz comprenderá cómo uno se cambia muy naturalmente a otro. Uno deviene fijo, el otro volátil, y según que adquiera más grados de fijeza o volatilidad, adquiere también una cualidad diferente, porque todos los cuerpos, como he dicho antes, no difieren sino por sus accidentes, así como los elementos de los que se componen.

El cielo y el aire son entonces el padre y la simiente masculina de todas las cosas, el agua es la simiente femenina y el menstuo, la tierra es la matriz y el vaso en el cual los tres superiores antedichos operan todas las generaciones que les son ordenadas por el Creador.

Mostraremos ampliamente en el capítulo de la tierra de qué manera la tierra y el agua dan sus emanaciones al aire, y exhalan vapores y humos para la procreación de la simiente universal del espíritu del mundo, y la regeneración del caos.

Cap. VII - De la tierra, y de sus emanaciones

La tierra es el cuarto y último principio después de la separación del caos, y la parte más baja, como el cielo es la más alta, y el agua y el aire son las del medio.

La tierra es la segunda parte paciente, y el esperma femenino, la matriz de todas las cosas sublunares; es un cielo fijo coagulado, un agua fija coagulada, un aire condensado, un vapor convertido en tierra, un ser fijo coagulado, el centro, el vaso de todas las influencias celestes y de la simiente universal, de la cual en la tierra y por la tierra nacen todos los minerales, vegetales y animales.

Ante todo, el lector se aplicará a comprender bien mi pensamiento, que por el cielo yo no entiendo el cielo empíreo, en el cual Dios tiene su morada con sus Elegidos, el cual es privilegiado y está exento de toda alteración y operación natural, porque sólo es debajo de él que ocurren alteraciones por mandato expreso de Dios todopoderoso.

Después de esta declaración, el lector pondrá atención, como lo he dicho antes, a que el cielo por su gran sutilidad es la cosa más móvil de todas, la que, en tanto Dios deje subsistir el mundo en el mismo estado, no dejará jamás de moverse. Este movimiento se comunica a lo que le es más próximo, que es el aire, pero debilitándose; y el aire obra también en el agua, y ésta en la tierra, pero todos estos movimientos se vuelven siempre más débiles y más lentos.

Se ve que el aire es agitado por el cielo, porque continuamente hay un aire o viento más o menos agitado. No es necesario probar que el aire agita el agua; los navegantes saben que con frecuencia en el mismo tiempo en que están impedidos de continuar su ruta, y obligados a detenerse por la calma, el agua está extremadamente agitada por la oleada y las corrientes.

Para convencerse de que el agua agita la tierra, no hay más que observar que ella arrastra continuamente la arena, las piedras, etc., que son una tierra molida que ella excava y arranca de un sitio para llevar a otro. Allá ella las esparce, aquí las acumula, y hace con ellas montañas y valles según la disposición de los lugares.

Cada movimiento causa un calor, sea perceptible o imperceptible. En los animales terrestres el calor es muy sensible, pero en los animales acuáticos no se percibe calor, o muy poco, e incluso, por así decirlo, se percibe más bien una frialdad. Sin embargo toda vida debe ser causada necesariamente por el movimiento y por el calor que resulta de él, pues el frío apaga la vida. Siendo esto así, se puede concluir osadamente que hay un calor sensible y uno insensible; yo sólo lo menciono porque él está implantado en todos los elementos, ora sensible, ora insensiblemente, y de una manera o de otra él procrea siempre. Cada cosa, por pequeña que sea, aún cuando fuera impalpable por su pequeñez e invisible a nuestros ojos, contiene sin embargo al cielo con todos los otros elementos. Entonces, si contiene el cielo, tiene necesariamente en sí el movimiento, visible o invisible, sensible o insensible, pues el cielo está siempre en movimiento, aunque parezca estar en reposo, y no deja de tener sus emanaciones, sus acciones y sus fuerzas.

Por ejemplo, una piedra preciosa, una raíz, o una hierba arrancada del lugar de su nacimiento, es desecada y parece como muerta porque está detenida en su crecimiento; no obstante en ella está el cielo, que no reposa, sino que por transpiración insensible él causa los más grandes efectos, al punto de que esta piedra tomada interiormente, o aún aplicada exteriormente, sin disminución de su volumen y su peso, y sin perder nada de su fuerza, causa a los hombres la enfermedad o la salud, según sus cualidades y virtudes naturales.

El aprendiz ve así de qué fuerza cada cosa saca su aplicación, es decir, del cielo y de su movimiento siempre activo, de su tibieza, de su calentamiento y de su gran calor; por eso sería inútil buscar alguna cosa sobre la tierra, grande o pequeña, en la cual el cielo y los

demás elementos no estén concentrados. La razón dicta también que cada cosa debe tener en sí las cualidades y propiedades de las cuales ha sacado su origen. Ahora bien, todo ha venido del caos como materia primera, y el caos no era más que agua y espíritu. Cada cosa debe entonces tener las cualidades y propiedades del agua y del espíritu; pero el espíritu es el motor y lo que calienta, y ese espíritu está extendido por todo el universo, de modo que la menor gota de agua y el más pequeño átomo de tierra están repletos de él. Él está igualmente en lo líquido y en lo seco, y como la gota de agua es agua en todas sus partes, así como el átomo de tierra es tierra, ese espíritu reside en todas las partes de una y de otro, aunque esté coagulado en la tierra, y en el agua sea fluido y disuelto.

La razón por la que el agua y la tierra no son tan móviles como el cielo, viene de su espesamiento y grosor, de su coagulación o concentración. Reducid la tierra a la volatilidad del cielo, y ella será tan pronta en su movimiento como el cielo, lo que prueba aún que la diferencia entre todas las cosas sólo consiste en su volatilidad y su fijeza, es decir, que el fijo y el volátil operan las variaciones y cambios de forma de todas las cosas, sin excepción. La sola meta y el término de la Naturaleza es volver fijo al cielo, para volverlo útil y saludable para todas las criaturas sublunares. Es evidente que todas las cosas sublunares son, en comparación con el cielo, groseras, espesas y poco móviles, por eso el cielo, para volverse útil a ellas, debe necesariamente devenir terrestre. ¿Cómo podrían ellas, sin esto, apropiarse de un vapor tan sutil, si no les fuera comunicado por el aire, el agua y la tierra?

Para demostrar por qué medio el agua, la tierra y el aire se vuelven vapor, humo y neblina, y de qué manera esas cosas se vuelven aire y cielo, el aprendiz debe retener bien en su memoria que no solamente el cielo y los otros elementos están en todas partes mezclados y presentes en todas las cosas, tanto grandes como pequeñas, sino que el cielo junto al aire manifiesta por todas partes, incluso en las piedras y en los huesos, su fuerza y su potencia motriz. Que los haga conocer poco o mucho, no importa; es suficiente con que se muestre allí presente. Una cosa sutil, delgada y abierta, como los animales, mostrará mejor su fuerza y su movimiento que un gran árbol inmóvil afirmado en la tierra, o que una piedra que parece del todo desprovista de vida.

La tierra y el agua están siempre juntas, pues en el agua hay tierra, porque el agua corre sobre la tierra. En la tierra hay agua, pues las fuentes, los manantiales y los ríos vienen de ella; hay también grandes lagos en la tierra. Una vez conocido esto, es en consecuencia evidente que en el cielo está el aire, y el aire en el cielo; que el cielo, el aire, el agua y la tierra están siempre juntos, y uno dentro del otro; ninguno está privado del otro en todas sus partes; y como es imposible que un hombre pueda vivir sin alma y sin espíritu, así es imposible que un elemento pueda pasar sin el otro.

El agua y la tierra, están entonces repletas de cielo y de aire. El agua debe humectar la tierra, a fin de que produzca fruto. Esta humectación y engrosamiento por el cielo y el aire que están allí encerrados, y por el espíritu motor que se encuentra en la mezcla de ambos, conjuntamente con el calor extremo del sol y el calor central interno, causan un movimiento, el movimiento una tibieza, la tibieza un calor; este calor ocasiona en el agua vapores y exhalaciones. Más grandes son el calor y la cantidad de agua, más ella evapora y exhala. Este vapor, cuando está impulsado en el aire, es todavía más agitado por aire y el calor del sol que lo rodea, y por los vientos. Y cuando más agitado es, más se utiliza, de modo que sube más y más; y más se eleva y se aproxima al cielo, más se avecina a la fuente del movimiento. Así este vapor se utiliza y volatiliza hasta el más alto grado, hasta que el cielo lo cambia a naturaleza celeste. Del mismo modo, más cerca de la tierra está el cielo, más terrestre deviene, hasta que por la tierra es reducido a tierra y a piedras.

Hasta aquí hemos explicado de qué manera este vapor se transforma en aire y en cielo; al presente examinaremos lo que es este vapor, y qué cosa contiene.

Todo el mundo sabe que la tierra y el agua cuando se calientan, se evaporan, hierven y exhalan. Ahora bien, este vapor es doble e incluso cuádruple. Es doble porque está compuesto de agua y de tierra; y es cuádruple porque está compuesto de los cuatro elementos, dado que saca su origen de la primera materia de la cual los cuatro están compuestos, y que, como hemos dicho, ninguno puede estar con el otro.

La razón por la cual divido este vapor en dos, es decir en agua y en tierra, es porque en comparación con el aire y el cielo aquellos son fijos; pero cuando se sutilizan por el movimiento, el agua y la tierra devienen aire y cielo.

Ninguna persona dudará de que este vapor haya sido un agua, pero varias dudan de que haya tierra encerrada en este vapor. Cesarán de dudar si observan que un elemento, como he dicho antes, cambia al otro a su naturaleza. El cielo resuelve y sutiliza el aire, el aire al agua, el agua resuelve y ablanda a la tierra.. Por el contrario, la tierra espesa y condensa al agua, el agua condensa al aire, y el aire al cielo. Así, uno es el imán del otro, lo atrae, lo resuelve, lo coagula, lo volatiliza y lo fija.

Un Artista debe todavía observar que, así como el caos ha sido dividido en cuatro partes, cada una de esas partes está aún dividida en sus grados; así el cielo más próximo al aire no es tan sutil como el que toca el cielo empíreo; ni el agua más alta es tan espesa como la que está en el fondo.

La tierra se divide igualmente en sus partes, porque no solamente las piedras y la arena son tierra; sino que hay también sudores terrestres, como sal, pez, resina, cera, que crecen dentro y sobre la tierra, y son igualmente tierra, solamente distintas por sus grados, es decir, según su volatilidad o fijeza. No toda tierra es tan fija como las piedras, sino que hay también tierras volátiles, que no obstante pueden volverse fijas.

Es a esta tierra volátil la que el agua ablanda y resuelve, toma en sí y anima por el calor, la que arrastra consigo en forma de vapor a lo alto del aire, y la lleva por un movimiento continuo incluso hasta el cielo. Es fácil probar y concluir sin dificultad, en la práctica del caos regenerado que indicaremos después, que el cielo más espeso se reduce más fácilmente a aire que el más sutil, y que el aire más sutil se cambia más fácilmente en cielo que el más espeso.

Hemos bastante demostrado el primero comienzo de la naturaleza, y cómo por Dios todopoderoso y su palabra, de vapor que era, devino agua, cómo esta agua doble se dividió a continuación en cuatro partes, y cómo estas cuatro partes que tienen su origen en un vapor, niebla, exhalación, recibieron el mandato de multiplicarse y producir frutos. Ellas deben de la misma manera dar a luz a todas las criaturas, como antes han sido producidas ellas mismas.

Como ellas se originan de un vapor primordial, esas cuatro partes deben también continua y conjuntamente producir un vapor parecido, enteramente de la misma materia y sustancia sin ningún defecto. Este vapor debe también volverse agua, y aún por regeneración agua caótica, de la cual todas las cosas deben ser engendradas de nuevo, conservadas, destruidas y regeneradas sin interrupción hasta el fin de los siglos.

Era del todo necesario, por la voluntad de Dios, que los cuatro elementos produjesen un agua tal; e incluso por razones naturales, competentes, eso no podía ser de otro modo; pues siendo hijos de la misma madre, tienen entonces la potencia de transmitir la simiente que recibieron de ella: todos los individuos que resultan de ello están hechos a imagen de estos cuatro géneros.

Los cuatro conjuntamente reunidos engendran el germen, o la simiente universal, para la procreación, conservación, destrucción y regeneración de todas las cosas. Ahora bien, como esos cuatro en su unión producen de común acuerdo una simiente universal, así también cada uno de ellos en particular ha recibido la virtud de dar a luz una producción uniforme en su esfera. Dado que el cielo es lo que hay de más sutil, de más puro, de más transparente y de

más claro por encima de los otros, también produjo de sí mismo frutos parecidos, es decir sus estrellas llenas de vida y de luz. El aire produjo sus meteoros; el agua sus animales, sus plantas, sus minerales; y la tierra también sus plantas, sus animales y sus minerales. Las especies están hechas particularmente de las simientes propias de su esfera, tanto las estrellas y las otras luminarias, como los meteoros, los animales, las plantas y los minerales.

Como cada esfera produjo sus especies de su propia simiente, estas especies divididas en individuos igualmente recibieron el mandato de producir su simiente y de multiplicarse según el modelo de la materia primera. No solamente cada estrella por su pureza adquirió el poder de conservarse y de vivir muy largo tiempo, sino que también se ha visto de siglo en siglo que aparecieron nuevas estrellas, y que otras se han perdido; cosas cuya investigación yo recomiendo a los astrónomos profundizar. En cuanto a mí, vuelvo al aire.

Todos los días se forman en el aire nuevos meteoros; apenas uno pasa y se desvanece, la misma materia da nacimiento a otro que lo sucede; pero esta reproducción continua de los seres es más fácil de observar en la esfera acuática y terrestre.

Vemos que cada animal y cada planta, cuando llega a su perfección, adquiere la potencia de producir su semejante, y esta potencia multiplicativa llega casi al infinito. Apenas uno muere y perece, renace otro en su lugar, o diez veces otro tanto. Se ve lo mismo en las sustancias, las piedras y los minerales, que parecen privados de vida; pues si se sacaran tantas piedras como se sacan y se las empleara millares de años para hacer edificios grandes o pequeños, jamás se encontraría el fin, porque hasta el presente no se percibe la menor disminución, y los hombres encontrarán siempre montañas, piedras y minerales.

De esto el lector debe concluir que aunque cada esfera procrea sus individuos que nos parecen distintos unos de otros, no obstante los géneros celestes, como los del aire, los del agua y los de la tierra, no son diferentes sino en razón de su volatilidad y su fijeza, y que cada individuo se distingue también de los otros, en su esfera particular, de la misma manera.

Si el cielo produce criaturas luminosas, diáfanas, sólo es en razón de su pureza, sutilidad y claridad. Los elementos inferiores producen lo mismo, según su grado de sutilidad o grosor, criaturas sutiles o gruesas, y todas son distintas unas de otras; y por lo tanto no hay ninguna otra diferencia sino en razón de su mayor o menor volatilidad o fijeza.

Hemos hablado bastante de la regeneración del caos, o vapor universal.

Vamos ahora a considerar este vapor reducido a agua, y a probar por el razonamiento y por la experiencia que esta agua no es diferente del agua caótica universal, que tiene de ella y tendrá siempre hasta la consumación de los siglos la potencia y la fuerza; a fin de que un Artista toque con el dedo y con el ojo el sujeto de sus búsquedas, y que descendiendo de grado en grado, tenga de ello una entera certeza.

Cap. VIII - En el cual se descubre la verdadera simiente universal, el caos regenerado, el alma del mundo o el espíritu universal.

Hemos dicho que el cielo, el aire, el agua y la tierra, sacan su origen y espíritu del agua caótica, que han recibido el mandato de producir una simiente universal y de regenerar el caos primordial para la multiplicación, el nacimiento, la conservación, la destrucción y la regeneración de todas las cosas.

Ellos producen entonces esta simiente, como lo hemos demostrado, por sus exhalaciones, y los cuatro empujan este vapor en el aire, donde se agita de lado a lado hasta que, por nuevos vapores que perpetuamente se le unen de lo bajo y de lo alto, se espesa, y se hace agua. Esta agua se llama comúnmente rocío, lluvia, nieve, escarcha, helada, granizo, pero en el fondo es la verdadera simiente y el verdadero caos regenerado. He aquí la prueba.

Si esta agua es tal que puede procrear y producir todo lo que ha sacado su esencia del antiguo caos primordial, ella debe también tener en sí la potencia y la fuerza de contener en sí los cuatro elementos; y si ella tiene en sí esta cualidad, es preciso necesariamente que contenga y opere todo lo que contienen y operan estos cuatro elementos.

Decimos entonces que cada cosa debe retornar a aquella de la cual se ha originado, y que el mismo medio por el cual ella fue hecha, es también aquel por el cual retrograda, se resuelve y se reduce a su primera naturaleza; *ex quo aliquid fit, in illud iterum resolvitur, et per quod aliquid fit, per illud ipsum resolvi, atque reduci in suam primam materiam, arque naturam necesse est*. Los elementos se originaron del agua y del espíritu, deben entonces reducirse de nuevo a espíritu y a agua, por el espíritu y por el agua.

Que el rocío y la lluvia son un espíritu y un agua tal, o un caos regenerado, de la misma naturaleza que el primero, eso se ve por los efectos cotidianos, más conocidos quizás por los campesinos y los jardineros, que por los pretendidos Filósofos que permanecen en las ciudades. El análisis prueba también que por ellos son producidos los cuatro elementos.

La experiencia cotidiana prueba también que no solamente todas las plantas y las hierbas sacan de esta agua su vegetación y su crecimiento, sino también que los minerales y los animales son por ella procreados, conservados, destruidos y regenerados.

Los animales toman de ella su nutrición y crecimiento, puesto que respiran continuamente el aire, y después se sirven de los vegetales producidos por esta agua, para el mantenimiento de su vida.

Sería superfluo probar que los vegetales sacan de ella su crecimiento, cada campesino lo ve claramente.

Probaremos en un capítulo particular que los minerales igualmente nacen de esta agua y de esta simiente.

Hasta el presente hemos demostrado por la teoría que el rocío y la lluvia son el caos universal regenerado, la simiente universal y general del macrocosmos, el espíritu y el alma del mundo, de la cual y por medio de la cual todo lo que existe es, no solamente conservado hasta su término, sino también destruido y regenerado, y lo será hasta el fin del mundo, como lo haremos ver pronto más largamente en un capítulo particular.

Al presente examinaremos por el análisis esta simiente universal conocida, o este caos regenerado, para descubrir lo que allí está encerrado.

Para esto tomad y acumulad rocío, o lluvia, nieve, escarcha, o granizo, lo que queráis (el procedimiento será más pronto y mejor si tomáis agua de lluvia, sobre todo cuando truena); ponedla en un tonel apropiado; pasadla antes por un filtro para que no retenga ninguna

suciedad de los tejados, o del trueno. Tendréis un agua cristalina, clara y transparente, que no tiene gusto particular, que se parece al agua de fuente, en resumen, un agua muy límpida, muy pura y muy buena para beber.

Poned esta agua en un lugar templado bajo techo, donde el sol, la luna, el viento y la lluvia no puedan llegar, cubridla con un lienzo o con un fondo de tonel, a fin de que no pueda caer ninguna impureza; dejadla en ese estado durante un mes sin removerla. Veréis durante ese tiempo una gran alteración en su naturaleza: ella comenzará pronto a ser puesta en movimiento por el espíritu que allí está implantado; ella se entibiará y calentará insensiblemente, se pudrirá, y se volverá hedionda y nebulosa.

Se verá allí al espíritu o al arqueo operar una separación de lo sutil de lo grueso, de lo claro de lo espeso, pues se elevará una tierra que aumentará más y más, se volverá pesada, y caerá al fondo. Esta tierra que el arqueo separa es de color moreno, esponjosa, tan suave al tacto como una lana fina, viscosa y oleaginosa. Es el verdadero guhr universal.

El curioso verá sensiblemente dos cosas, a saber, el agua y la tierra, en las que el cielo y el aire están escondidos; pues nosotros no podemos ver el cielo a causa de la debilidad de nuestra vista; vemos bien el aire cuando vuela en su esfera en forma de vapor, humo, o niebla; pero aquí el aire está reducido a agua, está contenido en el agua lo mismo que el cielo. El aprendiz encontrará entonces dos elementos visibles, el agua y la tierra. Antes no había más que un agua volátil; al presente la tierra se ha vuelto visible, por la benignidad de la putrefacción o de la tibia digestión. En cuanto al cielo y al aire, es preciso que los busquemos por otra vía.

Después de que el agua de lluvia se ha así enturbiado, removed todo junto, vertedla en un matraz de cobre que pondréis sobre un horno, haced fuego por debajo a fin de que el agua comience a evaporarse, y veréis salir del matraz un vapor, exhalación, humo o niebla: éste es el aire que encierra en sí el cielo. Si queréis tomar el aire y reducirlo a agua, conjuntamente con el cielo, no tenéis más que adaptar al matraz un capitel con su vaso, como hacen los destiladores de agua de vida. Este vapor se elevará en el capitel, y se condensará en forma de un agua clara y cristalina en el recipiente; destilad la cuarta parte del agua que habéis puesto en el matraz, y tendréis el aire y el cielo juntos, y separados del agua y de la tierra, bajo la forma de una bella agua. Distinguiréis el cielo por su brillo luminoso, pues esta agua, sobre todo su ha sido rectificada, será mucho más brillante de lo que era antes, o de lo que es un agua de fuente por límpida que sea: lo que demuestra claramente que ella contiene una virtud superior, o que ella encierra en sí una cualidad celeste.

Después que hayáis destilado el aire y el cielo, los pondréis aparte, adaptaráis otro recipiente y continuaréis destilando hasta una consistencia espesa como de miel fundida, pero no hasta la sequedad, pues quemaríais la tierra virgen todavía tierna y que no ha adquirido la suprema fijeza. Pondréis aparte esta segunda agua destilada que es el tercer elemento.

En cuanto a lo que resta en el matraz, es decir la tierra todavía muy húmeda, la retiraréis propiamente y la pondréis en un plato de vidrio, que será expuesto al sol para desecarla totalmente, hasta que podáis reducirla a polvo con los dedos: Así tendréis los cuatro elementos separados ante vuestros ojos.

Asegurémonos ahora de que esos son los verdaderos elementos, pues sino lo que hemos dicho sería falso, a saber, que es de ellos que todas las cosas sublunares se originan. No es preciso que alguien vaya a imaginarse poder producir con esta agua estrellas y meteoros, porque esta agua es ella misma una producción meteórica, así que no hablaré de ello. Examinaremos solamente si esta agua cuádruple puede procrear lo que nos es necesario, es decir los animales, los vegetales y los minerales, los que sirven a nuestro uso y de los cuales sacamos nuestra subsistencia.

Tomad entonces esta tierra, y si queréis hacer de ella minerales, humectadla un poco con su agua en un matraz, y exponedla al calor del sol en un sitio donde sus rayos no puedan darle de lleno. Cuando esté seca, humectadla de nuevo con su agua, pero no con el cielo y el aire, o con aquella que encierra el cielo y el aire. Repetid esas humectaciones y desecaciones varias veces, y si queréis, reduciréis así toda la tierra a tierra mineral; encontraréis que por las humectaciones y desecaciones la tierra se volverá pesada y arenosa; notad que bastará que el matraz esté cerrado con un tapón de papel solamente, e incluso no muy apretado, a fin de que el aire pueda penetrar mejor.

Cuando veáis que la tierra sea reducida a arena, no dudaráis de que la arena sea un mineral, pues seguramente no es de la clase de los vegetales, ni de la de los animales, en consecuencia no podría ser más que un mineral. Cuando tengáis una cantidad de esta arena, tomad un poco, y haced un examen con ella, como se hace con una tierra mineral; y veréis allí un vestigio de oro y de plata.

Si de la tierra antedicha queréis sacar un vegetal, tomad de esta tierra desecada y pulverizada por el calor del sol dos partes de su agua y una parte de cielo y aire; mezclad estas aguas juntas y humectad la tierra, como hacen los jardineros, de manera que no esté ni muy seca ni muy húmeda, y exponedla al aire, no al sol; y veréis crecer allí toda clase de pequeñas hierbas. Si ponéis allí el grano de una planta, el fruto de esta semilla no dejará de crecer, así tendréis una procreación vegetal.

Si queréis sacar de ella un animal, tomad la susodicha tierra desecada al sol y pulverizada, y la remojaréis con una parte de agua y dos o tres partes de cielo y aire mezclados, y agregando de esta mezcla hasta que la tierra tenga la consistencia de miel clara fundida; ponedla en un lugar tibio a un pequeño calor del sol, de manera que no hieran demasiado sus rayos, y veréis en pocos días un movimiento y un hormiguelo de toda clase de animalitos de diferentes especies. Si el agua y la humedad disminuyen demasiado, humectaréis de nuevo con la misma mezcla de agua, a fin de que todo quede de la misma consistencia melosa. Veréis que los primeros animales desaparecen en parte, que nacerán otros, que algunos servirán en parte de alimento a otros que sacarán de ellos su subsistencia y crecimiento.

Yo enseñaría aquí de buen grado una manipulación, por la cual sería posible producir toda clase de animales de la especie que se quisiera, pero, a fin de que no se me acuse de inmiscuirme en las funciones del Creador, prefiero guardar silencio. Se debería sin embargo razonar con mayor solidez, y pensar que Dios ha creado todo de nada y sin materia, mientras que nosotros al quererlo imitar débilmente, no sabríamos pasar sin la materia ya hecha y creada. Dios no nos ha prohibido recrearnos en sus obras y en sus criaturas, sino que les ordena más bien a sus Elegidos, y les ha enseñado en secreto como una ciencia cabalística, por la cual pueden llegar más y más al conocimiento de Dios.

La mayor parte de los hombres no se ocupan más que de vanos debates, y ésa es justamente la fuente de todo error, y lo que les impide lograr el conocimiento de Dios; ellos discuten todos de Dios, y al final de su disputa, no están más adelantados que antes.

En cuanto a mí, yo digo que aquel que quiere adquirir este conocimiento, debe comenzar por la tierra, y por medio de ésta elevarse hasta el cielo, como de un grado a otro; en otro caso se encontrará entre aquellos sobre los que cae el reproche hecho por Jesucristo: Vosotros no entendéis lo que es terrestre y está ante vuestros ojos, ¿cómo pretendéis comprender lo que es celeste?

Puesto que el agua de lluvia y la tierra que ella encierra devienen fértiles y pueden producir toda clase de cosas, como acabamos de mostrar, podemos entonces considerar como cierto que esta agua es la simiente universal de la cual se puede procrear todo lo que fue

producido por la primera. Un campesino y un jardinero no tendrán dificultad en creer lo que decimos de la fecundidad de esta agua, ellos ven diariamente en sus campos que todo lo que es humectado crece muy bien, pero hay poca gente que conozca la causa de esta fecundidad. Cada uno sabrá verdaderamente, y no fallará en decir, que es el espíritu ayudado por el agua quien hace crecer. Sí, con seguridad es el espíritu, pero no siendo más que un espíritu volátil, no haría gran efecto en las cosas sublunares, es preciso necesariamente, para que pueda serles útil, que tenga y tome en sí mismo un cuerpo sensible, palpable y visible; pues lo que debe hacer fructificar las cosas corporales y terrestres, debe igualmente ser o devenir corporal y terrestre con ellas.

Muchas gentes tocan a menudo con sus manos este espíritu corporificado, y lo pueden recoger en cantidad, pero a pesar de eso, hay muy pocos que conozcan esta simiente corporal, en cuanto a su origen; la razón de ello es que ella lleva otro nombre distinto del que debería tener, pues según su verdadero origen y su raíz, se debería llamarla simiente del macrocosmos, espíritu universal, caos regenerado, visible, corporal y palpable. Éste es el título que le conviene, porque ella es la simiente concentrada, coagulada, condensada, corporal, y el espíritu del mundo en un cuerpo diáfano y visible como un cristal; un agua que es un agua seca que no moja las manos; una tierra que es una tierra acuosa y llena de fuego, que contiene también frío como el hielo; un cielo coagulado, un aire coagulado, una cosa más excelente y más preciosa que todos los tesoros del mundo.

Para presentar este espíritu corporal ante vuestros ojos, y ponerlo en vuestras manos, a fin de que lo podáis considerar suficientemente, tomad del agua putrefacta del tonel antedicho un vaso de vidrio lleno, hacedla evaporar sobre el fuego hasta un tercio, dejadla enfriar, filtradla bien de todas las heces en un vaso o plato de estaño, de vidrio o de madera.; sumergid este vaso en agua fresca. Veréis en una noche este espíritu del mundo mostrarse allí en dos formas diferentes. o tomar dos cuerpos diferentes: uno cristalino, diamantino y transparente, que se adherirá a los costados y a los bordes del vaso, y si se colocan en el vaso trocitos de madera, se adherirá a estos también; y el otro cuerpo quedará en el fondo en una forma tirando a oscura.

Tomad separadamente el que se adhirió a los costados y bordes del vaso, conservadlo bien; retirad también el que está en el fondo vertiendo el agua por inclinación, secadlo bien al sol o dulcemente sobre un horno tibio, conservadlo también separadamente; dirigios con estos dos al cojo Vulcano, él os dirá quiénes son ellos y cómo se llaman.

Arrojad el primero que se adhirió a los costados del vaso sobre carbones ardientes; su inflamación súbita os enseñará que es el nitro. Arrojad también el segundo sobre los mismos carbones, mediante el ruido que hará reconoceréis la sal, una sal ordinaria alcalina y decrepitante.

De estos dos, es decir el nitro y la sal, todas las cosas sublunares y visibles nacen y se conservan, se destruyen, y se regeneran. En el aire son volátiles, en la tierra son corporales, y son también según sus grados de fijeza, cosas fijas, más fijas y muy fijas; por último no se encontrará ningún sujeto sublunar en cuya resolución estas dos cosas no se encuentren; todo lo que existe toma de ellos su existencia, como lo diremos y probaremos después más ampliamente.

El nitro es ácido y la sal es álcali.

Aquel es el alma y el espíritu, éste es el cuerpo:

el padre,	la madre,
la simiente masculina,	la simiente femenina,
el azufre primordial,	la sal primordial y el mercurio

el cielo y el aire	el agua y la tierra
el acero	el imán
el martillo	el yunque
lo activo	lo pasivo

Y los dos juntos constituyen la simiente universal.

En el comienzo, esta simiente era volátil en todas sus partes, lo que podréis conocer haciendo destilar agua de lluvia, desde que la habéis juntado y antes de su putrefacción, veréis que ella pasará toda y será muy volátil. Sólo es después de su putrefacción que adquiere una base de firmeza por la precipitación de la tierra, que estaba encerrada en ella.

La volatilidad de esta agua da nacimiento a los animales; cuando deviene un poco más fija, produce los vegetales; y cuando es totalmente fija, ella hace los minerales.

Si de esta agua queréis hacer minerales, tomad las partes más fijas y más gruesas, es decir la tierra y el agua, como lo he dicho antes. Si queréis tener vegetales, agregaréis un poco de cielo y de aire. Si queréis hacer animales de ella, agregaréis del volátil en mayor cantidad, es decir, más del espíritu vivificante del cielo y del aire; pues los vegetales tienen el medio entre los minerales y los animales, y se puede hacer tan fácilmente una piedra como un animal, como lo demostraremos más ampliamente a continuación.

La causa que nos ha hecho tener éxito en restituir la simiente universal, visible y palpable, nos ha provisto la principal llave que abre y desata todo lazo y todos los cerrojos naturales, es decir la putrefacción. Lo que causa la putrefacción, es este espíritu implantado que jamás tiene reposo y obra continuamente, con tal de que tenga su instrumento propio, por medio del cual opera todo, es decir el agua. Entonces trabaja sin pausa, visible e invisiblemente, sensible e insensiblemente. Él hace de un volátil un fijo, y por el contrario, de un fijo un volátil, y continúa alternativamente este trabajo sin ningún descanso; él rompe las piedras que había coagulado, y las reduce a polvo y arena; él causa la carcoma de los árboles, pudre a los animales, hace un árbol de la piedra reducida a polvo o de un animal podrido; del árbol apolillado un animal, una piedra o un mineral, y así sin cesar. Un campesino conoce todos estos efectos, aunque ignore su causa, pues tiene el disgusto de ver todos los días ante su puerta que los gusanos carcomen su madera, y que de sus antiguos muros ruinosos renacen árboles y plantas, él ve también que las moscas producidas por un buey podrido atestan su habitación y su casa.

Hemos demostrado, descendiendo por grados desde el primer principio, cómo del vapor primordial se ha formado el caos, que éste se dividió en cuatro partes, y que éstas recibieron el mandato de regenerar sin cesar el vapor primordial, y de éste el agua caótica.

Hemos mostrado la simiente volátil invisible e impalpable, de su invisibilidad la hemos vuelto visible, a fin de que cada uno pueda verla con sus propios ojos, y que llevando sus investigaciones más lejos, pueda admirar su fuerza.

Es esencial destacar que el nitro y la sal sacados del caos regenerado o el agua de lluvia, no difiere sensiblemente del nitro y de la sal comunes; ellos fulminan o decrepitan igualmente al fuego, producen también los mismos efectos en todas las operaciones; y se puede unir indiferentemente el nitro sacado del agua de lluvia con su sal o con la sal común, y el nitro común con la sal sacada del agua de lluvia, a menos que uno esté más purificado que el otro; pero si son de igual pureza, vale tanto uno como otro, y un Artista no debe dejarse engañar. Si alguno dijera: éste es el nitro vulgar, pero aquel otro es el nitro de los Filósofos, eso sería pura superchería. Puesto que el nitro común me hace el mismo efecto que yo deseo, como no dejará de ocurrir, me sirve tanto como el nitro de los Filósofos.

Los Artistas poco experimentados quieren tener todas las cosas dobles; una debe ser llamada sujeto vulgar, que es ordinariamente despreciada, la otra debe ser llamada el sujeto de los Filósofos. Es el que ellos prefieran, y después de haber tanto indagado, no saben por sí mismos cuál es un sujeto vulgar o un sujeto de los Filósofos, entonces deciden que el espíritu humano es demasiado corto de entendimiento para discernirlo; que es preciso que Dios haga siempre un milagro y que revele ese sujeto en sueños, o mediante un adepto, aunque la mayor parte del tiempo el fracaso no se debe más que a la incapacidad profesional del que trabaja, porque no examina la naturaleza del sujeto que tiene entre las manos y sobre el que trabaja, ni cuál puede ser su efecto. No considera las circunstancias, y no busca por una mera reflexión sacar una mayor ventaja de una cosa que habrá encontrado por azar, no dirá “*Tal cosa ha producido tal otra, ¿cómo se ha hecho esto? Si yo agregara tal cosa, o quitara tal otra, ¿qué resultaría de ello?*” Él deja pasar todo ante sus ojos sin poner atención, aunque sepa muy bien el proverbio que dice *inventisfacile est addere*.

Que un albañil ignorante construya una casa según su capacidad; cuando esté terminada, observará con el tiempo las fallas que ha realizado en algunos sitios, y de eso concluirá: “*Si hubiera hecho esos lugares de tal manera, serían más cómodos; aquí hubiera debido poner en el muro una barra de hierro para hacerlo más fuerte; allá hubiera debido poner una viga, o una gruesa y buena piedra; en este sitio hubiera debido levantar un aposento cuadrado, alto o bajo, etc.*” Si no quisiera guardar esta casa y la vendiera para construirse otra, ¿no tendría ya mucha ventaja para construirla mejor que la precedente? Un discípulo que trabaja en química, ¿no debe hacer lo mismo y examinar con cuidado, cuando comete una falta, en qué consiste ella, qué ha puesto de demasiado, o de demasiado poco, qué efecto produce una cosa y qué retardo o avance da tal otra? Pero para esto debe profundizar la naturaleza y la propiedad de cada cosa, a fin de no mezclar juntos los contrarios.

Para comprender que el nitro sacado del agua de lluvia no es mejor que el nitro vulgar, el lector debe considerar que éste se origina del primero, y concluir de ello que la sangre de este hijo es de la misma naturaleza que la de su padre; y si el hijo tiene todas las cualidades del padre y la misma virtud en todas sus operaciones, ¿no es, en toda su sustancia, el padre mismo? Se debe decir otro tanto de la sal universal con relación a la sal común de la cual es la madre. Además, como ya lo he observado: *Ex quo aliquid fit, in illud rursus resolvitur*. Y puesto que todas las cosas sin excepción tienen su origen en el nitro y la sal universales, los animales tanto como los vegetales y los minerales, es preciso necesariamente que retrograden a aquellos y que se resuelvan y reduzcan a ellos; consecuentemente el nitro y la sal que provengan de un cuerpo, cualquiera sea, no difieren del nitro y la sal universales. No se puede dudar que todas las cosas tienen su esencia en ese nitro y esa sal, y que son procreadas por ellos, pues no hay nada en la Naturaleza en lo que no se encuentren. Es lo que demostraremos en los capítulos siguientes.

Cap. IX - Prueba indudable de que el nitro y la sal están contenidos en el aire y en todas las cosas del mundo

Como no podemos subir hasta el cielo, y estamos obligados a reconocer sus sujetos en lo inferior, diremos en pocas palabras: el cielo está lleno de luz, la luz es un efecto o un producto del fuego, y el salitre es todo fuego; concluimos de ello que el cielo es un nitro de la más grande volatilidad, y que descendiendo deviene cada vez más corporal y fijo. Que esto baste en lo tocante al nitro celeste.

Hablemos al presente del aire. El relámpago, los truenos y el granizo, prueban sensiblemente que hay un nitro en el aire, pues el nitro fulmina, relampaguea, truena, congela cuando está unido a la sal, y no encontramos sobre la tierra ningún otro sujeto capaz de producir estos efectos.

El nitro está procreado por el cielo; primero es volátil, pero en el aire se reduce a un cuerpo volátil espirituoso; en el aire y en la tierra, se vuelve un cuerpo visible y palpable.

Probaremos por razones físicas, y a continuación por la experiencia, cómo ocurre que el nitro se inflama así en el aire, y porqué él graniza, relampaguea y truena.

El nitro no fulmina, a menos que se le junte un agente contrario y sea animado por el calor; cuanto más son ellos volátiles y sutiles, tanto más actúan con fuerza uno sobre el otro.

Decimos entonces que la luz, la vida y el fuego del cielo, se envuelven en el aire, se concentran allí, y de allí viene un nitro sutil y volátil que tiene necesidad de un agente contrario para su acción. Es por eso que se eleva a su encuentro, y sube desde la esfera terrestre y acuática en forma de vapor, de niebla o de humo, un cuerpo terrestre, una tierra igualmente sutil y volátil, o una sal alcalina volátil. Cuando se juntan por los vientos, y son agitados y calentados por los rayos del sol, ellos obran y se calientan más y más uno al otro, hasta que se inflaman, fulminan, truenan, y causan en el aire los pavorosos relámpagos, como se ven en los grandes calores del verano.

Por el contrario, cuando el sol no está demasiado caliente, el nitro sutil y el álcali volátil se unen sin estallido, como uno puede percibir claramente en invierno y en los tiempos fríos y húmedos, porque el frío y la humedad impiden que se puedan calentar e inflamar, como lo demuestra la experiencia siguiente.

Tomad salitre; hacedlo fundir en un crisol a fuego abierto, agregadle una sal volátil alcalina animal, como por ejemplo, sal amoníaco, sal volátil de orina, u otra sal volátil que queráis, o incluso una tierra volátil, como de carbones, de azufre, de aceites grasos vegetales o animales; se inflamará, fulminará y estallará como la pólvora. Cuanto más volátiles sean la tierra y la sal, con tal de que sean sales, más violento será el estallido, y ellos operan así sólo cuando son calentados por un calor seco; pero si están húmedos, se unirán muy fácilmente sin estallido, porque tienen un tercer medio que impide la fulminación, y que no permite que haya ningún movimiento ni inflamación. Si por ejemplo se disuelve en el agua sal volátil de orina, o sal amoníaco con nitro, ambas se disolverán sin la menor sospecha de ninguna alteración y atracción, pero si hacéis evaporar el agua hasta la sequedad y hasta la coagulación de las sales, y hacéis un fuego bastante fuerte para que comiencen a sudar y a disolverse juntas, se inflamarán y fulminarán.

Es lo que se ve claramente con el oro fulminante. Muchos químicos han buscado la causa de este efecto, y muy pocos la han encontrado. Se lo han atribuido casi todos al azufre que está en el oro, pero sin razón. Se lo deben atribuir sólo al nitro y a la sal volátil de los cuales se carga el oro cuando se disuelve en el agua regia. Es cierto que el aceite de tártaro, u otras sales alcalinas que se usan para precipitarlo lo suavizan mucho; pero a pesar de eso, no

pueden despojarlo de las sales que le dan su cualidad fulminante, lo que se ve claramente por el aumento de su peso. Veamos la cosa más cerca.

El agua regia está hecha de agua fuerte y de sal amoníaco; el agua fuerte está hecha de nitro y de vitriolo. Entonces cuando el oro está disuelto en el agua regia, que es un nitro volátil, con la sal amoníaco, que es una tierra alcalina volátil, cuando se precipita con aceite de tártaro, que es una tierra alcalina fija, el agua fuerte se llena en parte con sal de tártaro que es su contraria, y se fija. Como es una tierra más abierta que el oro, lo deja caer; pero el oro está repleto y muy cargado del espíritu nitroso del agua fuerte y de la sal amoníaco volátil, y los arrastra al fondo y los retiene con él, porque él es una tierra seca, y toda tierra seca atrae ávidamente hacia sí y engulle esas sales. Y como esas dos sales, el nitro y la sal amoníaco, son muy sutiles y volátiles, se ponen en acción muy fácilmente, se inflaman por el menor movimiento o el más pequeño calor; y cuando lo sienten, estallan por lo bajo, como la pólvora estalla por lo alto. No es entonces el azufre del oro la causa de su fulminación; sino más bien la sal amoníaco y el nitro volátil, como dos agentes que actúan poderosamente uno sobre el otro.

La razón por la cual este oro estalla por lo bajo, viene del oro mismo que es una tierra fija, que tiende hacia lo bajo; mientras por el contrario los carbones que están en la pólvora son una tierra volátil, y en consecuencia brotan hacia lo alto.

Vemos aún otra diferencia entre el oro fulminante y la pólvora; y es que el oro estalla con tres veces más potencia que la pólvora. La razón de ello es que esta última está compuesta de un salitre corporal, grosero y crudo, y en el oro fulminante hay un nitro muy espiritual, volátil y sutil: ahora bien, cuanto más sutiles, volátiles y espirituosos son estos agentes contrarios, más violentamente estallan. Por eso, si en lugar de servirse de un álcali fijo –como el aceite de tártaro- para precipitar el oro, se toma un volátil –como la sal de orina, o la de cuerno de ciervo-, estallará todavía con mayor fuerza. El curioso verá por ese medio que la fulminación proviene de las sales volátiles y no del oro, verá también que en el líquido este oro no producirá ningún estallido, aunque se lo deje varios años en el agua regia; pero tan pronto como se seca y siente el menor calor, comienza a estallar. Cuando este oro fulminante es secado y a continuación se lo hace hervir en agua, o con un álcali fijo como el aceite de tártaro o la potasa, o con otros álcalis, él pierde su acción fulminante, porque el aceite fijo del tártaro disuelve los agentes volátiles contrarios que están adheridos al oro, hace por la disolución una cosa tercera, y por su fijeza ata la reacción, de manera que no pueden estallar.

De esto nosotros concluimos que la fulminación en general viene de un volátil nitroso, de un álcali sutil y volátil, o de alguna otra tierra volátil, como el azufre de los carbones, que cuanto más volátiles son, con más fuerza estallan, y cuanto más fijos, menos estallan.

Si se vierte en un nitro fundido un aceite, o polvo de carbón, de arsénico, de oropimente o de azufre, se conocerá pronto cómo se repelen uno a otro, causando una violenta reacción, según ese agente sea más o menos fijo.

Por el contrario si se pone en dicho salitre fundido una sal común fija, o sal de tártaro fija, o cualquier otro álcali fijo, o bien una tierra fija, como la tierra sigilada, la creta, la cal, que no contenga nada de volátil, se verá que no hay ninguna reacción, y que sin distinción de frío o caliente, se unirán muy apaciblemente y se fijarán una a otra sin fulminar.

Por lo que hemos dicho antes, nos preciamos de haber probado suficientemente, tanto por la teoría como por la práctica, de que en el aire hay un salitre y una sal volátil, y que el rayo es un signo seguro de la presencia de ambos. Podremos aún a continuación, como hemos hecho antes, hacerlo ver de una manera sensible por al agua de lluvia por medio de la putrefacción.

Del aire descenderemos a la tierra y al agua, los examinaremos igualmente, y veremos si el nitro y la sal, como generadores y corruptores, y conservadores y destructores, y de nuevo regeneradores de todas las cosas, se encuentran allí igualmente.

Cap. X - *Que el nitro y la sal se encuentran en todas las aguas y en todas las tierras*

Hemos probado antes que el nitro y la sal pueden ser extraídos de la lluvia, de la nieve, etc. Se los encontrará también en toda tierra y en toda agua. Si tomáis de la superficie la tierra que queráis, sea en los campos, sea en las praderas, pantanos, ríos, montañas o valles, de la tierra grasa o del lodo; la hacéis disolver con agua ordinaria destilada, a continuación la filtráis, la hacéis evaporar hasta el tercio y la cristalizáis, y operáis en todo como os hemos indicado con el agua de lluvia, encontraréis un nitro y una sal en más o menos cantidad, según que la tierra haya sido más o menos impregnada de ellos. Esto no necesita una prueba particular, uno puede informarse con los que hacen el salitre; ellos darán suficientes instrucciones, ya que tienen un perfecto conocimiento de ello.

Es lo mismo con todas las aguas de manantiales. En cuanto a los ríos, es seguro, porque éstos corren a través de la tierra, y disuelven el nitro y la sal, y los arrastran con ellos hasta el mar.

La razón por la cual el mar contiene más sal que nitro, es que es calentado y reverberado continuamente por los rayos del sol, agitado de un lado a otro por los vientos, y está siempre en movimiento, y por este movimiento y esta reverberación continua el salitre pierde su fulminación, y se transforma en álcali. En efecto, que se haga hervir varias veces en agua el salitre con su tierra no lixiviada hasta la sequedad, y un poco fuertemente, que se vierta nueva agua para hacerlo recocer como antes; se experimentará que se fija más y más hasta que deviene totalmente fijo y alcalino, y no fulmina más; lo que prueba que la sal no es otra cosa que un salitre fijo y reverberado. Esta fijación se hace mucho más veloz con la cal viva o con otra tierra por la vía seca que conserva la mayor parte del salitre, en lugar que con el polvo de carbón que detona, se vuela, y se pierde una gran parte de él por la reacción del sujeto contrario. Se puede fijar aún más prontamente cuando está fundido, agregándole la misma cantidad de sal común, o de otro álcali fijo. Si a continuación lo hacéis fundir, y le agregáis azufre o polvo de carbón, no fulminará más, sino que atraerá a sí una parte del azufre o del polvo de carbón, y los fijará con él.

Cap. XI - *Que los animales contienen también el nitro y la sal, que están hechos de ellos, y se disuelven finalmente en ellos.*

Todo lo que debe restituir fertilidad debe ser nitroso y salino; sin eso, no abonaría las tierras. Todos los químicos juiciosos saben que los animales son de una naturaleza nitrosa y salina, pues en su análisis se encuentra sal volátil y sal fija en cantidad, y partes oleosas inflamables.

Aquellos que cuecen el salitre nos muestran que el reino animal es muy nitroso, pues para buscarlo, ellos cavan la tierra alrededor de las casas de los campesinos e incluso en sus aposentos, que están sin cesar regados de la orina de sus niños. Esta orina se desliza dentro de la tierra, y forma un excelente salitre.

Si después de esto alguien permanece incrédulo, que vaya a un cementerio o donde se entierre mucha gente, que tome tierra de una fosa que esté bien podrida, que la lixivie, y que examine después si el reino animal no es nitroso; no dejará de encontrar que este reino se redujo a nitro. Ahora bien, la cosa en la que algo se reduce, debe ser necesariamente la misma de la que se originó.

El estiércol de las vacas y de los carneros, ¿no es también muy nitroso? ¿No lo emplean aquellos que hacen el salitre con preferencia a cualquier otra tierra? Si el salitre no fuera un alimento espermático excelente para los hombres, Dios no hubiera ordenado a los Judíos que comieran de la carne del cordero y se aplicaran a la vida pastoral. Los campesinos llevan a sus campos los excrementos de los carneros y las vacas como el mejor estiércol para abonar sus tierras, y aunque no conozcan que es el salitre el que procura esta fertilidad, experimentan no obstante que ese estiércol es el mejor. Llevan allí sus orinas, riegan con ella sus praderas, y las hierbas crecen de maravilla. Ellos llevan también sus excrementos y desperdicios, que producen trigo y otros alimentos para nuestra nutrición. Si ponemos atención a nuestro origen, convendremos en que no solamente hemos nacido entre los excrementos y desperdicios, sino que extraemos de ellos también nuestra conservación y nuestro crecimiento, y que finalmente nos disolveremos en ellos, según la palabra de Jesucristo, es decir en polvo y cenizas, de modo que nuestros cadáveres y nuestros cuerpos podridos servirán para abonar y hacer fértiles los campos, y serviremos de alimento y bebida a los hombres que vendrán después de nosotros. ¿Cuántas bestias muertas, enemigos matados o muertos de enfermedad, se han podrido en los campos y viñas, se han disuelto en jugo y en sal, y han servido para la nutrición del hombre?

Lo que hemos dicho prueba bastante, sin que sea necesario emplear un más largo discurso, que los animales tienen no solamente su origen y sus partes constitutivas del salitre y la sal, sino también que deben ser disueltos en ellos por el Arqueo universal de la naturaleza, como lo confirmaremos en este tratado.

Cap. XII - *Que los vegetales contienen el nitró y la sal, están hechos de ellos, y deben también resolverse en ellos*

Cada campesino y jardinero sabe que los vegetales crecen en la tierra por el socorro del rocío y del agua de lluvia. Hemos probado antes que el salitre y la sal son la pura y verdadera esencia del rocío y de la lluvia, como así también que toda agua y toda tierra encierran en sí el salitre y la sal como su sustancia esencial revestida de la forma terrestre y acuática.

Está ahora fuera de duda que el esperma universal, es decir el rocío, la lluvia y la nieve, con el salitre y la sal disueltos y escondidos en ellos, dan crecimiento a todas las cosas. Ahora bien, estos dos se encuentran, como hemos dicho, en todas las aguas y en todas las tierras; en consecuencia, es preciso que los vegetales adquieran de ellos su crecimiento, pues no crecen de la tierra sola, ni de las aguas solas, vacías y sin forma, o destituidas de simiente, sino del esperma universal.

Haced fundir juntos en un crisol dos partes de sal y una parte de salitre, y disolvedlos juntos en diez veces otro tanto de agua de lluvia, meted y dejad hinchar en esta disolución una semilla vegetal, pero no demasiado, y después la plantaréis. Por otro lado, tomad de la misma semilla, que no haya sido humectada en la misma agua; plantadla aparte en la misma tierra, y comparad la prontitud de crecimiento y la belleza de frutos; veréis la diferencia que se encontrará entre esas dos plantas.

El espíritu ardiente, el ácido, las partes oleosas y las sales alcalinas de los vegetales muestran sus cualidades muy nitrosas, no obstante en uno más que en otro. Se ve que los vegetales, cuando se los quema, dan una llama muy clara. Se ve que los vegetales, cuando se los quema, dan una llama muy clara. La inflamabilidad, el calor y la llama, no podrían venir más que del salitre.

El espíritu ardiente, ¿no es un nitró muy sutil e incluso celeste? Pues cuando se lo inflama, su fuego es extremadamente sutil y tiene el brillo de las estrellas. En cuanto al aceite, no hay necesidad de prueba; se lo extrae de diferentes especies, animales y vegetales, y su álcali prueba que ellos contienen nitró.

Los campesinos conocen muy bien todo esto; ellos recogen de los bosques una cantidad de hierbas y hojas, las ponen en grandes pilas, las dejan pudrir juntas, y las llevan después a los campos para abonarlos. Hemos mostrado antes, cuando hablábamos de los animales, lo que el estiércol encierra.

Los jardineros lo conocen muy bien; están encantados cuando encuentran la podredumbre de un árbol, para emplearlo como abono para las más bellas especies de flores y plantas, pues saben muy bien que la Naturaleza ha preparado esta podredumbre muy sutilmente, la ha reducido a polvo y a tierra, de la cual, cuando se la lixivia, se puede sacar un nitró y una sal muy puras.

Por esta podredumbre de los árboles, se ve no solamente que los vegetales crecen del nitró y de la sal, sino que retrogradan y se reducen a ellos como a sus principios, y que después, según la disposición de la Naturaleza, nacen de ellos otros vegetales.

Creo haber explicado bastante este reino, y haber rendido al nitró y a la sal todos los honores que se les debe; puesto que son el principio de todas las cosas, y su primera materia mediata y universal, aunque no todavía especificada e individualizada; y ambas unidas se insinúan en todos los seres y procrean, según la voluntad de la Naturaleza, una cosa tras otra.

Cap. XIII - *Que los minerales contienen el nitro y la sal, que están hechos de ellos, y en ellos se resuelven*

Cuanto más se aproxima el cielo a la tierra, más terrestre, corporal y fijo deviene, menos arde y brilla, y menos se inflama; así el nitro, que descende del cielo, está invisible, escondido y totalmente volátil en el agua, pero se manifiesta allí por la putrefacción. Cuanto más terrestre se vuelve, más alcalino deviene, y pierde más y más su cualidad fulminante por esta fijación, como veremos en lo tocante a los minerales, pues al especificarse en cada uno de los reinos, adquiere una naturaleza y una cualidad diferente, y del animal al mineral se aleja siempre cada vez más de la Naturaleza universal. No obstante, en todos esos reinos muestra más o menos el fuego que lo domina; y eso según el grado de fijeza o volatilidad que tiene en cada reino, por su oleaginosidad, pez, resina, etc.

Todos los minerales son de un género pedregoso, descienden cada vez más hacia la fijeza; su azufre inflamable es privado de la inflamabilidad por la continua fijación, y adquiere otro grado, es decir la incombustibilidad.

Hemos probado antes que el azufre y las otras materias inflamables son nitrosas, mostrando que la inflamación sólo puede provenir del salitre y de lo que le es propio. Vemos también que se puede encontrar sal en los minerales, cuando se los lixivia, después de que se los ha hecho enrojecer un poco al fuego.

La razón por la cual la sal no se encuentra en tan gran cantidad bajo su forma salina, es que encierra en sí más proporción de tierra, y al ser más terrestre, se aleja más de su forma salina.

Este axioma será siempre verdadero, y la práctica convencerá de ello a cada químico: una cosa se resuelve en la cosa de la cual fue hecha, y se resuelve también por ella.

Cuando queremos disolver minerales que están atados muy fuertemente, vemos que es preciso emplear la sal, o menstros salinos y nitrosos, sin los cuales no se los puede abrir. Cada químico sabe que todos los menstros son nitrosos y salinos, de esto el lector puede concluir que, puesto que los minerales se funden y disuelven en la sal y los menstros salinos, necesariamente deben tener una homogeneidad con la sal, de otro modo no podrían ser domados. Si los minerales se funden en líquido en los menstros salinos, es ya una reducción a su primera materia, pues están hechos de agua salada. Si se reduce al tercio por destilación el agua que queda, cada químico sabe hacer de ello una sal o vitriolo; y ese vitriolo puede, por reducciones y cohobaciones, reducirse a agua salada o a espíritu salino, de los cuales ha sido procreado antes por otros cambios.

Los minerales provienen de una sal y de un nitro acre, fermentados, calentados y corrompidos, que resuelven en ellos una tierra y adquieren una cualidad vitriólica y sulfurosa; se fijan después cada vez más en su grado, y como tienen su origen en un nitro y una sal acres y espirituosos, retrogradan también por este nitro acre a su primer principio, como aclararemos más en la genealogía de los minerales. No obstante, no estará fuera de tema anticipar en esta parte de nuestra obra, y extendernos un poco más en este capítulo, sobre el nacimiento de los minerales, a fin de que el lector se convenza desde el presente, por el origen de los tres reinos, que todas las cosas se originan del nitro y de la sal, o de su simiente nitrosa y salina.

Los minerales nacen del agua nitrosa y salina que se desliza por las grietas y hendiduras de la tierra hasta su centro, donde esta agua salina, fuertemente calentada y fermentada por el calor central, y empujada de nuevo en forma de vapor y espíritu puro hasta la circunferencia, se adhiere a las rocas, se vuelve roedora y corrosiva. Esta agua disuelve entonces las rocas, y

la tierra vuelve a coagular el agua en sal, no como era antes, sino en una sal vitriólica, tanto como ha podido asir de una vez y ha podido resolver; y así la muele en una tierra pegajosa y grasa que ordinariamente llamamos guhr. Esta tierra es a continuación disuelta más y más por los vapores corrosivos que se elevan, hasta que se transforma en azufre. Este azufre, por la longitud del tiempo y por el calor central, pierde su inflamabilidad y se transforma en arsénico; el arsénico se transforma en una marcasita, y ésta solamente es la primera materia de los metales más próxima y no el vitriolo. Vemos que el azufre es puramente un corrosivo: primeramente por su olor que infecta los pulmones, en segundo lugar por su aceite, que se saca en cantidad.

Vemos que el aceite y el espíritu de vitriolo es un azufre disuelto; cuando se embebe con él una tierra, como por ejemplo la creta u otra tierra fija, y se los hace evaporar fuertemente a un fuego abierto, arden y se inflaman como el azufre. Ahora bien, ya he probado antes que el azufre era anteriormente un nitro, y que ése era su origen.

He demostrado también que los minerales se resuelven de nuevo en un salitre fermentado y acre, o en un vitriolo, y éste en su primera materia. Este punto será aclarado más profundamente en su propio capítulo.

De todo esto el lector puede concluir si yo comprendo o no este origen; que él avance, o que retrograde en el análisis de los minerales. Verá por experiencia cosas que no hubiera creído antes, pero si imaginara que yo quiero introducir una nueva doctrina y derribar las ideas de nuestros ancestros, que han escrito durante miles de años que el azufre, el mercurio y la sal son la primera materia de los metales, me contentaría con responderle que no es ésa mi intención.

Todo el mundo sabe que ellos han planteado como base que el azufre, el mercurio y la sal son la primera materia de los metales, pero los verdaderos Filósofos saben aún mejor si hay que entender estas palabras al pie de la letra. Aquel que no me quiera seguir, ni creer que yo busco puramente conformarme a las reglas de la Naturaleza, puede seguir a otros y sacar de ellos mejores principios. No obstante, habrá algunos que estarán encantados con que yo haya sacado a luz este tratado.

Es visible que el azufre y el mercurio tienen su origen en el nitro y en la sal. Cuanto más la tierra se carga de nitro que es corrosivo y ácido, más sulfurosa deviene; y a medida que se alcaliniza, o se encuentra en un sitio alcalino o salino que mata al corrosivo o azufre, proviene de allí un mercurio o un sujeto mercurial.

Lo que os hemos dicho basta al presente sobre la primera materia y origen de los minerales, debe bastar para haceros ver que están compuestos de nitro y de sal, y que pueden de nuevo reducirse a ellos. Yo tendría aquí una bella ocasión de mostrar la prueba de ello también por la práctica, como por la teoría. Pero me lo reservo para la continuación de esta obra.

Está entonces claro como el día, que el salitre y la sal son la simiente de todo el gran mundo volátil y fijo, según que sean aplicados.

Estos dos son el padre y la madre, el agente y el paciente, el acero y el imán de todas y cada una de las cosas; y los elementos visibles, es decir cielo, aire, agua y tierra, son su casa y habitáculo, y las materias de las cuales y por las cuales operan y procrean todo.

El lector podrá entonces comprender fácilmente lo que es la generación, la corrupción y la regeneración de todas las cosas, pues debe estar seguro de que el nitro y la sal procrean, mantienen, destruyen y regeneran todo, sea de una manera fija, sea de una manera volátil.

De un nitro y de una sal volátil nace más bien un animal que un mineral, de un nitro y una sal semifija y semivolátil, nace un vegetal; y de un nitro y una sal fija, nace un mineral.

Por esta razón, es fácil descender de la generalidad que hemos indicado a la especialidad, pues cuando se conoce una vez el origen, se conoce también la progresión y la meta; es decir el comienzo, el medio y el fin.

El lector podrá al presente formarse la más bella teoría de la Naturaleza, cuando considere cómo de un vapor extremadamente sutil, ella desciende y se aproxima cada vez más, por grados convenientes, hasta la fijeza; y vuelve a subir también por los mismos grados, y jamás va de un extremo al otro.

Del cielo más volátil ella hace un aire volátil, de éste un agua semifija, de ésta una tierra fija, y después muy fija; o bien ella hace del nitro más volátil y celeste un nitro volátil aéreo, de éste un nitro semifijo y corporal, o un nitro acuoso y palpable, de éste una sal terrestre o alcalina, y de ésta, siempre descendiendo, una tierra, una piedra y un mineral.

Tal es la marcha de la Naturaleza. Creemos haber dicho ya bastante para poner a los discípulos del Arte en estado de observarla y seguirla, aunque hasta aquí no hayamos hecho más que una descripción de las cosas naturales. Pero lo explicaremos todavía más especialmente y entraremos en el análisis de las cosas, por medio del cual podemos penetrar hasta el centro de la Naturaleza, y considerarla totalmente desnuda.

Comenzaremos con razón por la principal puerta de la Naturaleza, que es la entrada de toda generación, destrucción y regeneración; por la llave sin la cual sería difícil penetrar en su santuario. Esta principal puerta o llave es llamada por los químicos la putrefacción.

Cap. XIV - *De la principal puerta o llave de la Naturaleza, autora de toda generación y destrucción de cosas naturales, llamada putrefacción.*

El cielo, a causa de su sutil pureza, no está tan sujeto a cambio como los elementos inferiores, pero cuando desciende al aire, y de allí al agua y a la tierra, se pudre también con ellos, para producir en los elementos inferiores su semejante; los cuales elementos, por una ley particular del Creador, no pueden producir ni destruir nada sin la putrefacción.

Por eso no se puede, sin la putrefacción, o sin ninguna antecedente maceración, digestión, fermentación y cocción, sea rápida o lenta, esperar ningún verdadero análisis, ni en los universales, ni en las especies e individuos, pues el rocío, la lluvia, la nieve, la escarcha y el hielo, se pudren todos sin distinción. Se conoce que esto ocurre cuando dan un olor, aunque débil, de corrupción.

Los animales se pudren muy fácilmente, tanto como las cosas antedichas, y a causa de la cantidad de partes volátiles que contienen y de su nitro volátil, exhalan un hedor insoportable. Los vegetales se pudren igualmente con facilidad a causa de su demasiado grande humedad, no obstante no tan rápido como los animales, y no huelen tan mal como ellos.

Los minerales se pudren y fermentan, sin embargo no exhalan, al menos la mayoría, un olor tan malo como los anteriores, a excepción del hierro que, cuando cae en maceración y se reencuentra con su homogéneo, hiede peor que una cloaca: hablaremos de ello en su sitio.

Por la putrefacción los minerales devienen vegetales, y los vegetales animales. Así la Naturaleza, formando como un círculo, pone lo más alto en lo más bajo, y lo más bajo en lo más alto: ella cambia así los tres reinos a una Naturaleza universal e indiferenciada, como ya hemos dicho. Ella empuja al aire, desde el centro de la esfera terrestre y acuática, los vapores que son del reino mineral, y los vapores de la superficie de la tierra que son del reino vegetal; igualmente los vapores y exhalaciones que son de cadáveres animales, como también los de los tres reinos que están vivientes y florecientes, y allí los “caotiza” y devuelve a la universalidad. Entonces no son más ni animales, ni vegetales, ni minerales, sino ubicuos, es decir que ellos deben estar, y están en efecto en todas las cosas.

Es preciso entonces considerar la putrefacción como el forjador maravilloso que hace de la tierra un agua, del agua un aire, del aire un fuego o cielo, y que del cielo hace de nuevo aire, agua y tierra. Ella realiza estos cambios sin pausa y a cada minuto, y los hará hasta que el cielo y la tierra se fundan juntos en una masa vitrificada.

Cap. XV - *Lo que es propiamente la putrefacción*

Después que Dios hubo creado el vapor universal, le implantó, por su propia voluntad, una esencia activa que llamamos espíritu. Este espíritu es desde el comienzo un ser móvil que no reposa jamás, sino que está siempre en movimiento, operando y obrando continuamente y sin descanso. Sea fijo o volátil, está siempre activo, y opera con alteración y sucesivamente en todas las criaturas. Cuando cesa de existir en una, o sale de ella, en el mismo instante comienza a trabajar en otra, y así no reposa jamás un solo momento.

Este espíritu es el agente, el autor y el origen de todo cambio, y comienza cada cambio por la putrefacción. Cuando la ha fomentado durante algún tiempo, separa lo puro de lo impuro, coagula y fija hasta el término absoluto de cada individuo. Después que ha empujado un cuerpo coagulado hasta su último término, comienza nuevamente a corromperlo, a disolverlo, a separarlo, hasta que haya hecho con él alguna otra cosa. Este espíritu es el generador, conservador, destructor y regenerador de todas las cosas del mundo.

Este espíritu, en su origen primordial, está totalmente oculto en el vapor o en el agua, y es tan espírituoso que por el menor calor se despega y se vuela en el aire; pero cuando desciende a nuestros elementos corporales más groseros, es retenido en parte, y obligado por grado o por fuerza a volverse un cuerpo visible y palpable, o mejor dicho a tomar él mismo un cuerpo tal. Entonces aparece a nuestros ojos en una forma muy blanca, cristalina y transparente (el nitro), frío como el hielo, y no obstante de una naturaleza tan ígnea que cuando se calienta, si fuera juntado en el centro de la tierra en gran cantidad, y su contrario viniera a su encuentro, devendría tan furioso que haría saltar por los aires no solamente las rocas, las piedras, las casas y los habitantes, sino aún el globo de la tierra entero. Nos da también con frecuencia pruebas por los temblores de tierra, y sin su hermana o su mujer fría (que es la sal), a la cual se apega con una pasión amorosa muy fuerte, y que es la única que lo puede domar o suavizar, hace tiempo que habría destruido el mundo entero. Pero su hermana o esposa, cuando ambos se abrazan en su palacio ígneo infernal, no se lo permite, y lo mantiene apretado hasta que él apaga su furor. Entonces no puede causar más daño, y olvida incluso su ferocidad al punto que, cuando sus contrarios se juntan con él, no solamente no les causa ningún daño, sino que los atrae hacia sí, se asocia con ellos, y hace con ellos, por decirlo así, una alianza perpetua.

Este espíritu está derramado en todas las criaturas y distribuido en ellas, y sin él, ninguna podría vivir ni existir.

La putrefacción es entonces la primera llave y la primera puerta, por la cual este espíritu doble nos abre el palacio de la Naturaleza.

Este espíritu no tiene jamás reposo, como hemos dicho, y por su movimiento ocasiona una tibieza, o calentamiento; este calor abre los poros de cada cosa, de modo que este espíritu implantado puede ir y penetrar por todas partes, sea para procrear, sea para corromper. Cuando ha penetrado por los miembros, comienza a disolver o a coagular, y obra así hasta que el cuerpo esté enteramente penetrado y calentado; entonces las partes sutiles, húmedas y volátiles comienzan a evaporarse más o menos, según haya sido el grado de calor, y a dar un olor por el cual uno puede percibir que el espíritu obra, que trabaja, que abre el cuerpo, lo pudre y ablanda por la digestión, y continúa obrando gradualmente hasta que llega al término destinado.

Este espíritu era en su comienzo vapor y agua, y produce también todas las cosas de vapor y de agua, sirviéndose de ellos para todas sus operaciones, sus mezclas, y sus soluciones, porque todas las cosas que hace se mezclan fácilmente con el agua.

No hay que imaginarse sin embargo que esta agua de la cual el espíritu procrea todos los animales, vegetales y minerales, es un agua sin potencia como un agua de fuente. Es un agua que encierra cuatro cosas: los cuatro elementos que en ella están en un perfecto acuerdo; tres cosas: el espíritu, el alma y el cuerpo; el mercurio, el azufre y la sal; el volátil, el ácido y el álcali; y dos cosas que son el macho y la hembra, el agente y el paciente, el nitro y la sal, de los cuales todas las cosas nacen, y por las cuales son destruidas y regeneradas. Es un agua en la cual el espíritu es el agente que opera todo, y aunque este espíritu sea diferente según la fijeza o volatilidad, y se lo pueda llamar doble, triple, cuádruple y quíntuple, sin embargo no es más que un solo y único espíritu, que difiere según sus diferentes operaciones.

No había en el comienzo más que un agua simple, la cual se dividió con el tiempo, y en su división cada parte tuvo su nombre particular, aunque haya salido de una sola raíz y de un mismo principio; y recíprocamente todos los individuos del universo pueden también por reducción y resolución ser cambiados a agua.

Hemos así aclarado suficientemente lo que es la putrefacción; es decir, un espíritu motor implantado que entibia, calienta e inflama; que es simple en forma doble y doble en forma simple; como también un ácido que se bate contra el álcali, siendo ambos uno en su esencia, como también tres: volátil, ácido y álcali; mercurio, azufre y sal; espíritu, alma y cuerpo. Es lo que vamos a explicar en el capítulo siguiente.

Cap. XVI - *Lo que la putrefacción opera, y lo que ella produce*

En general, por la putrefacción un volátil deviene ácido, y el ácido un álcali. Por el contrario, el álcali deviene ácido; y el ácido, un volátil; según que las cosas que se quiera cambiar estén dispuestas naturalmente, o por el Arte.

Para representar la operación real de la putrefacción, tomaremos como modelo el agua de lluvia, que es el agua universal regenerada caótica.

Tomad entonces, del agua de lluvia, tanto como queráis; ponedla en un vaso apropiado; cuanto más haya de ella, mejor se verá la actividad del espíritu universal. Dejad reposar ese vaso bien cubierto catorce días o un mes entero; ella fermentará, como lo hemos dicho ya en su sitio, se pudrirá, se volverá turbia, impura y hedionda, y veréis formarse allí una tierra espumosa y sobrenadante; lo que prueba visiblemente que hay una alteración que es más o menos grande, según que la cosa esté dispuesta por naturaleza, o por Arte.

La causa de esta corrupción del agua, de su impureza, nebulosidad y podredumbre, es el espíritu que allí está implantado y que, por su movimiento perpetuo, produce en el agua un calor imperceptible. Cuanto más él trabaja y se calienta, tanto más altera y separa, pues se encontrará día a día, siempre aumentando, más impureza o tierra, como así también más mal olor y podredumbre.

Examinaremos al presente este cuerpo acuoso putrefacto y sus partes.

Hemos dicho antes en su capítulo, y en varios otros lugares, que el agua, antes de su putrefacción, era un puro volátil que en la destilación pasa enteramente, pero que después de la putrefacción ella se divide en tres partes esenciales, a saber, en un agua volátil, en un ácido o nitro, y en una sal alcalina, que después de la separación, dejan todavía tras ellos una tierra que los químicos llaman heces.

Se puede ver evidentemente y concluir que esta agua encierra en sí un espíritu o un poder activo, pues ¿de dónde podrían provenir la separación y la alteración, si no hubiera en esta agua alguna cosa activa que pudiera ocasionarlas? Ahora bien, esta cosa que obra y produce este efecto, es lo que nosotros llamamos comúnmente, un espíritu.

Se percibe, por la podredumbre y por el olor, que un espíritu tal está en el agua, y que él calienta esta agua, aunque imperceptible e insensiblemente. No se oye jamás decir, y no se ve, que el frío ocasione una podredumbre o un mal olor; y si en invierno incluso toda la tierra estuviera embalsada y cubierta de cuerpos muertos, no se sentiría ningún mal olor; pero si el calor viene, se pudrirán tanto y olerán tan mal en un solo día, que persona alguna lo podría resistir.

Concluimos entonces que la putrefacción sólo viene del espíritu entibiado por el calor, y el mal olor proviene, así como el bueno, del volátil que se exhala por el calor; él sube y alza vuelo de una manera invisible y sin embargo sensible al olfato, como se lo puede ver claramente en la orina putrefacta y en su hedor, cuando se la destila: es entonces solamente que sube su sal volátil, que tiene el olor más penetrante y más fuerte; pero su espíritu fijo y su aceite, así como su álcali y el *caput mortum* quemado en carbón, no tienen casi ningún olor.

Se ve también en los vinos, principalmente en los más viejos que, cuanto más se estacionan en las cavas frescas, tanto más adquieren bondad y olor agradable; cuando se los destila, el espíritu ardiente volátil del vino sube el primero, y tiene un olor más fuerte que las partes que le siguen.

La misma cosa se ve en los minerales; apenas se ponen las mineras al fuego, el volátil llega al olfato; el azufre, el ácido y el espíritu arsenical causan aturdimiento, pero las partes

restantes casi no tienen ningún olor, excepto lo que haya podido ser fijado del volátil por el fuego.

El ácido o el nitro tiene muy poco o casi ningún olor, no más que la sal o el álcali, cuando se los separa del agua de lluvia podrida, a menos que sean de nuevo excitados por sus contrarios.

El olor es entonces ocasionado por el calor, y éste proviene del movimiento excitado por el espíritu motor, como ya hemos dicho; y si alguno duda de que el movimiento es la causa del calor, no tiene más que tocar el hierro que un herrero esté golpeando en frío durante un cierto tiempo, lo sentirá extremadamente caliente. Que observe todavía a los amoladores, cuando pasan un hierro sobre su piedra de afilar sin mojarla, y giran la rueda con rapidez; verá que ese hierro se vuelve tan rojo que se puede allí encender azufre o madera. Finalmente, que tome dos piedras frías o dos trozos de madera, que los frote uno contra el otro, y verá si no se calientan por este movimiento.

Hemos dicho antes alguna cosa sobre la manera en que un volátil deviene ácido, y éste un álcali; y por el contrario, cómo un álcali deviene ácido y éste un volátil; o como el cielo deviene aire, el aire agua y el agua tierra; ahora examinaremos cómo se hace esta mutación.

Cap. XVII - De qué manera un volátil deviene ácido, y un ácido álcali, y al contrario cómo un álcali deviene ácido, y éste volátil

Este capítulo contiene un punto esencial, al cual todos los Artistas, si quieren avanzar en el Arte, deben poner la mayor atención: pues por falta de conocer este único punto, hay millares de ellos que se extravían en sus soluciones y coagulaciones, en sus volatilizaciones y fijaciones.

En una palabra, el universo con todos sus universales, sus especies y sus individuos, está compuesto de una forma tal que uno no puede pasarse sin el otro, ni existir sin él: uno debe ser el conductor del otro, uno debe ser el medio y el lazo del otro; sin esto no ocurre ninguna conjunción ni ninguna separación, pues, como lo hemos ya dicho, los elementos tienen una necesidad mutua unos de los otros.

Igualmente, los animales no podrían sostenerse sin los vegetales, ni los vegetales sin los minerales; y por el contrario, los minerales no podrían volverse útiles sin los vegetales y sin los animales.

Pero, como ya lo he probado suficientemente, un extremo no podría unirse con otro extremo sin un medio. El cielo no podría devenir terrestre más que por medio del aire y del agua, y recíprocamente la tierra no podría devenir celeste sin el mismo medio.

Parecidamente, los animales no podrían devenir minerales sino por medio de los vegetales, y el vegetal es el medio entre los animales y los minerales.

Todos los universales, así como las especies determinadas, deben tener su medio para su conjunción; y cada individuo de cada reino debe también tener su medio para unir sus partes, a fin de sostenerse y de conservarse.

Este medio es vulgarmente llamado ácido, el cual en todos los sujetos del mundo es específica, individual e indivisiblemente, un medio entre el volátil y el álcali, entre el superior y el inferior, sin el cual ellos no podrían jamás unirse; pues el volátil, como el superior, es extremadamente volátil, y el álcali, como el inferior, es extremadamente fijo. El volátil no se une jamás con el fijo inmediatamente, ni el volátil con el álcali, sino por el ácido: el ácido es el mediador, el copulador y el conciliador de todas las cosas, porque no es ni demasiado volátil, ni demasiado fijo, sino que está en el medio entre ellos. Por esta razón es hermafrodita y es el verdadero Janus químico. Con un ojo él observa el volátil y con el otro observa el álcali. Si se le da el volátil, se une con él inseparablemente; si se le da el álcali, se le une igualmente, y si se los une a los tres juntos, la unión se vuelve tan fuerte que los tres juntos subsisten al fuego, o se vuelan juntos. Se debe entenderlo, no obstante, del volátil, del ácido y del álcali homogéneos; aunque los heterogéneos mismos se ligan tan íntimamente juntos, que se vuelven también inseparables. He aquí un ejemplo.

Tomad espíritu de vino, aceite de vitriolo, y sal fija de orina, que las tres son de un reino diferente. Verted el espíritu de vino sobre la sal de orina, agregadle después, gota a gota, el aceite de vitriolo. Veréis al comienzo una gran oposición, y escucharéis un ruido y un silbido, pero al final se tranquilizarán y se juntarán tan íntimamente que, cuando les destiléis las serosidades acuosas, no advertiréis ningún vestigio del espíritu de vino, que se ha fijado sobre al álcali con el aceite de vitriolo.

Pero, para proceder en orden y no desviarnos, explicaremos de qué manera el volátil deviene ácido, y éste álcali; es decir, cómo uno se vuelve el imán del otro, pues uno atrae el otro hacia sí, y lo cambia a su propia sustancia sin ninguna interrupción, según que la fuerza y la cantidad de uno exceda la del otro.

Sabed entonces que tan pronto como al agua de lluvia juntada comienza a pudrirse, o tan pronto como el espíritu que allí está implantado comienza a operar y a calentarla, esta agua en el mismo instante comienza a transformarse y a devenir cada vez más corporal; pues en su primer estado ella era un poco volátil, y como el volátil busca siempre volverse fijo por los grados intermedios, busca también, cuando se ha vuelto fijo, volver a ser volátil por los mismos grados. Este espíritu deviene siempre, por su movimiento continuo, más cálido y más ígneo. Este calor lo vuelve tan sensible y tan picante, que presenta al gusto una acritud que llamamos comúnmente ácido; y como el ácido ocasiona una precipitación, y manifiesta así una separación de la tierra que estaba disuelta en el agua; más acre e ígneo es el ácido, más tierra separa; pero a fin de que esta tierra no se vuelva demasiado fuerte, y que el ácido no pueda matarse y alcalizarse totalmente, este ácido toma su alimento del volátil, y como imán, él lo atrae y lo transforma a su naturaleza, y hace de él un ácido. Cuanto más este ácido atrae hacia sí del volátil, más se calienta, más fermenta, y más tierra él resuelve, sobre la cual está forzado pronto a obrar de nuevo; y cuanto más la resuelve, más deviene álcali seco y fijo.

Cuando la tierra está suficientemente impregnada de ácido, y el ácido ha disuelto tanta tierra como ha podido, y ha sacado magnéticamente tanto de volátil como ha tenido necesidad para su acción, este ácido ya no es tan fuerte para obrar y para precipitar, sino que permanece en un estado mediano, igualmente lleno del volátil y de las partes alcalinas de la tierra, y su acción permanece como suspendida, hasta que el volátil o el álcali tomen la delantera, entonces él pronto se le asocia, y lo ayuda en todo a producir su semejante.

Por ejemplo, si la tierra o el álcali llega a dominar sobre el volátil, vuelve al ácido enteramente alcalino; el ácido, vencido por la tierra, atrae hacia sí el volátil y lo vuelve enteramente ácido, y como la tierra adquiere cada vez más superioridad, ella lo vuelve también alcalino y terrestre hasta el más alto grado de naturaleza pedregosa. Si por el contrario el volátil es más fuerte y hay demasiado poca tierra, él transforma el ácido a su naturaleza y lo vuelve volátil, el ácido cambia al álcali en ácido, y este ácido, por la cantidad y superioridad del volátil, deviene un puro volátil.

Se puede de ello ver claramente, y se lo puede probar por la experiencia, que la tierra, durante el tiempo que el ácido allí obra y trabaja, atrae hacia sí un ácido y lo transforma en álcali; que recíprocamente el ácido toma en sí la tierra, y allí se mata, se alcaliza y se fija, por lo cual su fuerza disminuye y se dulcifica al punto que ya no puede corroer ni disolver.

Pero como todo ácido sólo toma en sí de una sola vez tanta tierra que al disolverla pueda de golpe transformar en álcali, toma sin embargo bastante para corporificarse y para obtener una forma visible y palpable. Se puede hacer esta experiencia con cada ácido; sólo hay que disolver en parte en él una tierra cualquiera, que se vierta lo que está disuelto, que se lo haga evaporar hasta el tercio, que se lo ponga después en un lugar frío; el ácido se cristalizará, lo que no ocurriría si contuviera demasiada tierra en sí. Que se tome por el contrario la tierra restante que el ácido no ha disuelto totalmente; que se la haga secar y enrojecer al fuego, que se la haga disolver después en agua, que se la haga cocer y evaporar hasta el tercio y que se la exponga al aire; no se cristalizará nada, o muy poco de lo que haya podido quedar de ácido, sino que se precipitará al fondo, sin cristalización, en forma de sal que llamamos álcali.

Vamos ahora a confirmar y demostrar por la práctica, lo que acabamos de probar por la teoría, es decir que el volátil deviene un ácido, y el ácido un álcali, cuando éste tiene la superioridad; y recíprocamente, que el álcali deviene un ácido y el ácido un volátil, cuando es el volátil el que domina: para esto sólo es cuestión de hacer obrar juntos un volátil, un ácido, y una cabeza muerta que no contenga nada.

Tomad seis partes de espíritu de vino rectificado a la prueba de la pólvora, cuatro partes de vinagre de vino destilado simplemente, y dos partes de agua fuerte o de espíritu de vitriolo;

mezclad juntos vinagre y el agua fuerte; vertedlos a continuación en un matraz sobre tres partes de creta de Colonia, u otra tierra que no contenga ninguna sal y esté despojada de todo; verted también el espíritu de vino en el matraz, ponedlo en el baño maría, después de haberle adaptado su capitel en el cuello y su recipiente, a fin de que lo que suba pueda pasar al recipiente; dejadlo digerir y disolver un día y una noche, o dos días y dos noches, en un calor del primer o del segundo grado. Después dejadlo enfriar; verted y separad muy dulcemente lo que está claro, de la tierra que todavía no está totalmente disuelta, y que la tierra permanezca en el fondo tan seca como sea posible. Desecad todavía más esta tierra y reverberadla sobre la mufla; después lixiviadla con agua de lluvia destilada, filtrada, y encontraréis un poco de sal álcali que, del ácido del espíritu de vitriolo y del de vinagre, se ha fijado en sal álcali. Destilad el agua clara al baño maría hasta la oleosidad: de esta manera lo volátil pasará, aunque muy debilitado, pues el ácido ha fijado una parte de él en sí. Poned el aceite en un lugar frío para hacerlo cristalizar, tendréis de él un nitro o una sal nitrosa, un otro ácido, y una otra clase de salitre y de vitriolo. Examinaremos al presente estas tres partes, es decir el volátil, el ácido, y la tierra o el álcali.

El espíritu de vino, que antes era muy fuerte y encendía la pólvora, y que al presente es débil como una pura flema, prueba que el ácido ha atraído y fijado el volátil del espíritu de vino.

Se ve así claramente que el ácido ha absorbido y disuelto en sí una tierra o un álcali, puesto que él se ha precipitado de nuevo con ellos en un cuerpo; pues anteriormente él era un espíritu, una cosa disuelta, teniendo la naturaleza del agua fuerte que por sí no tenía nada de cuerpo o de consistencia seca, pero ahora que ha tomado en sí la creta, él representa en parte la forma del cristal, de nitro o de vitriolo. El agua fuerte o el ácido, al llenarse de tierra y de volátil, se ha dulcificado, y ha tomado una forma mediana entre el fijo y el volátil, presto a volverse uno o lo otro, según lo que se le una, un homogéneo fijo o un homogéneo volátil. Él ha perdido su corrosividad, pues no tiene fuerza y es dulce sobre la lengua como un nitro o sal común.

Por la creta reverberada, y por el álcali que se ha sacado de ella por lixiviación, se ve todavía que la tierra ha atraído al ácido magnéticamente, y lo ha alcalizado; así en esta experiencia el volátil se ha vuelto un ácido, y el ácido un álcali.

Ahora, tomad sólo una parte de creta con cuatro, seis u ocho partes de agua fuerte, y doce partes de espíritu de vino, de manera que el ácido y el volátil puedan disolver totalmente la tierra; proceded como antes. Tendréis un resultado totalmente diferente: la tierra se transformará en ácido, y si cohobáis allí varias veces el volátil, él transmutará el ácido a su naturaleza, y así todo devendrá volátil.

Habrán posiblemente lectores a quienes estas experiencias les sean sospechosas, porque los tres principios se toman de dos reinos diferentes: pero que se los tome de un solo reino, o incluso de una sola cosa; se obtendrá siempre los mismos efectos. Yo elegí estas experiencias para extraer de ellas mis pruebas (pues habría podido sacarlas del agua de lluvia) solamente a fin de enseñar a los aficionados los procedimientos más cortos y más fáciles por los cuales ellos pueden asegurarse de la verdad de mi teoría. Encontrarán igualmente la prueba de ella en los minerales, en los vegetales y en los animales, aunque con un poco más de dificultad en los minerales, pero no obstante, llegarán a su fin, si se aplican a entender bien este tratado. Yo los he puesto sobre la vía; que hagan ellos mismos las experiencias; aprenderán más de ellas viendo las cosas con sus ojos, que con todo lo que yo podría decirles.

Que ellos consideren a continuación que, como la Naturaleza opera en los casos particulares, ella opera lo mismo en lo general, pues ella transforma los universales en

especies y en individuos, según el exceso o el defecto de tal o cual principio; y es en eso en lo que consisten las diferentes cualidades de todas las criaturas.

Se preguntará sin duda porqué en las experiencias anteriores he agregado el vinagre. ¿No bastaba con poner juntos el espíritu de vino como volátil, el agua fuerte como ácido, y la creta como una tierra fija o sujeto alcalino?

Lo he hecho por una razón muy esencial, cuyo conocimiento ahorraría a los Artistas muchas penas, gastos y tiempo. Se escriben cantidad de libros, pero la mayoría están llenos de especulaciones huecas y anfibológicas; no se publica ninguno, o muy pocos, que indiquen las razones por las cuales se junta tal o cual cosa en tal o cual procedimiento; lo que fija, lo que volatiliza, lo que coagula, lo que disuelve, ni porqué eso ocurre. De allí viene que cuando un pobre aprendiz cae sobre los procedimientos enigmáticos descritos en esos libros, él los sigue ciegamente hasta que se convence, por la falta de éxito de sus operaciones, de los grandes errores que ha cometido, sin quedar por eso más instruido, porque no sabría profundizar las razones de lo ocurrido. Mientras que, si los sabios se dedicaran principalmente en sus obras a dar las verdadera razón de cada procedimiento y de cada efecto, aún en los objetos de la menor consecuencia, aquellos que se apliquen al estudio de la química se sorprenderían ellos mismos del progreso que harían. Una razón y una operación bien concebida les haría descubrir muchas otras, y llevarían pronto el Arte a su más alto punto de perfección.

Así, para no desviarme de mi tema: la mayoría de los Artistas hacen uso del espíritu de vino en todas sus operaciones, y sin embargo sobre cien, apenas hay uno que sepa lo que es, y cómo hace falta emplearlo. Todos le atribuyen, con razón, muchas excelentes propiedades; la de extraer el azufre, la de suavizar los corrosivos y de clarificar las sales, la de corregir y perfeccionar toda la obra, como siendo la esencia más noble. Pero a pesar de eso ¿cuántos hay que al considerar al final su trabajo, lo ven tan estropeado y tan imperfecto que quisieran no haberlo comenzado jamás, aunque se hayan servido del mejor espíritu de vino? ¿Cuál es entonces la causa de su poco éxito? Es que no se puede pasar de un extremo a otro sin un medio. El espíritu de vino es extremadamente volátil; el agua fuerte, las sales y la tierra, son de una naturaleza y un género más fijo, lo mismo que los aceites y los espíritus que se saca de ellos, tales como la sal, el nitro, el alumbre, el vitriolo, y otras sales y minerales que son todos contrarios al espíritu de vino, pues éstos son, respecto de él, un extremo; y por esta razón él no puede, sin repugnancia, conjuntarse ni ponerse de acuerdo con ellos. En efecto, cuando se los vierte uno en el otro, se oye al momento (sobre todo si el agua fuerte es buena) un ruido y un silbido que anuncia que combaten uno contra otro; pero si les dais por mediador al vinagre, que es el ácido medio propio y conveniente al espíritu de vino, ellos se conjuntan muy fácilmente y sin la menor repugnancia; el vinagre toma en sí al espíritu de vino, y lo coagula a continuación muy amigablemente con el agua fuerte; tanto que ellos pierden casi toda su acidez, y adquieren más bien la dulzura en cambio.

Observad bien que no hay ningún sujeto en la naturaleza de las cosas que no tenga sus principios ocultos o manifiestos, sea un sujeto universal o un individuo, y si alguno carece de algún principio, se puede recurrir a un homogéneo semejante, o a sujetos universales, los cuales se asocian y acuerdan con todos los individuos y se transmutan en ellos; como también con respecto al origen, todos los individuos son universales, y se confunden en su última disolución.

Entonces, si cada cosa tiene sus principios, o si a falta de alguno de ellos puede ser reemplazado por cosas homogéneas, resulta que ella tiene un volátil, un ácido y un álcali; entre estos tres el ácido es el medium, o el medio de la conjunción de todas las cosas.

Es igualmente cierto que una cosa se une muy fácilmente con su semejante; las sales alcalinas de los animales, vegetales y minerales, se mezclan juntas muy fácilmente; ocurre lo mismo con los ácidos y los volátiles, pues el espíritu de vino, o el espíritu ardiente de los vegetales, y el espíritu volátil de los animales se conjuntan muy fácilmente, lo mismo que su espíritu mediano, es decir el ácido vegetal o vinagre. Recíprocamente, el ácido vegetal o vinagre, de calidad homogénea, se conjunta sin ninguna oposición con los ácidos minerales, como son el agua fuerte, el espíritu de nitro, de sal, de vitriolo, de alumbre, de azufre, etc.; y ocurre lo mismo con sus sales fijas.

Pero por el contrario, ningún extremo se pone de acuerdo con otro extremo: por ejemplo, el espíritu de vino rectificado, o el espíritu animal volátil, no se conjuntan en absoluto con su sal o con su álcali, sino por su espíritu medio. Ellos no se conjuntan tampoco, o muy difícilmente, no sin dificultad y muy lentamente, con los ácidos y álcalis minerales, pero si le añadís su medium, al instante se unen inseparablemente, y se mantienen tan fuertemente juntos, que sería imposible separarlos sin pérdida, ni por el fuego ni por el agua. Si vertís vinagre en el espíritu de vino rectificado, lo veréis pronto unirse sin ninguna repugnancia, agregadles después un álcali, y se disolverá allí muy dulcemente y se conjuntará tan bien que si los dos o los tres están en un peso proporcionado, y queréis destilar al baño maría el espíritu de vino o el vinagre, separaréis en su lugar, aunque hayan sido desflemados al supremo grado, una pura flema insípida; el ser, la esencia o la sal volátil del espíritu se ha fijado sobre el álcali por medio del vinagre y de su acidez. Después de la extracción de toda acuosidad, encontraréis una sal fija fusible como la cera y sin humo, siendo de tal modo fijados el espíritu de vino y el vinagre por sus sales alcalinas, que a crisol abierto, se funden como la cera, sin humear.

Yo descubriré aquí, en esta ocasión, una falta muy esencial que cometen los químicos vulgares cuando quieren aguzar el espíritu de vino muy rectificado. Ellos lo hacen, según la costumbre, con la sal de tártaro o de tártaro calcinado. Yo pregunto a un practicante si él cree en esto que sigue las reglas de la naturaleza. Ciertamente, él no las sigue de ningún modo, y he dicho las razones de ello más arriba: el álcali o la sal de tártaro es un cuerpo muy fijo, y el espíritu de vino es muy volátil; son los dos extremos: ellos no pueden entonces unirse sin un medio; así no se conjuntarán jamás, o lo harán tan lentamente, que se perdería mucho tiempo y gasto. Cuando el espíritu de vino se agrega al álcali, se evapora muy pronto en la misma cantidad y deja su flema con el álcali, lo que lo vuelve más concentrado, más fuerte, más ígneo, y esto es lo que los químicos vulgares mal llaman un espíritu de vino alcalizado o aguzado; ellos lo usan también con el vinagre, como lo diré a continuación.

Yo reconozco sin embargo que el espíritu de vino, por una muy grande cantidad de cohobaciones reiteradas, puede fijarse sobre el álcali, o volver al álcali volátil ¡pero qué trabajo de Hércules hace falta para esto! ¿No vale más, puesto que veo que estos dos no se acomodan bien juntos, o lo hacen muy difícilmente, que yo busque su medium propio que les ha sido quitado, y que les falta? Después de encontrar este medio, la conjunción se hará tranquilamente, incluso en un parpadeo, de una manera inseparable.

Quimistas, buscad entonces una cosa mediana, y ponedla como un medio entre el álcali y el volátil, que son los dos extremos: dejad al álcali o al volátil hartarse de ella hasta que esté lleno y vacile entre un lado y el otro. Cuando el álcali esté así lleno de ácido, dejadlo beber tanto de volátil como para hartarse más todavía, cuanto más beba de volátil, mejor será; impulsadlos a continuación fuertemente al fuego, el álcali alzará vuelo a lo alto con todas las partes; agregad aún de su volátil, una o dos veces su peso, y destiladlo prontamente con fuego fuerte, veréis que el ácido y el álcali se habrán transformado en volátil, y esto es lo que debe llamarse un volátil alcalizado o radical.

Pero yo entraré en un mayor detalle, y declararé sinceramente todo el procedimiento, para rendir servicio a aquellos que están en el error. Que ellos comprendan bien, ante todo, que todos los sujetos sublunares, cada uno en su especie, tanto en el reino animal como en el vegetal y el mineral, encierran en ellos un volátil, o un agua sutil y volátil, sea poco o mucho, y lo mismo un ácido o vinagre que pasa por el alambique después de la flema volátil, es decir un espíritu acre, acetoso, que tiene la naturaleza de su reino propio; después también un álcali propio a cada uno, que se saca de los residuos, después de la reverberación del fuego, por la lixiviación.

Si entonces un químico quiere hacer un volátil radical o un ácido radical, que tome los propios principios de cada individuo, y a falta de uno o del otro, que los tome de (sujetos) homogéneos: que él ponga una parte de álcali puro en una retorta, que vierta encima tres partes de su ácido, que destile a fuego pequeño de cenizas o a baño maría: el ácido pasará tan débil como una flema, aún cuando antes fuese tan fuerte como el agua fuerte; pues el álcali ha retenido consigo, y fijado en sí, lo que tenía de acidez. Después de esto, que agregue allí de nuevo tres partes de ácido propio, y que repita la misma operación; él pasará todavía muy débil, y el álcali comenzará a estar lleno y ahíto. Verted aún por tercera vez tres partes del mismo ácido, cuanto más pongáis mejor será: destiladlo al baño maría por grados, hasta la consistencia oleosa; el álcali quedará allí disuelto y estará por entonces lleno. Se reitera estas infusiones de ácido hasta que el mismo pase despojado de toda flema y tan fuerte como se había puesto, lo que ocurrirá a la cuarta, a la tercera, y a veces a la segunda operación. Cuando el ácido esté juntado con el álcali, y esté con él en forma de aceite, los dos principios están allí unidos. Así un químico ve cómo un principio toma al otro muy dulcemente y lo retiene muy fuertemente, mientras que expulsa afuera a su heterogéneo, es decir su humedad superflua, o su flema. Tenéis entonces, por esta operación, un ácido radical.

Si ahora queréis hacer con ellos un volátil radical, agregad todavía seis partes de vinagre nuevo, y hacedlo pasar por la retorta con algunas cohobaciones, este vinagre se volverá también un ácido radical.

Entonces, mezcladles siete partes de volátil; ellos se unirán muy amigablemente, sin ruido ni ninguna discordia; hacedlos pasar juntos, y después que todo haya pasado, agregad nuevo volátil fresco y bien rectificado, hacedlos pasar, y repetid una tercera vez: por este medio el volátil se volverá radical, según la propia regla de la Naturaleza, y se lo podrá llamar con justicia una quintaesencia, o un magisterio de la Naturaleza, porque todos los principios están allí reunidos en uno, donde el superior está conjuntado con el inferior, y por este medio se tiene, según Hermes, una fuerza unida. Hay quienes toman de este álcali impregnado con el vinagre destilado, una parte, a la cual ellos agregan cuatro partes de guijarros calcinados, los mezclan bien juntos, y los destilan en una retorta de vidrio, dándole al comienzo durante dos horas un fuego muy pequeño; a continuación lo aumentan hasta que la llama rodea la retorta, y continúan este fuego hasta que la sal de tártaro haya pasado con el espíritu de vinagre, en forma de niebla o de espíritu.

Un químico ve aquí la verdad del axioma que dice que la Naturaleza se regocija en la Naturaleza, que la Naturaleza abraza a la Naturaleza, y que la Naturaleza sobrepasa a la Naturaleza. Si un artista tomara el camino inverso de este procedimiento, de manera que el fijo o álcali tenga superioridad sobre el ácido y el volátil, haría de ellos una sal fija o un cristal fijo que se fundiría en el fuego, como la manteca, y sería una quintaesencia coagulada y fijada, así como esta primera es una quintaesencia líquida volátil: de esta manera él podrá retrogradar y avanzar, como quiera, para transformar una en la otra. El aficionado encontrará el procedimiento para ello en la segunda parte de este tratado, donde enseñaremos cómo se puede separar, y volver a juntar, los principios de todos los individuos, y cómo uno puede ser transformado en el otro.

Vengamos ahora a la forma ordinaria, con la cual se acostumbra a aguzar el vinagre. Se toma una libra y cuarto de sal de tártaro, y una libra de vinagre que se destila encima, y está hecho. Que se examine ahora este vinagre: se sabe que el vinagre, simplemente destilado, no tiene más fuerza, pero aquí la ha perdido totalmente, porque la sal de tártaro retiene y fija en sí lo poco que le quedaba. Así, no pasa más que una pura flema, en lugar del verdadero vinagre aguzado y radical que se buscaba, y aunque se volviera a cohobar y destilara este vinagre diez veces sobre la sal de tártaro, perdería su fuerza cada vez más, y disminuiría en cantidad, lo que es un trabajo inútil. La sal de tártaro retiene consigo el ácido del vinagre, y se vuelve una sal fusible que se funde al calor de la llama de una candela. Ellos sin embargo, se atreven a llamar a esto un vinagre radical; pero bien experimentan ellos mismos cuáles extracciones se hacen con él. Ocurre lo mismo cuando destilan el vinagre sobre la sal amoníaco, sin que haya perdido nada de su olor. El fracaso de sus operaciones viene de que no supieron encontrar por sus reflexiones un medio que pudiera ayudarlos, pero prefieren tomárselas con el Arte, que desacreditan como falso y engañoso.

La mayoría destila el vinagre en un matraz, por el alambique: de esta forma solamente el espíritu, la parte más volátil del vinagre, pasa con su flema. Muchos se sirven de él para todas sus operaciones, pero es tan débil que da sobre la lengua la impresión de una pura flema, con la diferencia de que tiene todavía un poco de gusto a vinagre, que muestra que algo de él se ha sacado. Si lo impulsan más fuerte y por la retorta, sacan un vinagre más fuerte, pero que tiene el mal olor del aceite, o que huele a empireuma; entonces lo tiran, o están obligados a quitarle este olor por una cantidad de rectificaciones. Si lo consiguen, le quitan al mismo tiempo su fuerza, y entonces no sirve más para nada.

Yo quiero darles la mano y enseñarles algunas manipulaciones que, con la reflexión, podrán conducirlos a otras aún mejores y menos largas; pues con respecto a las manipulaciones más nobles, por las cuales se puede destilar juntos de una sola vez un verdadero vinagre aguzado, agrio y claro, de un olor agradable en su género y sin empireuma, ellas no son para el vulgo. Esto se llama don de Dios, la Pandora por la cual todo el Arte se manifiesta. Se puede no obstante dar una idea, por ejemplos de los cuales un espíritu penetrante podrá luego beneficiarse.

Entonces, si queréis destilar un vinagre muy fuerte, claro, sin empireuma, es preciso tomar un sujeto que retenga y atraiga su aceite fétido, y que no deje pasar más que el ácido con la flema: de esta manera el vinagre pasará claro y será rectificado en una sola vez, sin empireuma, y se podrá tener varias pintas de él, mientras que, sin esto, apenas se podrá sacar una cuarta parte. Hay varios sujetos que retienen este aceite, como la cal viva, el caput mortuum del agua fuerte, el colcotar del vitriolo, el minio, las cenizas de madera. Tomad entonces uno de estos sujetos, el que queráis; alguno es sin embargo mejor que otro, como lo veréis por la experiencia. Tomad una libra, y del más fuerte vinagre una o dos pintas; poned la adición pulverizada en una gran retorta proporcionada, verted encima el vinagre, y destilad a la arena o las cenizas, por grados, todo lo que quiera pasar, y al final forzad el fuego para hacer subir los espíritus agrios que fortifican mucho el vinagre: de esta manera tendréis de una sola vez vinagre claro, que a continuación hay que aguzar por diferentes sales. No obstante si hubiera pasado algún poco de aceite, haría falta volver a cohobar y destilar una vez más, entonces quedaría en estado de poder ser aguzado. Se lo puede hacer de varias maneras, como con la sal común, con el orujo de vino, con la sal amoníaco, con la sal de tártaro y la potasa, con el espíritu de nitro, de sal, de vitriolo o de azufre. No todos son igualmente buenos, no obstante podéis elegir aquel que queráis para aguzar el vinagre, y hará un efecto excelente que no está permitido poner a la luz.

Si queréis aguzarlo con orujo de vino que está repleto de aceite, es preciso agregarle, como hemos dicho antes, un sujeto que retenga el aceite, entonces pasará solamente la sal volátil con el vinagre, en lo que consiste todo el secreto de la aguzación del vinagre.

Si queréis tomar la sal de tártaro, la potasa o la sal amoníaco, es preciso igualmente unirle un sujeto, por medio del cual el vinagre pueda ser impregnado de su espíritu: este sujeto será la arcilla, o el bolo, o el hematites, o el crayón rojo, el minio, el trípoli, etc. Podéis también hacer de dichas sales una composición, y mezclar juntas esa sal con la sal de tártaro o la sal amoníaco, o las tres juntas, y destilar encima el vinagre hasta la sequedad.

Yo daré aquí la receta de otro vinagre aguzado, que debe ser mejor que el vinagre radical del cual se hace uso comúnmente después de tantos años. Tomad tres partes de sal de tártaro, dos partes de espíritu de sal, y ocho o diez partes de vinagre destilado: mezclad el vinagre y el espíritu de sal, poned la sal de tártaro en una retorta, verted arriba la mezcla de vinagre y de espíritu de sal, y destilad a la arena hasta la sequedad. Retirad la sal de tártaro de la retorta, agregadle dos partes de alumbre calcinado, volvedlos a poner en la retorta, verted de nuevo lo que habéis destilado, y hacedlo destilar otra vez por el cuarto grado; tendréis un vinagre radical que en una sola vez tendrá tanto efecto como tendría en cien el que se usa comúnmente; retirad el caput mortuum de la retorta, y si allí se encuentra todavía sal de tártaro, cohobad y destilad todavía una o dos veces, o hasta que toda la sal de tártaro haya pasado; entonces es perfecto.

Yo hago unir juntos y con razón los ácidos y los álcalis. Si sabéis en qué consiste su diferencia, no tenéis necesidad de que os diga más. Los ácidos son sujetos que tienen más sutileza que los álcalis, pues los ácidos no tienen tanta tierra disuelta en ellos como los álcalis; esto es lo que hace toda su diferencia, pues por lo demás son iguales, y vienen de una misma madre y de un mismo origen; la mayor o menor volatilidad o fijeza hacen su diferencia.

De aquí quiero mostrar que para disolver las cosas fijas hace falta un espíritu terrestre, fijo y alcalizado; mientras que para disolver las cosas volátiles, que no están tan fuertemente ligadas, hace falta un espíritu volátil, como el espíritu de vino. Poned mucha atención a la homogeneidad, pues lo semejante se regocija en su semejante. Los animales y los metales demandan un espíritu homogéneo, como lo demostraremos más adelante.

El vinagre es un sujeto vegetal y débil, por eso es preciso fortificarlo, a fin de que pueda atacar con una fuerza doble lo que le viene de lo que se le agrega, lo que es demasiado fuerte para él en su naturaleza.

El punto esencial que justifica el empleo del vinagre, es porque ablanda y suaviza todos los corrosivos que son peligrosos para la salud de los hombres, si no fuera por eso podríamos muy bien pasar sin él, pues el agua fuerte, el espíritu de nitro, de sal, de vitriolo y de azufre, disuelven todos los sujetos cualquiera sean sin el vinagre; pero el vinagre atempera sus corrosivos, y los vuelve agradables a toda la Naturaleza.

Se ve también que los minerales tienen en verdad su volátil, pero que él es contrario al de los otros reinos; por eso se les presta un volátil del reino vegetal, como siendo aquel que tiene más afinidad con el suyo, o bien el volátil de un sujeto universal, pues un químico no está obligado a servirse absolutamente de un volátil vegetal; lo puede sacar también de la nieve o de la lluvia, y hará el mismo efecto, pero como del espíritu de vino se hace en gran cantidad, uno se sirve de él a fin de evitar mucha molestia.

Decimos aún que cada reino lleva en sí su propio disolvente, y que tiene igualmente sus principios, y en caso de que le faltara alguno, se lo puede sacar de los universales, que concuerdan y se asocian con todas las naturalezas, como por ejemplo, del agua caótica regenerada, o de la lluvia, del rocío, de la nieve, etc., de los cuales, en caso de necesidad, se puede sacar un volátil en cantidad. Si se careciera de ácido o de álcali, el nitro es el ácido

universal, y la sal el álcali universal; cuando se les sacan los espíritus por la destilación, ellos proveen un espíritu ácido y un álcali, que según la aplicación que se hace de ellos, se vuelven homogéneos a toda la Naturaleza.

Aquellos que conciben, como lo hemos explicado bastante más arriba, que los animales, los vegetales y los minerales no tienen en su centro ninguna diferencia, que ellos son esencialmente una misma cosa, y que solamente son distintos en razón de su fermentación, de lo cual resulta la mayor o menor volatilidad o fijeza, no están obstaculizados de ningún modo: si uno no les acomoda, toman aquel que le es más próximo, que le es semejante y homogéneo.

Así está probado que el volátil deviene ácido, el ácido álcali, que el álcali deviene ácido por el ácido, y el ácido volátil por el volátil; uno es el imán del otro; uno debe ser transmutado por el otro, puesto que, si yo tomo mucho volátil y poco ácido, el volátil sobrepasa al ácido, y el ácido deviene volátil; si yo tomo mucho ácido y poco álcali, el ácido domina al álcali, y el álcali se vuelve ácido; y por el contrario si yo tomo mucho álcali y poco ácido, el álcali es superior al ácido, y el ácido deviene un álcali. Igualmente si yo tomo mucho ácido y poco volátil, el ácido supera al volátil, y el volátil deviene ácido; el más fuerte sujeta en primer lugar al más débil, como lo hemos mostrado en general al hablar de la putrefacción y de lo que ella hace, pues es ella quien vuelve al fijo volátil, y al volátil fijo; y quien hace de un volátil un ácido, y de éste un álcali, y por el contrario, de un álcali un ácido, y de éste de nuevo un volátil; es decir, que ella lo reduce a su primera materia, y lo conduce a su origen. Como la putrefacción nos ha mostrado hasta aquí el volátil y el fijo, el ácido y el álcali; examinaremos al presente lo que es el volátil, el ácido, y el álcali, tanto en general como en particular.

Cap. XVIII - Lo que es el volátil, el ácido y el álcali, tanto en general como en particular

En el capítulo precedente hemos dicho cómo un volátil deviene un ácido, y éste un álcali, principalmente y generalmente del caos regenerado, o del agua de lluvia, etc. Explicaremos ahora lo que son estas materias. Todo el mundo sabe lo que significa el término volátil, es decir una sustancia fugitiva. Nosotros la llamamos así porque es la sustancia o el agua más sutil, y la más volátil en todas las cosas, tanto en los universales como en los particulares; pues, en el análisis por el fuego, es la que se obtiene primero y antes que los otros principios, sea que ella venga en forma líquida o coagulada.

El ácido es llamado así, porque él sube después del volátil, y porque lleva ordinariamente, a la nariz o a la lengua, un olor y un gusto agrio. Hemos probado que en los universales, es el nitro, sea que esté coagulado o en forma de espíritu; este ácido se llama también una cosa mediana, un hermafrodita, una naturaleza mediana entre el volátil y el álcali, entre el volátil y el fijo, y eso porque esta parte o este principio se muestra siempre en los sujetos universales después del volátil y antes del álcali, y se encuentra así en el medio de ellos. Tiene también la propiedad de la Naturaleza mediana, pues él se asocia muy fácilmente al volátil, y se adhiere igualmente al álcali al cual se lo une. Sin esta naturaleza mediana, ningún volátil se vuelve fijo, y por ella el volátil y el fijo son obligados a ajustarse, a arreglarse y acomodarse juntos, como por un tercero, árbitro y mediador. Quien descuide estas observaciones, se volverá sabio a su costa.

Damos al álcali y al fijo ese nombre, porque es más constante en el fuego que los precedentes, y es el tercer y último principio en todas las cosas. Que aparezca a nuestros ojos con una forma coagulada o espirituosa, líquida o seca, si él hace conocer un efecto alcalino, se llama siempre álcali o sal alcalina. Aunque por la destilación se lo haga subir en forma de espíritu, se puede siempre, con un fijo semejante a él, volverlo a fijar al momento. Hemos mostrado al presente lo que son el volátil, el ácido y el álcali, porque ellos son las partes principales que ejecutan y hacen todas las operaciones en los universales y en los individuos.

En los universales, que son el rocío, la lluvia, la nieve, el granizo, la escarcha, etc., el volátil es, en su análisis y destilación, después de haber precedido la putrefacción, un agua muy sutil, clara y transparente, sin gusto y volátil, la cual, al continuar la destilación, es seguida cada vez más e inmediatamente por un agua más grosera y pesada; después de esta agua, sigue el ácido con su gusto agrio, después viene un aceite espeso y fétido que corresponde también al ácido, pues el ácido es un aceite extendido, y el aceite es un ácido condensado: el aceite puede también, cuando se lo mezcla con la creta y el colcotar, resolverse en ácido. Después de esto no viene más nada, pero queda en el fondo una sustancia negra y quemada en carbón, que los químicos llaman vulgarmente *caput mortum*; cuando se la reduce a cenizas por la calcinación, se separa en dos, es decir en ceniza y en sal que se llama sal álcali; pero las cenizas pertenecen también al álcali, pues de las cenizas y del álcali se hace un sujeto que resiste al fuego, es decir un vidrio; las cenizas son la parte más fija de cada sujeto, y después la sal.

Al destilar los animales después de su putrefacción, la primera cosa que sube ordinariamente es un espíritu y una sal volátil muy fuerte, muy volátil, fétida y muy penetrante, acompañada de flema, y con frecuencia, cuando se impulsa fuertemente el fuego, el espíritu arrastra consigo un aceite volátil: son esas cosas las que ordinariamente llamamos volátil en los animales. Al continuar la destilación, sigue una flema más grosera, y a continuación un espíritu o ácido animal muy agrio y muy hediondo; después de esto viene su aceite fétido que llamamos ácido. Después de todo esto, queda en el fondo el carbón o las partes alcalinas, de las cuales se saca y reverbera la sal álcali y las cenizas.

Los vegetales dan en la destilación, después de su fermentación, un espíritu volátil ardiente, con su flema, y con frecuencia un aceite sutil, que es el volátil de los vegetales; a continuación viene una flema más grosera, después de esto un verdadero vinagre y un aceite espeso, fétido, que es el ácido. En el fondo queda una materia quemada o carbón, que por el reverbero, se separa en ceniza y en sal: es el álcali vegetal.

Los minerales, cuando se los destila al ser sacados de las mineras, dan un poco de agua dulce y flemática, y un espíritu agrio: es el volátil mineral. A continuación viene un vapor agrio que los químicos llaman comúnmente aceite, como llaman a la primera agua espíritu. Este vapor es el ácido, que es el segundo principio; aunque este aceite, así como el espíritu, sean los dos ácidos, los químicos no obstante no dejan de distinguirlos por términos diferentes, según la diversidad de sus cualidades. Finalmente, los residuos que permanecen en el fondo, son una tierra de color diferente según la naturaleza del mineral. Esta tierra se separa por el reverbero en dos partes, en tierra y en sal, lo que hace la parte alcalina de los minerales.

Hasta aquí hemos examinado en general de qué y cómo el vasto universo se originó, cuáles han sido sus principios al comienzo, y en cuáles partes se separaron a continuación, cuántas de ellas hay, y cómo se diversificaron en los diferentes reinos, lo que ellas operan, cuál es su meta y su fin. Descenderemos ahora a las especies y a los individuos, como de lo más grande a lo más pequeño, y examinaremos igualmente su nacimiento y su origen, sus medios y sus fines, es decir que consideraremos en detalle los principios de los animales, los vegetales y los minerales, y destinaremos a cada uno un capítulo aparte para hacerlos examinarlos.

Cap. XIX - *Cómo nacen los animales, de qué principios se componen, y en qué se disuelven**Árbol de generación de los animales*

1. Esperma mucigalinoso masculino y femenino, o guhr animal
2. Formación líquida y cristalina del niño
3. Formación membranosa del niño
4. Formación muscular y tendinosa del niño
5. Formación cartilaginosa del niño
6. Formación ósea del niño
7. Endurecimiento de un niño joven, de un adolescente, de un hombre, de un viejo

En este capítulo sólo mencionaremos los animales perfectos.

Todos los animales perfectos son procreados por un movimiento, por medio de la cual la simiente es irritada o provocada e impulsada afuera en forma de una materia viscosa, como la clara, que se derrama en su matriz conveniente, donde la simiente femenina se presenta también para producir su semejante. Esta simiente no es sino un agua espesa, y puede ser llamada a justo título el guhr animal. Es fácil comprender de esto que el reino animal nace de un agua o de una sustancia viscosa y acuosa. Se alimenta en la matriz de una sustancia acuosa y succulenta, proveniente de la sangre; y tan pronto nace, se nutre de alimentos húmedos, animales y vegetales, a los cuales él transforma, por su propio arqueo, en carne, sangre, piel y huesos; él toma de esos alimentos su crecimiento y el mantenimiento de su vida, hasta el término fijado por la Naturaleza. Entonces muere, se pudre en la tierra, se transforma en jugo, en flema y en espuma, y deviene una sustancia pegajosa y acuosa; esta humedad se desliza en la tierra hacia los vegetales, y se vuelve su alimento asimilándose a ellos, así como antes los vegetales servían de alimento a los animales. Pues como el animal, por su disolución y putrefacción, ha sido enteramente transformado en un vegetal, igualmente lo que de él se ha nutrido, se transforma de nuevo en animal, como ya lo hemos demostrado bastante.

Tan pronto como las simientes masculina y femenina son vertidas juntas en la matriz, ellas forman sobre su superficie exterior una piel delicada que encierra dentro una humedad cristalina y muy clara, tanto e incluso más clara que el cristal. En esta humedad se coagula una pequeña bolita, una perla como un pequeño ojito de pez; ésta se alimenta cada vez más de la humedad cristalina, y se vuelve al fin un tronco o cuerpo formado y membranoso; a continuación adquiere carne, venas y nervios, después de esto comienza a endurecerse en cartílagos y en huesos blandos; finalmente después que nace, esos cartílagos se vuelven huesos duros; de niño, deviene adolescente, de adolescente un hombre joven, de hombre joven un hombre hecho y derecho, y de hombre un anciano que al final muere. Esto es en pocas palabras lo que es el nacimiento, destrucción, transmutación y regeneración de los animales en otra cosa; es decir, el animal podrido renace en un vegetal, y éste se transforma en animal, como hemos dicho antes. El análisis por el fuego nos muestra que su ser sustancial consiste en muchas partes volátiles, en menos partes ácidas, y muy poco de álcali o de partes fijas.

Que la cosa es así, no lo vemos solamente por el análisis, sino que vemos también que todos los animales son volátiles, alertas, rápidos, ágiles, y más móviles que los vegetales y los minerales. Es preciso necesariamente que un animal tenga en sí un espíritu más rápido, más volátil y más móvil que ellos, sin eso no podría moverse en todos sus miembros; ahora bien, este espíritu es el volátil del cual los animales están provistos abundantemente en

comparación con los vegetales y los minerales, como lo prueba su agilidad y su movimiento propio. Si los animales tuvieran una tan grande cantidad de ácido como los vegetales y los minerales, permanecerían inmóviles como ellos, pues el ácido es estíptico, compresor, astringente, coagulante, como se ve en las personas paralizadas y en los animales encerrados en las conchas, tales como los caracoles, las tortugas y todas las especies de moluscos que no se pueden mover ni caminar a todos lados tan rápido como los otros animales. Es así que todos los animales tienen, unos más y otros menos, espíritu volátil; que uno es más ágil que otro, como se observa también en los pájaros y en los cuadrúpedos. La misma diferencia se ve en los animales testáceos y no testáceos, etc.

Cuanto más volátil es el espíritu que un animal tiene en sí, más débil y corta es su vida, como se ve en los pajarillos a los que el soplo de un pequeño viento es capaz de hacer morir. Cuanto más constante es el espíritu, más durable es la vida, como se ve en los cuervos, los ciervos, los hombres y los elefantes. Hay aún otra causa de la brevedad de la vida, que es una demasiado grande acuosidad y humedad. Allí donde hay poca humedad, y por el contrario mucho espíritu y sustancia, allí hay una vida durable; porque el espíritu es la vida y el bálsamo, lo que no se puede atribuir al agua; por eso el ejercicio es muy saludable, hace falta mover, calentar todos los miembros, que transpiren continuamente y expulsen afuera toda la acuosidad superflua, de manera visible e invisible, sensible o insensible.

Todos los vegetales que son de una naturaleza seca y no húmeda, son un alimento sano, y propio para conservar una larga vida, así como los animales que están en continuo movimiento, como los de caza, sobre todo aquel que tiene plumas y una carne seca.

Tan pronto como la vida, que no es otra cosa que una luz celeste y astral que inflama el espíritu de vida y que lo impulsa a obrar, se apaga, el animal cae, muere, y comienza inmediatamente a pudrirse; sin embargo con esta diferencia: si el animal es graso, blando y acuoso, se pudre más pronto que aquel que es seco y duro; es lo que se ve en los peces y en todo lo que es de su género, debido a que tienen poco de espíritus vitales y mucha humedad, se pudren muy rápidamente y retornan a su primera materia.

Que el lector ponga en esto mucha atención: es el espíritu quien opera y quien obra, y no el agua. Cuanto más fuerte y en cantidad es el espíritu en un animal, y menos tiene de agua, más alerta y vivaz es; si el animal tiene mucha agua, el espíritu animal se vuelve menos activo, perezoso y adormecido. Es preciso sin embargo que el espíritu tenga agua, por medio de la cual debe operar todo; pues sin agua, nada puede hacer. Pero es preciso que esté en una cantidad proporcionada, que no haya ni demasiada, ni demasiado poca. Esto es preciso observarlo no solamente en el reino animal, sino también en el reino vegetal y el mineral, porque el comienzo y el origen de todas las cosas no era sino espíritu y agua, y el espíritu ha comenzado a obrar en el agua y a llevar a cabo, por el mandato de su Creador, todo lo que es visible e invisible en el cielo y sobre la tierra.

De esta forma, un espíritu individualizado forma en el animal, por medio del agua, la sangre, la carne, la piel, los huesos y todos los miembros del cuerpo, los hace duros y blandos, según la propiedad que el Creador le ha dado. Se ve también en la destrucción de los cuerpos que ese mismo espíritu que los hizo por el agua, los reduce por ese mismo medio a estiércol, a una materia acuosa, y por último a un agua y un espíritu como eran al comienzo.

Por lo que acabo de decir el lector ve cuál es el principio que engendra y destruye el reino animal, en lo que éste deviene finalmente, de qué está formado y lo que es.

El punto esencial de este capítulo, que el lector debe considerar con la mayor atención y tener continuamente bajo sus ojos, es la volatilidad y la prontitud de la putrefacción en el reino animal; puesto que se ve que cuando un animal muere, comienza, sobre todo en los grandes calores, a pudrirse en pocas horas, y que exhala un olor tan malo que no se podría

permanecer cerca sin perjudicar la salud: la causa de esta putrefacción es el espíritu y la sal volátil que allí se encuentran en cantidad.

Un químico que reflexionase seriamente lo que acabamos de decir, encontraría una ventaja considerable para acelerar sus operaciones. No hay químico que no pretenda saber analizar todas las cosas; sin embargo ¿cuántos hay que se extravían y se rompen la cabeza para empujar sus sujetos a la putrefacción y a la solución? ¡Qué millares de menstruos y disolventes no inventan sin sacar de ellos ningún éxito! Librados a sus errores, dispendian su plata sin fruto, pierden su tiempo y la materia que emplean, comienzan a maldecir el Arte y sus procedimientos, como si no fueran propios sino a las fantasías.

Hemos dicho que no era posible hacer ningún análisis natural de otro modo que por la putrefacción. Buscad entonces, y profundizad el fundamento y la causa de toda putrefacción: este reino os ofrece un vasto campo para trabajar. Si los animales cuadrúpedos y los que viven sobre la tierra se pudren rápidamente, los peces que viven en el agua se pudren aún más velozmente; si los que viven sobre la tierra hieden mucho, aquellos que viven en el agua dan, cuando se pudren, un hedor tan insoportable que no se puede estar allí, como se ve en los peces y los cangrejos podridos. Muchos artistas trabajan en sus putrefacciones y soluciones varios meses, a veces años enteros, y cuando ese tiempo ha pasado, no aparece el menor vestigio de ésta, sobre todo cuando se trata de minerales; por eso, si vuestra obra no se quiere pudrir, recurrid al reino animal; veréis que los animales se pudren en poco tiempo, y como se pudren prontamente, comunican también la podredumbre a las cosas a las que se los aplica.

Considerad bien este punto, es en esto en lo que consiste la piedra angular y fundamental de todo el Arte químico, la llave que tiene el poder de abrir las cerraduras más fuertes de la Naturaleza, y que hace volar todos los metales y las piedras por arriba de las más altas montañas de los sabios.

Que se reflexione bien sobre este fundamento, y se verá que se puede abreviar el tiempo; que lo que se ha hecho en un año, se lo puede hacer en un mes; que la obra de un mes puede ser completada en una semana, y la de una semana en pocos días y en pocas horas. Poned todavía mucha atención a que este reino, sin el vegetal, hace muy poco o ningún efecto en el reino mineral, que incluso opera de una manera contraria; y que el reino animal, sin el vegetal, vuelve al reino mineral tan insípido que no se saca de él ninguna satisfacción ni dulzor químico; mientras que al unirle el vegetal, opera muy agradablemente en el mineral.

Que esto baste al presente: volvámonos ahora hacia el reino vegetal.

Cap. XX - *Cómo nacen los vegetales, de qué principio se componen y en qué se resuelven*

Árbol de generación de los vegetales

- 1- La semilla seca que se resuelve después en la tierra en un mucílago acuoso, o el guhr vegetal.
- 2- Formación de la raíz.
- 3- Formación del tallo y las hojas ramosas.
- 4- Formación de las flores.
- 5- Formación de la semilla blanda en los nudos, cuando las flores cuajan para formar la semilla.
- 6- Formación y endurecimiento de la semilla, y su perfecta coagulación.

Este reino no está menos lleno de maravillas que el primero; a justo título puede ser llamado el reino azucarado y dulce, aunque tenga individuos tan amargos como los del reino animal, pues tiene la propiedad de endulzar, en pocas horas, las cosas más amargas, y de volver los venenos más perniciosos y más corrosivos tan inocentes y dulces como el azúcar y la miel. Sin embargo, no podría hacerlo sin el reino animal, porque uno ata y obliga al otro.

El reino animal debe tomar su alimento y el sostén de su vida del reino vegetal, y por el contrario el vegetal es abonado y nutrido por los excrementos del otro y por sus cuerpos muertos: así uno sostiene al otro. Que un Artista ponga aquí la misma atención que a lo que ha precedido.

Por otra parte, este reino es un verdadero hermafrodita, y un verdadero Janus, que no es ni animal ni mineral, pero participa de ambos. Con un ojo mira al mineral, y con el otro al animal, y puede volverse tan fácilmente animal como mineral, según la Naturaleza o el Arte emprendan el procedimiento de su transmutación. Él se asocia íntimamente con el primero y con el último, es decir con el reino animal y el mineral; hay incluso una tendencia natural, pues ¿no se ve que las plantas y los árboles se transforman en gusanos, y que así adquieren la vida? ¿No se ve también que varios árboles se petrifican, principalmente los que crecen y están plantados en el agua, sobre todo en el mar, que es muy salado?

Todos los vegetales nacen de su propia semilla o de la que reciben de la influencia de los árboles, e impropriamente por la conjunción de los injertos, que son ya una simiente salida del árbol.

Hablaremos aquí de la primera materia de los vegetales, es decir, de su simiente propia, para hacernos entender mejor por aquellos que no están todavía muy adelantados en el estudio de la Naturaleza.

Tan pronto como la semilla es puesta en la tierra, que es húmeda, nitrosa y salada, como lo hemos probado antes, ella se humecta por el agua, o por la tierra, o por la lluvia, etc. Siendo así humectada y disuelta por las sales, se infla, se abre, y se funde en una sustancia lechosa y viscosa, como se ve por las semillas que se hacen remojar en un agua parecida de salitre y sal, donde se hinchan, se abren, y se vuelven como flema. Esta flema es entonces la primera materia inmediata de cada vegetal, y se la puede llamar guhr vegetal. Este jugo vegetal o este guhr se calienta por el calor central, y por el del sol, y comienza a exhalar hasta arriba de la tierra. Lo más sutil se evapora en el aire y en el caos; el resto, que no es tan volátil, y cuyas partes son naturalmente más tenaces y están más ligadas, se coagula por el frío del aire en una raíz y un tallo, con hojas sutiles, tiernas y blandas. La parte más fija se vuelve raíz, la que no

es tan fija se vuelve tallo, y la que es aún más volátil deviene hojas, pero en su comienzo todo es blando, tierno, pleno de humedad, y en consecuencia, débil. La raíz es el estómago del vegetal, que atrae su alimento de la tierra y de la lluvia, por medio del aire que también suministra alimento a la planta, hasta que se vuelve fuerte, o un árbol. Según todos los exámenes analíticos, este alimento no es otra cosa que la tierra y el agua que está oculta en ella. La tierra recibe en sí los vapores subterráneos que, de su centro, como del reino universal, se elevan hacia la circunferencia, y de allí a la superficie de la tierra; y el agua contiene en sí los dos espermas universales, es decir, la sal y el nitro. Sin embargo hay más sal que salitre, porque es el imán que debe atraer la humedad nutritiva de lo bajo y de lo alto. Estas sales son sin cesar engendradas de la lluvia, del rocío, de la nieve, etc., como antes dijimos, así como de los vapores subterráneos que salen del centro, y parecidamente del aire que nos rodea, y que está repleto de átomos. Ellos provienen también del estiércol con el cual los hombres ayudan a la Naturaleza, llevándolo a los campos, a las viñas, a las praderas, a los jardines, etc., o aún en parte de los excrementos de toda clase de bestias que se hace pacer allí. Según la tierra los reciba más o menos, ella devuelve en proporción, y sus frutos son más o menos opulentos. Dejamos todos los demás alimentos, y hablamos únicamente del alimento universal, es decir del rocío, de la lluvia, etc., y del nitro y la sal que provienen de ellos, porque todos los demás alimentos y excrementos sacan primordialmente su origen de ellos, y en su última resolución se reducen a salitre y a sal., como suficientemente lo hemos probado. La sal o la parte fija es la madre o el imán que saca igualmente su origen del salitre, el cual, como dijimos antes, se vuelve fijo por la reverberación causada por el calor central y por el del sol. Esta sal atrae el alimento y lo aumenta por el rocío y por la lluvia, procrea un salitre que atrae del agua de lluvia podrida, y lo retiene consigo, y a fin de que el calor del sol y de la tierra no puedan más separarlo de ella, fija el salitre sutil. Estas dos sales, disueltas en el agua, son atraídas por la raíz de los vegetales, que las reducen por la digestión a vapor puro y a espíritu, y este vapor sube por los poros estrechos de la raíz al tallo y a las hojas, donde se extiende más o menos, según la cualidad del vegetal. No obstante estas sales no se insinúan tales como son por propia naturaleza en los vegetales para servirles de alimento, sino que disuelven la tierra, la vuelven parecidamente sutil, y la reducen toda a un agua salada, y en ese estado puede ser todavía más sutilizada por la raíz, y volverse un alimento. La Naturaleza opera igual en los animales. Ella les dio la facultad de romper los alimentos con sus dientes, y de prepararlos con la lengua para hacerlos caer en el estómago, donde se encuentra un licor amargo y salado, que continua sutilizando este alimento preparado, y reduciéndolo a una masa licorosa dispuesta a pasar después al canal torácico, donde el mejor jugo es extraído y sublimado en vapores por el calor natural, e impulsado por los poros al hígado y las otras vísceras. Estos vapores se adhieren a los vasos del hígado, allí se destilan y se resuelven otra vez en agua que, por el calor, se resuelven vapor, se sublima y circula en las demás vísceras más altas y más elevadas, sin cesar, hasta que haya llegado a su perfección. En efecto ¿quién podría imaginarse y comprender que la Naturaleza puede elevar en los animales, y llevar a su hígado, la nutrición acuosa, succulenta y pesada? Ella se transportaría más bien abajo, y se evacuaría por vía de los excrementos. Pero si la nutrición se transforma en vapor que atraviesa todos los poros del cuerpo, como el sudor a través de la piel, este vapor bien puede en ciertos sitios húmedos y convenientes, condensarse en agua por espesamiento, hasta que por la circulación se vuelve carne, sangre, cartílago y huesos.

Una prueba de que es verdad que la Naturaleza alimenta todas las criaturas solamente por los vapores, es que vemos, en el macrocosmo, cómo transforma con fuerza el agua en vapores, en el centro de la tierra por el calor central, y los impulsa hasta lo más alto del cielo donde los espesa, para transformarlos de nuevo en agua, que después, por su propia pesadez, vuelve a caer sobre la tierra.

Eso se ve también en los animales, que son hijos del macrocosmo, pues el niño está formado sobre el modelo del padre y de la madre. La Naturaleza en ellos impulsa desde lo más profundo del estómago las humedades, en forma de vapores, hasta las últimas extremidades de la piel entre los dedos de los pies y de las manos; y por su espesamiento se resuelven y se condensan en agua, lo que llamamos sudor.

Vemos que igualmente, en las minas y en las montañas hay una cantidad de vapores que se fijan en las vísceras de la tierra, y que se elevan de las tierras minerales. Si esto ocurre así en esos dos reinos ¿obrará la Naturaleza en forma distinta en el vegetal? Esta manera con que la Naturaleza mantiene todos los seres y los hace crecer, enviando el alimento a todos sus miembros en forma de vapores, es conforme a su origen, pues todos ellos han tomado su existencia del vapor universal o del caos que, por su espesamiento, se volvió agua. En consecuencia los vegetales deben también regularse según la misma ley general: como han sacado su origen de los vapores, y por ellos son nutridos y mantenidos, es preciso también que en su resolución vuelvan a ser agua, y que ésta sea transformada por el calor en vapor, el cual se insinúa después en algún otro sujeto, y devenga corporal de nuevo, según el género del sujeto.

No hay que imaginarse que los vegetales atraigan su alimento acuoso todo crudo, aunque en forma de vapor, y que sean nutridos de ellos: si así fuese, y debieran tomar en ellos esta agua reducida a vapor en toda su sustancia, la mayoría de los vegetales se volvería totalmente acuoso, blandos y de poca duración, porque el agua superabundante despierta el espíritu y lo excita a obrar. Una planta estaría cruda, y al momento se pudriría. Además, si los vegetales atrajesen el agua con todas sus partes, retirarían de la tierra todo el alimento al mismo tiempo, de modo que la Naturaleza no tendría bastante tiempo para fabricar suficiente nuevo alimento. He aquí entonces cómo la Naturaleza opera. Las raíces vegetales solamente atraen hacia ellas las partes más sutiles y más volátiles: el agua más clara y pura que pasa veloz por los poros, en el tallo y las hojas, allí se espesa y coagula por la acción del aire. Por ese medio las partes del vegetal son detalladas, engrosadas y aumentadas; pero como en todas las cosas hay una diferencia y no todas operan igualmente, aquí es lo mismo; pues un vegetal tiene los poros más largos o más estrechos que el otro. Los sauces y los olmos atraen humedades más fuertes y en mayor cantidad que los demás árboles, por eso no tienen una duración tan larga. Están sujetos a toda clase de defectos y la podredumbre ocasionada por la demasiada humedad que han atraído, sobre todo cuando están plantados a lo largo de las aguas, de los ríos y de las zanjas, o en otros lugares húmedos y pantanosos. Por el contrario, la viña, el enebro, el abeto, la encina, tienen los poros tan estrechos que succionan muy poco de agua grosera y de flema, sino solamente la más sutil, y una cantidad de espíritus muy sutiles. Es por esta razón que son durables, sanos y poco sujetos a defectos, como se ve en los abetos, los enebros y los demás, que son verdes y llevan su fruto tanto en invierno como en verano. Los vegetales que abundan en jugo, pierden primero esta virtud y caen en podredumbre. Cuanto más seca y espirituosa es una cosa, tanto más vivaz y durable es.

No obstante, se me podría objetar que si el abeto, etc., no atrajera la humedad en cantidad, no sería posible que se volviera tan grande, visto que en el rocío, la lluvia y la tierra, no hay bastante espíritu para que pueda volverse tan fuerte.

Pero se debe observar que esas plantas crecen ordinariamente sobre las montañas altas y pedregosas, o en otros lugares secos; que cuando cae la lluvia, se precipita en cantidad de las montañas a los valles y a los fosos; que al mismo tiempo arrastra con ella tanta sal y nitrógeno como puede encontrar, los lleva como un torrente a los grandes ríos que van al mar, que el mar bien salado penetra de nuevo hasta el centro de la tierra, donde el agua se transforma en vapores, que suben por las entrañas de la tierra. Lo que es pesado se adhiere a ellas, y allí crecen los minerales. Cuanto más ligero es este vapor, más sube y allí alcanza las raíces de los

vegetales, es interceptado por ellas y se vuelve su alimento. En cuanto a los vapores todavía más sutiles y volátiles, hacen una erupción fuera de la tierra. Los animales sacan una parte de ellos para su respiración y se alimentan de ellos también; la otra parte sube en el aire para regenerar el caos o el agua caótica.

Observad así de qué manera maravillosa el abeto y las otras especies parecidas deben alimentarse.

He dicho que el alimento general de los vegetales era el agua de lluvia, el rocío, el nitro y la sal terrestre, con los vapores subterráneos y otros excrementos accidentales de los animales, como también las hojas caídas de todos los vegetales.

Cuando el abeto está plantado sobre las montañas pedregosas, el agua de lluvia le aporta muy poco alimento, porque se precipita de arriba de las montañas hacia abajo. El rocío solo le es tanto menos suficiente cuanto que la lluvia arrastra con ella la mayor parte del nitro y de la sal. Siendo así, hay que decir que el abeto y las demás plantas de montaña se alimentan en mayor parte de los vapores continuos, subterráneos o minerales, y del rocío, que sin embargo está en muy pequeña cantidad comparado con los vapores subterráneos. De allí concluimos que el abeto, con todo su tamaño, extrae su nacimiento, su alimento y su sustento, principalmente de los vapores subterráneos de los minerales. Por eso no es tan corruptible como otros vegetales suculentos que crecen en los llanos y en los lugares pantanosos, pues los minerales se pudren muy poco y lentamente.

Está claro que los vapores, al adherirse a las piedras, se vuelven agua. Para convencerse de ello, no hay más que cavar la tierra hasta un pie de profundidad, en un sitio donde haya piedras. Se verá que aunque no haya en la vecindad ni ríos ni fuentes, las piedras no dejan de estar siempre húmedas, lo que proviene de los vapores minerales. Que se tome una piedra o un mármol calentado, que se lo ponga en una cueva húmeda; si se lo deja más tiempo, se volverá cada vez más húmedo.

He dicho antes que la grava o las piedras eran una sal coagulada o petrificada. Muchos estarán muy sorprendidos y no me creerán. Es fácil convencerlos por la experiencia. Tomad alguna especie de sal que os plazca; hacedla fundir y disolver en agua, filtradla: encontraréis una tierra grosera y grisácea. Coagulad esta sal; hacedla fundir una segunda vez, y filtradla de nuevo; encontraréis todavía una tierra, pero blanca; cuanto más reiteréis la misma operación, más encontraréis de tierra; y finalmente será blanca como nieve. Tomad esta tierra y dádsela a un vidriero para hacerla fundir, y tendréis una piedra que está hecha de sal: por las disoluciones reiteradas, el espíritu de sal se evapora en parte, y el resto es transformado y fijado en dicha tierra.

Se replicará todavía que ésas son cosas bien extraordinarias, y que no se concibe dónde la Naturaleza podría encontrar en las montañas esas vidrierías y esos crisoles. Convengo en ello, pero la Naturaleza tiene con qué reemplazarlos con cosas semejantes. Como la sal antes era vapor, que por diferentes cambios se volvió fija y corporal, si la Naturaleza, con el tiempo, pudo hacer lo uno, podrá también hacer lo otro. Cuanta más tierra se une a la sal, y más ayudada es por los espíritus terrestres y minerales, tanto más terrestre deviene la sal. Fluye entonces con la tierra, por medio del agua, en forma de un jugo espeso, que se vuelve cada vez más fijo, hasta que se coagula en un cristal fijo, claro y transparente, o en un pedrusco, según ese jugo sea puro o impuro. Sería demasiado largo insertar aquí muchos ejemplos parecidos; con lo que hemos dicho basta. Volvamos a nuestro tema. Hemos probado de qué manera crecen los vegetales. Para no dejar nada que desear, diremos cómo puede ser que la Naturaleza pueda producir una cantidad tan grande de nitro y de sal, que sirven continuamente de alimento a los vegetales. Prestad entonces atención a lo que sigue.

Hemos demostrado antes que en todas las tierras hay nitro y sal, lo mismo que en todas las aguas, sobre todo en los lugares donde los vegetales deben crecer, pues el nitro y la sal mineral o el vitriolo tienen su lugar particular; el nitro y la sal son procreados sin cesar en lo alto y en lo bajo; en lo alto por el rocío, por la lluvia, por el agua, y por los despojos y los excrementos de los animales y los vegetales; y en lo bajo por los vapores minerales y subterráneos que exhalan sin cesar hasta la superficie.

La sal es el imán, y el nitro el acero, que es atraído por la sal, y que por la reverberación del sol y del calor central, es cambiado en su naturaleza o en sal. En efecto, al lixiviar tales tierras, se encontrará normalmente más sal que salitre, es también necesario naturalmente que haya más, pues el imán debe estar más fuerte y en mayor cantidad que el acero, sin lo cual no podría atraerlo.

Hemos mostrado antes de qué manera el nitro y la sal nacen de la lluvia, del rocío, de la nieve y de todas las aguas; la razón por la que hay menos nitro que sal en la Naturaleza, y porqué nace en menor cantidad, se puede demostrar por la experiencia: si hubiese más nitro que sal, el nitro cambiaría la sal a su naturaleza; el nitro no es atractivo, sino activo; él es el agente, y la sal el paciente; ahora bien, todas las producciones de la tierra son atractivas; ellas atraen ávidamente hacia sí el nitro o esperma universal, como se ve en los vegetales que, cuando viene la lluvia después de una larga sequía, atraen el nitro volátil con una avidez tan grande que con frecuencia en una noche crecen una pulgada y más; así, si hubiese más nitro que sal los vegetales crecerían sin medida y se llevarían de una sola vez, o en muy poco tiempo, todo el esperma de la tierra; a lo que sólo podría seguir una gran esterilidad.

El salitre es una sal extremadamente sutil, espirituosa y penetrante, que los vegetales pueden digerir muy prontamente; mientras que la sal es más fija y más grosera, y están obligados a digerirla más lenta y sutilmente; además de esto, la sal es un espíritu balsámico que debe conservar todo, por el contrario el salitre es un espíritu volátil, corrosivo, alterante y corruptor, lo que se ve por la experiencia.

Tomad un salitre puro, que no contenga nada de sal; hacedlo disolver en agua de lluvia; regad con ella un manzano o un peral, ese año dará frutos en cantidad tan grande que os sorprenderéis, pero el segundo año casi no encontraréis uno, e incluso, si el árbol no está plantado en una buena tierra, comenzará a secarse. Si por el contrario tomáis, como dijimos antes, una parte de salitre y dos partes de sal común, la disolvéis en agua de lluvia y con ella regáis el árbol, o humectáis alguna semilla, tendréis frutos excelentes y en cantidad, y esto todos los años, con tal de que reguéis el árbol solamente una o dos veces en primavera.

La razón de esta fertilidad es, como dijimos, que los vegetales atraen a sí el nitro copiosamente y con una gran avidez; pero no pueden atraer tan prontamente la sal que, conjuntamente con la tierra, tiene superioridad sobre el salitre, que en parte es fijado por los vegetales y en parte fijado en sal por medio del calor central subterráneo y el del sol: así multiplica de ese modo su cantidad y cualidad magnética, y lo que el vegetal consume es reemplazado continuamente por lo que llega de arriba hacia abajo.

A fin de que todo el salitre no se vuelva sal, la Naturaleza nos lo envía copiosamente por el rocío y la lluvia, y la lluvia viene en abundancia sobre todo después de un gran calor del sol, que ya ha reverberado mucho la sal o los espermás. La sal atrae a sí con una gran avidez el nitro volátil, y trata de fijarlo; pero como los vegetales han sido muy desecados por el sol no están menos ávidos de ese nitro, y así se lo quitan a la sal por la fuerza; de manera que la sal es en parte aumentada por él, y en parte privada de él. Esta circulación ocurre sin cesar, y continuará hasta que el Creador cambie el orden que ha establecido; pues tan pronto el álcali o la sal, que en razón de la fijeza es el verdadero y más próximo principio de los minerales, llegara a dominar y a adquirir superioridad, en lugar de producir los vegetales, produciría

únicamente minerales, piedras, arena, y no dejaría de volver estéril el lugar. Entonces, para impedir que esto ocurra, el volátil ha sido establecido como un contrario, para oponerse.

¿No se dirá que me contradigo al asegurar que la sal fija al nitro y lo reduce a sal; que después la lluvia que sobreviene reduce el álcali a nitro, mientras que antes dije que un extremo no obra sobre otro sin una cosa intermediaria? La contradicción no es más que aparente. La tierra no está nunca vacía de nitro, y aunque sea fijado por la sal, sin embargo no lo es enteramente en todas sus partes ni de una sola vez. Por eso le queda siempre su médium, por el cual el nitro volátil se adhiere al nitro corporal, y éste al álcali o a la sal; uno atrae al otro, y uno sirve de imán al otro, como dije antes.

Así, el lector ve el nacimiento y el crecimiento de los vegetales, tanto como este tratado lo puede permitir. Si alguien quiere tener una explicación más amplia, que la busque entre los sabios, en ellos encontrará satisfacción.

La semilla vegetal es entonces un agua coagulada, y en la solución, un agua viscosa, totalmente como los animales, y en consecuencia un guhr vegetal; se ve de ello que todas las cosas nacen del agua, que de ella crecen y toman su sustento, y que así son también destruidas y privadas de la vida, como lo mostraremos claramente en la segunda parte de esta obra, donde lo analizaremos.

Se conocerá, por el análisis de los vegetales, que su sustancia firme y durable consiste en mucho de volátil, poco de ácido y aún menos de álcali; sin embargo todos esos principios en ellos son más ácidos y más astringentes que en la sustancia animal, lo que se puede percibir y conocer por su sustancia volátil ardiente, que conserva siempre algo de astringente. Su ácido o vinagre no tiene necesidad de ser probado, es visiblemente astringente; en cuanto a su álcali, es casi en todo igual al del animal.

El lector debe poner atención a que él puede reducir totalmente los vegetales y los animales a volátil o a vapor ácido, o a puro álcali, según conduzca su operación: por ejemplo, si hace la destilación sin hacer preceder la fermentación, casi no sacará más que flema, que tendrá solamente, según el sujeto, un olor muy volátil, después un ácido copioso; el álcali queda en el *caput mortuum*; pero si antes los deja fermentar o pudrir, cuanto más tiempo los deje más volátil tendrá, de ello se ve que el volátil, el ácido y el fijo pueden ser transformados unos en otros; de lo que resulta que todos esos principios no son distintos esencialmente, sino sólo accidentalmente. Cuando un principio se evapora totalmente, se lo llama volátil; si es un poco más fijo, se lo llama ácido; y si es totalmente fijo se lo llama álcali; no obstante, todo viene de una misma raíz y un mismo origen, es decir de un agua volátil, caótica, y del espíritu que está oculto en ella, y que por la putrefacción o la fermentación se transforma, como otro Proteo, en muchos millares de figuras, según las cuales se le dan diferentes nombres.

Este capítulo se hace un poco largo por mis digresiones; pero estas no son del todo inútiles y presumo que muchos lectores me las sabrán agradecer. Ahora yo declararé muchas virtudes del reino vegetal. Muchos químicos buscaron el medio de volver mineral este reino, y después homogéneo al animal, de manera que pudiera servirle de alimento y se lo pudiera emplear para la cura y sanación de enfermedades; ya que el reino mineral se vuelve, en el análisis por el fuego, muy picante, mordiente, corrosivo, venenoso, y en consecuencia directamente contrario, muy heterogéneo y pernicioso para el reino animal. Para suavizarlo, han empleado los espíritus ardientes y alcalizados, y han tratado de todas las maneras, por la digestión, la circulación, la destilación, la adustión, etc., pero todos sus sudores y gastos no han logrado nada satisfactorio. Yo, entonces, a fin de manifestar los sentimientos de mi corazón y mi afecto por el prójimo, voy a hacer público lo que he descubierto por mis reflexiones y mis trabajos, y me atrevo a prometer a los Artistas, que siguiendo la teoría y la práctica que les enseñé, sacarán de sus operaciones cien veces más satisfacción que antes.

Comenzaré por exponer la práctica usada por los químicos para endulzar y suavizar los corrosivos, a fin de que se vea cómo difiere esta práctica de la mía.

El uso ordinario hasta hoy ha sido emplear, para todos los corrosivos, el espíritu de vino muy rectificado y alcalizado, o bien se hace quemar el espíritu de vino sobre el corrosivo seis, siete, hasta nueve veces; y a eso lo llaman edulcorar, corregir, etc. Pero la experiencia les muestra que no se podría dar a los hombres interiormente los corrosivos corregidos de esta manera sin temor y sin riesgo. Yo voy a indicar ahora mi modo de edulcorar, que apoyaré con buenas razones, demostrando que el espíritu de vino no podría nunca suavizar verdaderamente ningún corrosivo, sin un médium.

He probado en varios lugares de este tratado la verdad del axioma: no se podría pasar de un extremo al otro sin una cosa intermediaria. Un químico no podría poner atención excesiva a este punto, y no debe dejarlo escapar de su espíritu si quiere hacer algún progreso en la química.

Todos los discípulos del Arte tienen este axioma bien impreso en la memoria, pero en la práctica no conocen lo que es un extremo o un medio, y ésta es la fuente de todos sus errores. No obstante, es una cosa muy fácil de conocer y encontrar.

Un artista atento en observar la Naturaleza y el género de cada cosa, verá fácilmente lo que es fijo y lo que es volátil; pues lo que es muy volátil, como el espíritu de vino, se evapora por lo más alto del alambique al fuego más pequeño; y en ese mismo grado de fuego ningún corrosivo sube, aunque sea reducido a espíritu y se lo haya destilado volátil. Tales son el agua fuerte, el espíritu de nitro, de sal, de vitriolo, de azufre, o sus aceites; todas esas cosas suben muy difícilmente, y nunca por un alambique muy alto. Para eso hace falta un fuego muy fuerte y un alambique bajo, o una retorta. Así un Artista aprenderá que esos espíritus, comparados con la extrema volatilidad del espíritu de vino, son de un género más fijo, y en consecuencia son contrarios y con respecto a este, un extremo. Concluirá de ello que le falta un medio, y podrá encontrarlo fácilmente reflexionando sobre la homogeneidad de las naturalezas.

Tomad agua fuerte bien desflemada, espíritu de nitro, de vitriolo, o sus aceites, lo que queráis, y verted encima espíritu de vino rectificado o alcalizado, pero con precaución, por temor a exponeros a algún accidente, pues son dos fuegos que se enfrentan, sobre todo el espíritu de vino y el aceite de vitriolo o de nitro. Veréis que el espíritu de vino no querrá unirse absolutamente, sino que sobrenadará como el aceite sobre el agua, y oiréis un ruido y un silbido. Es cierto que finalmente podrían unirse, pero no sería sin mucha pena, y por una larguísima y muy fastidiosa digestión y circulación. Cada uno puede verificarlo.

Considerad ahora qué diferencia hay entre los espíritus sacados del vino y los sacados de su bagazo, estaréis entonces en camino de descubrir el medio que buscáis. En efecto, destilad del vino su espíritu ardiente con todas sus flemas groseras, hasta la consistencia melosa; impulsad ésta por la retorta, y tendréis un vinagre muy fuerte, o un ácido que es ya más fijo que esos espíritus que han precedido. Verted este ácido sobre un espíritu corrosivo, y considerad su pronta conjunción., verted después el espíritu de vino, y considerad todavía con qué facilidad y cómo se unen amigablemente; y así estaréis seguros de que el vinagre es de una naturaleza mediana entre el espíritu de vino y el corrosivo. A esto muy pocos le ponen atención; yo no lo he visto o leído en ningún libro, ni oído hablar de ello en ninguna parte. Tan pronto como se ha juntado el corrosivo, primero con su medio, y enseguida después con el espíritu de vino, se encuentra en él agrado y suavidad, de modo que ya es más agradable a la naturaleza humada de lo que era antes. Permanece en forma de un espíritu licoroso, volátil, muy fácil de destilar, y que por la destilación, se une y suaviza más y más, y deviene más noble.

Hay todavía otras maneras de mortificar los corrosivos, y de hacerles perder enteramente sus cualidades corrosivas, pero no son tan suaves, tan agradables ni, mucho menos, tan buenas como la precedente. Sin embargo, las pondré aquí para hacer conocer su diferencia.

Tomad el álcali del vino, es decir, la sal sacada por lixiviación del *caput mortuum* del vino, la sal de tártaro, u otra sal alcalina que sea pura, blanca y clara; ponedla en un alambique, verted arriba espíritu de vino muy rectificado, tanto como tres o cuatro veces de sal tengáis. Dejad caer después, gota a gota, el corrosivo que queráis; silbarán y harán ruido; continuad esta infusión hasta que el ruido cese. Después destiladles toda la humedad al baño maría, y tendréis una flema insípida, pues el espíritu de vino se ha fijado. En el fondo encontraréis una sal que ha fijado y sacado el corrosivo, y que así se vuelve tan buena que se la puede tomar interiormente sin riesgo.

He aquí entonces un medio de conjuntar los corrosivos con los ácidos, y de suavizarlos por los álcalis; pero esta vía es un poco forzada, como puede verse por el ruido que hace, y no es tan amigable como la precedente, en la que se mezclan juntos como el agua con el agua y muy apaciblemente; pues el vinagre tiene afinidad en su raíz con el espíritu de vino, y también con el corrosivo, puesto que su ponticidad y su acritud prueban que lleva en sí una homogeneidad y una acidez mineral. Es este ácido que sigue inmediatamente al espíritu de vino en el análisis, pues en cuanto a la flema, la consideramos una humedad superflua; puesto que el espíritu sólo se sirve de ella para su accionar, y no toma más de lo que necesita para su existencia, como se ve al rectificarlo.

Notad bien, pues, lo que sigue. Tomad tres partes de vinagre destilado fortísimo y muy ácido, y una parte del corrosivo; mezcladlos; verted suavemente cinco o seis partes de espíritu de vino rectificado; veréis una conjunción muy noble, y que se hará muy amigablemente. Se puede también suavizar de esta manera todos los corrosivos precipitados y calcinados. Comenzar primero vertiendo arriba dos tercios de vinagre, retiradlo dos o tres veces por la destilación, después de lo cual verted espíritu de vino; destiladlo también, y en caso de que el corrosivo no fuese mortificado suficientemente y el vinagre o el espíritu de vino no hubiesen sido lo bastante fuertes, verted otros, y repetid hasta la saciedad.

Observad que cuanto más fuertes son el vinagre y el espíritu de vino, mejor se hace la dulcificación, y más pronta es. Sin embargo, esta dulcificación no es tan perfecta, ni con mucho, como cuando se la alía y une con el reino animal, según la práctica que enseñaré en la segunda parte de este tratado, para el alivio de los pobres enfermos.

Yo no podría dispensarme de mencionar todavía otro punto aquí. Como veo que todos los médicos, sin excepción, acostumbran emplear el mercurio dulce como un grandísimo remedio en todas las enfermedades casi desesperadas, y sin embargo se lo aplica a veces con un grandísimo peligro, yo les mostraré aquí una corrección excelente, de la cual pueden fiarse con mucha seguridad. Hela aquí. Tomad vinagre preparado, como lo indicaré en la segunda parte de este tratado, en el capítulo de la suavización de los minerales; disolved en éste enteramente el mercurio dulce, filtrad y destiladlo muy suavemente al baño maría, tanto como sea posible; verted de nuevo tres partes de vinagre destilado, disolved, filtrad y coagulad siempre al baño maría hasta una consistencia oleosa. Después tomad del espíritu de vino mencionado en el mismo capítulo, verted cuatro partes, destiladlo muy suavemente al baño maría; vertedle una segunda vez cuatro partes de otro espíritu de vino, destiladlo igual, y repetid lo mismo tres veces. Si queréis, podéis dejar la destilación en consistencia de aceite, o reducirla por la coagulación en una sal o polvo muy dulce, del cual un grano o una gota operará mejor de lo que antes hubiesen podido hacerlo diez gotas, como se verá por la experiencia. Pero yo doy esta advertencia a todo artista verdadero, caritativo y aplicado que aprenda mis secretos, que en tanto su alma, su vida, su honor y su reputación le sean queridos, tiene que evitar a los poderosos y los ricos de este mundo que desprecian a las gentes simples,

y que, semejantes a los abejorros, comen la miel y llevan el veneno al corazón de los demás; que prometen montañas de oro hasta haberse aprovechado de los sudores de un ignorado hombre honesto, y que cuando lo consiguen, desprecian a aquel que obró con ellos cordialmente y de buena fe. Por eso no tienen más que lo que merecen cuando se ven burlados tantas veces; reconocen entonces cuántas penas y sudores ha experimentado un Artista apasionadamente apegado al Arte. Así, mi querido lector, si por medio de esta obra quedas en estado de hacer alguna manipulación, regocíjate en secreto, sírvete de ella, en el temor de Dios, sin ruido, y con una dulce tranquilidad para bien del prójimo.

Volvamos a nuestro tema. He prometido enseñar aún de qué manera un artista debe buscar una cosa mediana, cuando se encuentra detenido en sus operaciones. Se lo indicaré entonces, terminando este capítulo. Si yo quiero conjuntar dos cosas, y veo que ellas no quieren mezclarse y unirse, concluiré pronto que allí falta un medio que una; después de eso, consideraré qué sujetos tengo entre las manos. Si son del reino animal, busco en ese reino su homogéneo propio. Así, por ejemplo, si se trata de sujetos que no tienen nada volátil, como los huesos, los cuernos y las uñas, sino solamente el ácido y el álcali, y quiero darles un volátil homogéneo ¿dónde debo buscarlo? Preguntadle a esos mismos sujetos, y examinad de qué animal se han extraído; si lo conocéis y podéis tenerlo, no tenéis más que tomar su orina o sus excrementos, hacerlos pudrir, y destilar su volátil al baño maría: tendréis el medio, y con qué reemplazar las partes que os faltaban. Si no podéis encontrar ese animal, no tenéis más que examinar qué otro puede tener las mismas cualidades y virtudes; si no lo podéis encontrar, tomad el sujeto en el que están concentradas todas las potencias y virtudes animales, es decir el hombre, que encierra en su centro la fuerza de todos los animales, y cuya orina y excrementos pueden ayudaros en todo, sea que os falte un volátil, un ácido o un álcali. Si esto aún no basta, recurrid a los sujetos universales, donde todas las fuerzas animales, vegetales y minerales están concentradas, y que se asocian de una manera homogénea con todas las criaturas. Esos sujetos son el agua de lluvia, el rocío, la nieve, etc., que encierran un volátil, un ácido y un álcali, con los cuales podéis reemplazar todo lo que os falta. Entonces pudrid el agua de lluvia, destilad de ella toda la humedad, rectificadla de la flema al baño maría en un alambique muy alto, según el uso; sacad de los residuos toda la flema hasta una consistencia melosa, de esto sacaréis un vinagre, y del *caput mortuum* tendréis todavía una sal alcalina.

Así como las cosas se hacen en los animales, se hacen también en los vegetales. En este último reino, cuando no se puede avanzar más, se toma el vino y sus partes, en los que todas las fuerzas vegetales están concentradas; y si esto no basta, se recurre por último a los universales, como acabamos de decir.

Es lo mismo con los minerales, pues en el alumbre se encuentran todos los minerales blancos; en el vitriolo se concentran todos los minerales y astros rojos; pero si éstos no bastan, recurrid a los universales más fijos, como son el espíritu de nitro y de sal; tomad el volátil del agua de lluvia, el espíritu de nitro os proporcionará el ácido, y el espíritu de sal el álcali. Tenéis así un amplio campo para ejercitaros en la química.

Cada reino tiene sus cualidades y propiedades particulares, de modo que son distintos uno de otro, y por esta diferencia de cualidades se proporcionan entre ellos los medios, por los que son obligados a transformar su contrariedad en homogeneidad; como por ejemplo, el reino animal y el mineral son los dos extremos, y el reino vegetal es un medio entre ellos.

Si queréis volver el reino mineral homogéneo al animal, es imposible hacerlo inmediatamente; es del todo necesario hacerlo por su medio, es decir por el vegetal; y recíprocamente el reino animal no podría volverse homogéneo al mineral más que por el vegetal.

Un químico debe entonces, si quiere hacer útil su trabajo, obrar juiciosamente, y no mezclar los animales con los minerales; sino que antes hay que mezclarlos con sus medios, es decir con los vegetales. Tampoco debe mezclar el volátil animal con el volátil vegetal; es preciso todavía, cuando éstos están unidos, que se sirva de su juicio y que no vierta esos volátiles conjuntados sobre el álcali primero, sino que comience por el ácido, y que le una después el volátil; siguiendo esta regla su trabajo será realmente provechoso, y sin esto, sólo tendrá perjuicios por todas partes. Así un Artista ve también que uno entra en el otro ordenadamente, y no confusamente como muchas personas que trabajan en este arte, y que su unión se hace por leyes ciertas y leyes convenientes.

Así, por ejemplo, yo quiero disolver el oro, y ensayar esta disolución desde el más alto grado hasta el más bajo. Yo no lo haré ciertamente como muchas gentes que creen poder disolver el oro sin corrosivos, incluso con el agua sola. Es cierto que después que se lo ha martirizado con toda clase de adiciones minerales y mercuriales y se lo ha reducido a una naturaleza salina, entonces se deja disolver fácilmente, sin corrosivos, y con el agua de lluvia simple; pero los que operan así no saben lo que es el oro, y menos aún su origen; ellos no entienden tampoco lo que es un corrosivo, ni porqué los minerales se tratan ordinariamente con los corrosivos.

Yo quiero entonces disolver el oro; lo reduzco a las hojas más sutiles; vierto encima espíritu volátil de orina del reino animal; veo que este espíritu no lo ataca y vierto entonces ácido animal; éste es todavía muy débil, añadido vinagre vegetal; él no lo ataca tampoco. Así el Artista ve que todas esas cosas no son homogéneas, sino que son extremos, y que falta un medio. Yo voy entonces al reino mineral; tomo espíritu o aceite de vitriolo, lo vierto encima, y los hago cocer juntos; él no lo ataca tampoco, solamente le saca la tintura, y deja el oro blanco al fondo. Hay varios que se sorprenderán y dirán ¿qué menstroo hace falta entonces, si los menstros vegetales, animales y minerales no hacen ningún efecto? He aquí la razón. El espíritu o el aceite de vitriolo es un extremo con respecto al oro, pues es lo más volátil que hay en el reino mineral, y el oro es lo más fijo.

Varios de los que no han visitado las minas en las montañas podrán decir ¿cuál puede entonces ser el medio entre el oro y el vitriolo, puesto que el vitriolo es la primera materia de todos los astros rojos, y no se aman siempre la primera y la última? Esto es muy cierto, pero no sin medio. Yo os mostraré ahora claramente cuán grande es la diferencia que hay entre el oro y el vitriolo. ¿Sabéis vosotros que el oro se saca de las mineras por la fusión, y que de un quintal de mineral sólo se saca una pequeñísima cantidad de metal puro? Si sabéis esto, os indicaré breve y cordialmente cuáles son las cosas intermediarias entre el vitriolo y el oro.

Considerad el vitriolo y el azufre como la primera materia y como el extremo (yo no pretendo hablar aquí de un vitriolo de Marte o de Venus). Considerad el oro como la última materia, e igualmente como un extremo; he aquí los medios que hay entre ellos: después del vitriolo o el azufre viene el arsénico; yo entiendo que el vitriolo se vuelve un azufre que, por una larga digestión, pierde su inflamabilidad y combustibilidad, sin embargo sin ser fijo todavía, y se vuelve un arsénico volátil mercurial y pesado. Por una digestión más larga se vuelve marcasita, y la marcasita es la materia más próxima del oro y del metal; pues la marcasita finalmente deviene metal por una larga cocción, y todas las marcasitas contienen, unas más y otras menos, un grano fijo de metal; mientras que el azufre y el arsénico alzan vuelo, y se reducen a escorias. Cuanto más fijos y alcalinos se vuelven esos cuerpos, tanto más pedregoso deviene el ácido del vitriolo o del azufre, y más noble y metálico, como se ve por el oro, que es el cuerpo más fijo, el más alcalino, y tan compacto que ningún ácido puede morderlo.

Así se ve que si un aficionado quiere tener éxito en disolver el oro con el espíritu de vitriolo, es preciso antes reducirlo a marcasita, después hacerlo retrogradar a arsénico, y éste a

una arena vitriólica o sulfurosa, o en vitriolo; entonces el espíritu de vitriolo disolvería radicalmente su semejante, y lo haría pasar enteramente consigo en forma de licor; pero no de otro modo, pues aunque el oro se disuelva en los menstrosos ácidos alcalizados, se lo puede siempre reducir a su primera forma, es decir a un cuerpo fijo; mientras que cuando el oro está disuelto a su primera materia vitriólica y hecho licor, como explicaremos después, entonces está retrogradado a su primer origen, o sea a vapor mineral, pues este vapor pasa y sube en forma de vapor. Cuando el oro se ha llevado a ese punto es todavía mineral y corrosivo, por eso si un hombre lo tomara interiormente le haría un efecto contrario.

Para volverlo homogéneo a la naturaleza animal, hace falta de nuevo buscar un medio entra el reino mineral y el animal: es el vegetal. Pues así como el hombre no puede alimentarse de ningún mineral, sino que se sirve del reino animal y vegetal, hace falta también reducir y transmutar el oro a una naturaleza vegetal, y transformarlo después en animal; solamente entonces el reino mineral se vuelve agradable y homogéneo al reino animal, pues hace falta ir por grados de un medio a otro hasta el más alto, y no añadir al principio el más volátil al más fijo.

A muchas gentes les chocará oírme decir que me sirvo del arsénico para preparar el oro; pero la plata viva, que difiere muy poco del arsénico, el azufre, el mercurio sublimado y los corrosivos más fuertes, como el agua regia, etc., con los cuales ellos lo preparan ¿no son, a su criterio, más venenosos? El sublimado les parece quizás menos fuerte que el arsénico. Yo sé sin embargo que lo es más. ¿Son los corrosivos lo bastante suaves y benignos como para no atacar el estómago? No obstante, ellos no les quitan a esas materias sus cualidades nocivas, mientras que yo puedo cambiar enteramente de naturaleza al arsénico. Que el aficionado medite bien la instrucción que voy a darle todavía; no habrá ya nada oscuro para él. Yo he dicho que el oro nacía del vitriolo, del azufre, del arsénico y de la marcasita. Si queréis reducir, según las reglas, el oro a vitriolo, hay que hacerlo retrogradar por todos los mismos principios por los que el oro ha avanzado; sin eso tendréis siempre penas y trabajos enfadosos.

Yo no tomaré aquí los propios principios del oro, sino otros, por los cuales cada uno sabrá bien buscar y encontrar los verdaderos. Tomad solamente la piedra arsenical, como comúnmente se la llama, formada de partes iguales de azufre, de arsénico y de antimonio. Haced fundir la piedra muy suavemente; haced enrojecer el oro en el fuego, poned este oro en la masa fundida; se mezclará primero, y se volverá una masa quebradiza que, reverberada varias veces con el azufre, se abrirá totalmente como el hierro, y después cada ácido la disolverá fácilmente.

Examínese ahora bien esas partes, es decir el azufre, el arsénico y el antimonio. El antimonio es una marcasita noble, y su minera muestra siempre en sus exámenes un grano de oro o de plata, y si se le da a una bestia de esta masa compuesta de esas tres partes, no le hará ningún mal, aún cuando la dosis fuera de medio *gros*, porque el azufre quita al arsénico y al antimonio todos sus venenos. Si reflexionáis bien sobre los verdaderos principios del oro, y sobre los de todos los demás metales, o tomáis la minera del oro, lo que es todo uno, o las mineras de los otros metales, os será fácil reducirlos por el espíritu de vitriolo o de alumbre a su primera materia. Así el lector verá la cualidad del arsénico, y con qué rapidez se le puede quitar su veneno y reducirlo a una mejor cualidad. Lo mismo ocurre con el mercurio sublimado, cuando está solamente quemado con el azufre; su veneno es ya muy temperado, y se puede servirse de él con mucha más seguridad que antes; lo mismo ocurre cuando los venenos son corregidos con los espíritus líquidos, es decir con el espíritu de vitriolo, con el aceite de vitriolo o de azufre, etc.

Terminaremos así este capítulo tan largo, en el cual hemos explicado el reino vegetal, que es un verdadero reino hermafrodita entre los reinos mineral y animal. ¡Un artista tiene

muy poco espíritu cuando pretende hacer una medicina para los hombres, y sacarla de los minerales sin los vegetales, o de los vegetales sin los animales!

Vengamos ahora al reino mineral, en el cual se presentarán dificultades más grandes que en el reino precedente.

Cap. XX - *Cómo nacen los minerales, de qué principio se componen, y en qué se resuelven*

Árbol de generación de los minerales

- 1- Espíritu de nitro y de sal con
- 2- El vitriolo o el guhr, de allí
- 3- El azufre, de allí
- 4- El arsénico, de allí
- 5- La marcasita blanca o roja, de allí
- 6- El metal, y de allí impropiaamente en su última fijación
- 7- él deviene vidrio

Yo no hablaré aquí de los principios ordinarios, y eso no debe sorprender; están siempre sobreentendidos, es decir, el mercurio, el azufre y la sal, el volátil, el ácido y el álcali, el alma, el espíritu y el cuerpo, el cielo, el aire, el agua y la tierra, etc.

Yo sé bien que al principio, en la primera descripción que haré del nacimiento de los minerales, se me harán numerosas objeciones; pero después que se haya conocido la naturaleza, el origen, el progreso y el final, se considerarán las cosas un poco de más cerca. El lector puede estar seguro de que yo sigo escrupulosamente la marcha de la Naturaleza, y razono en consecuencia.

Hay muchos autores que han dado al público sus descripciones mineralógicas, unos clara, otros oscuramente, según sus ideas y sus luces. Yo no desprecio a ninguno, y les doy los elogios que merecen; también he sacado de ellos muchos conocimientos, sin los cuales hubiese permanecido obstaculizado, aunque todos los que han escrito libros no siempre hayan tenido en vista el bien público y el beneficio de los lectores. Sin embargo cuando uno relaciona las ideas de diversos sabios, descubre allí con frecuencia el punto esencial, y el objetivo sobre el cual se había dudado durante varios años.

En un consejo se pone a varias personas a fin de que una encuentre lo que no se presenta al espíritu de la otra. Del mismo modo hay que consultar varios autores, porque aunque uno haya escrito cosas muy buenas, sin embargo no lo ha sabido todo, ni a podido pensar en todo. Entonces, lo que uno olvida, el otro lo menciona y lo explica; así un lector se corrige y obtiene lo que antes se le había escapado. Que se haga lo mismo con este tratado. Si un punto no complace, que se acomode a otro; encontrará alguno que valga la pena poner sobre papel. Si no tengo en todo una buena teoría, tengo ciertamente una buena práctica, o al menos buenas manipulaciones, que podrán ser muy útiles para algunos.

Antes de ir más adelante, debo decir que un gran número de Filósofos describen el origen de los minerales poco más o menos en los siguientes términos.

Del centro de la tierra se elevan los vapores que, subiendo hasta las venas frías de las montañas, allí se resuelven en agua y se detienen, disuelven la tierra, y así se transforman a naturaleza de caparrosa vitriólica, oleosa, salina, o aluminosa y pedregosa, que después se cuece hasta azufre y metales, según la variedad de la tierra, sutil, etc. Esto quiere decir que del centro de la tierra se elevan en las grietas y cavidades de las rocas, allí se ligan y se vuelven agua, esta agua sutaliza la tierra al disolverla, de modo que hace de ella una naturaleza vitriólica, salina o aluminosa, que después se vuelve sulfurosa, y al fin metálica; que según la tierra allí mezclada sea sutil o grosera, hacen una diferente clase de metal, etc.

Ellos dicen, con razón, que los vapores suben, pero no explican de qué clase son esos vapores, ni cuál es su origen, su cualidad y su propiedad. Una descripción tal no puede servir de mucho a un joven aprendiz, porque igualmente suben vapores hasta nosotros en el aire, pero sólo aquellos que han hecho experiencias en las vastas entrañas de la tierra pueden conocer bien la gran diferencia que hay entre estos vapores y los que permanecen dentro de la tierra. Por esta razón, si tenéis un verdadero deseo de tener un verdadero conocimiento de éste, observad bien lo que he dicho antes, es decir que el esperma universal de todas las cosas fue originariamente agua y espíritu. Eso se prueba no solamente por esto, sino todavía por el caos regenerado; y hemos mostrado cómo ese espíritu pasa de la invisibilidad e impalpabilidad a un estado visible y palpable.

Todas las cosas se originaron del caos, y este caos o vapor se volvió un agua donde el espíritu estaba oculto. De allí vinieron después todos los animales, vegetales o minerales; los dos primeros de una simiente volátil, y los últimos de una simiente más fija.

En el agua caótica primordial, tanto como en el agua regenerada y en todas las otras aguas, se encuentra en su centro o mayor profundidad dos sales diferentes; es decir el espíritu del mundo vuelto visible o el esperma corporal del macrocosmo masculino y femenino; a saber, el nitro y la sal que hemos probado que es la materia primera universal de todas las cosas sublunares, no todavía especificadas o individualizadas, las que, junto con el caos regenerado, son todo en todas las cosas; como hemos demostrado que se encuentran también en todos los sujetos cualesquiera sean, fijos y volátiles, según la diferencia de sus digestiones. La prueba siguiente confirmará que ellos son todo en todas las cosas.

Una cosa que es, y que debe ser todo en todas las cosas, necesariamente debe encerrar en sí la Naturaleza y las propiedades de todas las cosas, y debe también unirse, asociarse, acoplarse y conjuntarse a todas las cosas sin excepciones.

Estas dos sales, el nitro y la sal, son minerales según los químicos, y según la idea común; pero eso es incorrecto, pues el hecho de que se las saque de la tierra, de debajo de la tierra y de las montañas, no implica que sean minerales, pues se las encuentra también en el mar, en los lagos, en las otras aguas, sobre la tierra, en el reino vegetal y en el animal, como hemos probado antes. Entonces habría que decir también que, dado que se las saca de los animales, son del reino animal; y que porque se las saca de los vegetales, son del vegetal. No es así como hay que razonar, sino más bien concluir, como lo demuestran las pruebas y los efectos que, puesto que se encuentran en todos los sujetos de los tres reinos, están, a justo título, en todas las cosas.

Además, en todo el reino animal no se encuentra ninguna sal ni ningún sujeto que, sin transmutación, sea homogéneo al reino vegetal o al animal, excepto estas dos únicamente, es decir el salitre y la sal, que ni en los animales u hombres, ni en la mayoría de los vegetales, hacen alguna alteración evidente. Pues el hombre y todos los animales pueden servirse del salitre y de la sal para su nutrición, los vegetales también pueden servirse de ellos, lo mismo que los animales, y todos sin ningún peligro, sin embargo con tal de que sea con peso y medida, pues todo exceso es un vicio. Estas sales, que son muy generativas y conservativas, por el contrario se vuelven, cuando se emplean sin peso y sin medida, las destructoras de todas las cosas.

Que se oponga a estas dos el vitriolo y el alumbre; a ambas se las cuenta propiamente entre las sales minerales, así el hombre no podría tomarlas sin náusea y sin una gran alteración; igualmente no podría tomar sujetos mercuriales ni arsenicales, ellos serían igualmente contrarios a los vegetales. Si se da interiormente a un hombre o a una bestia, como perro o gato, solamente uno o dos escrúpulos de vitriolo, pronto se verá como vomitará y se alterará. Igualmente si se vierte una lejía de vitriolo o alumbre al pie de un árbol o planta, se

los verá perecer pronto. De ello todavía se prueba que el salitre y la sal son homogéneos a todas las criaturas sublunares, pues se ha visto antes que, bien lejos de serles nocivos, los conservan y los hacen crecer.

Como estas dos sales, el salitre y la sal, están dispuestas de modo diferente para los animales y para los vegetales, están también dispuestas de modo diferente para los minerales, pues si no hubiera más que una disposición, resultaría de ella la misma cosa.

Su disposición para los animales y los vegetales ha sido tratada en sus propios capítulos. Aquí trataremos de su disposición para los minerales; y diremos siempre que los minerales sólo se originaron y nacieron de un vapor agrio, ácido y corrosivo; o, para hablar más claramente, de un vitriolo, de un nitro fuertemente fermentado y agrio, y de una sal, conjuntamente con una tierra sutil que ellos han resuelto. Cuanto más sutilizada por los ácidos es esta tierra, tanto más las sales, es decir esos ácidos se vuelven terrestres y fijos por la tierra, y más puro es el metal que producen.

Todos los físicos saben que todos los animales, vegetales y minerales son salados en su interior, y que según el género y la especie de cada uno de ellos, las sales son más volátiles o más fijas. Se sabe también que el aire es nitroso y salado, que el mar y todas las aguas son saladas, y que la tierra es salada interior y exteriormente. Asentado esto como seguro, un físico me permitirá decir que, si las partes del macrocosmo son más o menos saladas en su circunferencia, es preciso que el centro del mismo sea más salado todavía, puesto que, como hemos probado, las sales en parte, y principalmente las fijas, nacen en cantidad y son producidas por los vapores que vienen del centro. Se reconocerá también sin trabajo que el centro del mundo no es una fuente clara y cristalina en la cual no gotea más que un licor de vida, pues se ve por las casamatas de la tierra y también por las aguas, que toda clase de impurezas fluyen al centro; igual que llegan al estómago de los hombres y de todos los animales, y a la raíz de los vegetales, toda clase de alimentos puros e impuros, dulces y agrios. Esta mezcla caótica ocasiona, por medio de las diferentes sales, una fuerte fermentación; y cuanto más fermenta el centro, tanto más fuertes vapores y exhalaciones habrá. Los vapores son impulsados en el interior de la tierra, del centro a la circunferencia, donde los más espesos, los más fuertes o los más fijos se adhieren a las rocas, las piedras y la tierra, y allí se vuelven agua. Lo que es más volátil sube hasta la superficie de la tierra, a las raíces de los vegetales; lo que es todavía más volátil se evapora en el aire y se une a los animales; lo que es totalmente sutil se eleva mucho más alto en el aire, hacen las nieblas y las nubes, y éstas hacen la lluvia, rocío, etc.

Esos vapores son salados, puesto que el centro es salado, y siendo las sales disueltas por la lluvia, se subliman por su fermentación y calentamiento. Cuanto más próximos del centro están esos vapores, tanto más picantes y corrosivos son; cuanto más se alejan de él, tanto más dulces y temperados se vuelven, porque ellos depositan la parte más considerable y fija de los corrosivos en las tierras y las rocas, al atravesar la tierra. Como el corrosivo es fuerte, ataca la tierra que encuentra, cualquiera sea, resolviendo siempre un poco de aquella que es de más fácil solución, hasta que, debido a los vapores que se suceden sin cesar, haya una cantidad de tierra corroída o disuelta. Cuando el corrosivo, siendo un espíritu volátil agrio y salino, o un espíritu de sal, ataca la tierra, se mata en ella, se coagula, y deviene corporal o vitriólico, o aluminoso, según la cualidad de la tierra. La tierra, por el contrario, es disuelta, y lo que queda de la tierra que el corrosivo no ha podido disolver enteramente, la ha preparado, y vuelto en parte más sutil, untuosa y viscosa, lo que los químicos llaman guhr metálico, o primera materia de los metales, pero sin razón, pues es la primera y más próxima materia del azufre y del arsénico. Cuando el arsénico se vuelve marcasita, ésta sí es entonces la primera y más próxima materia de los metales; pues los metales vienen inmediatamente de la marcasita, y no de ese guhr que es solamente una materia alejada de los metales. Ese guhr o materia viscosa

se resuelve y sutiliza más y más por los vapores corrosivos subsecuentes, y cuanto más resuelta y hecha sutil es ella, tanto más fija al corrosivo, y lo vuelve sulfuroso y arsenical. Este arsénico madura cada vez más, hasta que se vuelve marcasita, y solamente la marcasita deviene metal. Ésa es la progresión de los metales, y la aclararemos cada vez más.

Cuando los vapores suben por la grietas y hendiduras de las rocas, allí se vuelven agua por su espesamiento, por los vapores siempre subsecuentes y más abundantes. Esta agua contiene en sí los espíritus de nitro y de sal mezclados. Todos los químicos conocen esta sal por ser corrosiva, pero aquí en el centro está rodeada de mucha flema, y extendida en mucha agua. Estos espíritus, por sus corrosivos, se adhieren a las piedras y a la tierra, las corroen, las disuelven, las sutilizan, las hinchan, las vuelven viscosas, y las reducen a un guhr húmedo que permanece entre las piedras y la tierra, como una carne mechada, y con frecuencia por su hinchamiento desborda hacia afuera y se adhiere a las paredes, como se ve en las antiguas cámaras y cavernas de las minas. Cuando esta tierra disuelta se sutiliza, y se resuelve cada vez más mediante los vapores y espíritus salinos que llegan incesantemente, se hincha más todavía, y expulsa su humedad superflua que corre de nuevo al centro y a otros rincones y agujeros de la tierra. Esta tierra hinchada, o este guhr, nunca tiene reposo, pues los vapores subsecuentes que continuamente suben lo atacan cada vez más, y allí se adhieren, se fijan y se coagulan en la tierra. Cuanto más se suceden esos vapores corrosivos, más ígnea y sulfurosa deviene la tierra; cuanto más sulfurosa deviene, más se hincha; cuanto más expulsa afuera las humedades, más se seca. La cualidad sulfurosa pierde su combustibilidad, y adquiere por ello ese nombre de mercurio que debería llamarse más bien arsénico, que provino del ácido sulfuroso. Éste ya no quema, aunque sea todavía volátil. Esta volatilidad y humedad es ligada, fijada y coagulada cada vez más entre las piedras por el calor central, hasta que se haya transformado en marcasita. Si la digestión o el calor subterráneo central es fuerte, la marcasita se fija en metal; si por el contrario este calor es débil, la marcasita permanece marcasita, o se vuelve minera arsenical, sulfurosa o vitriólica.

Sépase sin embargo que, cuando la Naturaleza ha llegado al punto de hacer un azufre o un arsénico, ha llenado de tal modo las cavidades y hendiduras, y ha disuelto o hinchado tanta tierra, que ningún otro vapor o humedad podría entrar allí. Entonces ella comienza la desecación, la fijación, la coagulación, y procede a la metalización o fijeza. Yo me represento el trabajo de la Naturaleza que llena las cavidades y hendiduras de la tierra poco más o menos como el de las abejas que llenan sus celdillas de miel, hasta que están repletas, y las cierran después; igualmente la Naturaleza envía los vapores uno tras otro, así disuelve e hincha la tierra más y más: esta primera tierra está llena de ácido, y se llena cada vez más; finalmente el ácido y la tierra se mezclan de tal modo que de ellos resulta una tercera materia, que difiere de la primera totalmente.

Este nacimiento es totalmente parecido al de los vegetales y animales, con la única diferencia de que aquí la Naturaleza trata de hacer sujetos más fijos, más duros y más pedregosos; pero por lo demás, trabaja en el mismo orden, pues los vapores blandos y húmedos los empuja más y más hasta que los endurece en una piedra, igual que como una encina joven se endurece más y más hasta que deviene una madera dura como la piedra. La diferencia que hay entre las criaturas minerales es que ellas adquieren más o menos corrosivo unas que otras; cuanto más adquieren, tanto más fusibles devienen. Si los espíritus corrosivos encuentran una tierra o una piedra sutil y pura, la trabajan sutilmente y hacen un metal noble; por el contrario, cuanto más grosera es la tierra que encuentran, menos la pueden trabajar, es decir volverla noble y sutil por las soluciones, y más grosero es el metal que hacen. Si el calor central y la digestión son débiles, se desecan, coagulan y fijan menos. De esta manera el metal queda en camino, y se hacen mineras vitriólicas, sulfurosas y arsenicales, antimoniales, bismútics y otras parecidas. Por el contrario si la digestión es fuerte, las mineras se vuelven

fijas y metálicas. Si la digestión y el calor central son desiguales y demasiado fuertes al comienzo, la tierra se resuelve en verdad, pero no se vuelve volátil; se fija, se coagula en primer lugar, y se aproxima cada vez más a la naturaleza metálica. Los químicos las llaman azufres fijos embrionados, como son los bolus, el hematites, el esmeril, el imán, la tutía, la calamina, etc. Si al comienzo la digestión es débil, las materias permanecen abiertas y volátiles, como las arenas vitriólicas sulfurosas. Pero si la Naturaleza conserva un grado de calor conveniente y uniforme durante las cuatro estaciones del año, ella hace, mediante los corrosivos moderados y proporcionados, los metales más nobles, como el oro, la plata, el estaño y el cobre.

El Artista ve así de dónde viene la diversidad de los minerales, y ve que la Naturaleza no ha puesto menos variedad en este reino que en los otros dos, pues los minerales no solamente difieren entre ellos, sino que cada mineral tiene todavía varias gradaciones.

¿Cuántos grados de colores diferentes no se encuentra en el oro, según haya sido más o menos trabajado y purificado por la Naturaleza? La plata tiene también distintos grados de fijeza, de pureza, así como el cobre, el hierro, el plomo, el estaño, etc.; y la misma diferencia se encuentra igualmente en los menores minerales.

Como la tierra y las piedras son la madre, el fundamento o la matriz de los minerales, el vapor o los espíritus salinos les sirven también de alimento y nutrición; el vitriolo o el guhr vitriólico es la raíz; el azufre o el arsénico, el tallo; y la marcasita, la flor y la simiente de todos los metales. Si se lixivia el guhr, se lo filtra y coagula, se encontrará en él una sal vitriólica, según el género de tierra que tenga disuelta, lo que prueba que el vitriolo se hace primero y antes del azufre y el arsénico. Yo lo llamo vitriolo, no porque sea un vitriolo común verde como el que se compra a los droguistas, sino porque tiene gusto de vitriolo o de alumbre.

Se ve, por el análisis, que el azufre o el arsénico sólo se hacen después del vitriolo, pues raramente se encuentra, o muy poco, azufre amarillo ardiente con los metales blancos tales como el plomo, el estaño o la plata; pero ellos contienen una mayor cantidad de arsénico blanco, de vitriolo aluminoso, o de alumbre. Puesto al fuego, el ácido o el vapor agrio viene primero; después suben las flores del azufre; después de esto viene el arsénico, y después la marcasita volátil, pues la marcasita fija se funde en régulo y en escorias. El antimonio prueba también que la marcasita se hace del arsénico, pues el bismuto y el antimonio, reducido a flores, son muy arsenicales y volátiles. Una prueba de que los metales se forman de la marcasita por una larga fijación es que casi cada marcasita da un grano de metal perfecto o imperfecto.

El lector también ve de ello cómo la Naturaleza va, de una manera bellísima y excelentísima, por grados intermedios, y jamás de un extremo a otro; ella va siempre de un vapor volátil, según su genio, a una naturaleza fija, y después más fija; pues este vapor es fijo comparado a los vapores vegetales y animales. Numerosos autores han escrito que el vitriolo es el guhr o la primera materia de los minerales, algunos incluso han añadido que al antimonio es la raíz y la madre de los metales, pero como no hicieron ninguna distinción entre ellos, un aficionado no sabría regularse sobre lo que ellos han dicho. Un químico no entra en las minas, y aún cuando entrase, de cien no hay uno que comprenda estas cosas. Puede considerar bien las paredes de las minas, las mineras y las piedras; puede ver que una cosa es negra y la otra blanca, que esta es o no es metal, pero no penetra más adelante; y en efecto, es imposible juzgarlo solamente por la vista. Que separe un trozo de mineral, que lo ponga sobre el fuego, que le destile una parte después de otra, y entonces podrá examinar más de cerca cada parte, y discernir lo que son y lo que contienen; pues en general, cuando se encuentra en ellas algún líquido, es ácido, vitriólico y sulfuroso; si se encuentran flores, son ordinariamente de azufres y de arsénicos. Se conoce el azufre por su inflamabilidad y

hediondez; en cuanto al arsénico, dadle un poco a un perro; si vomita, sabréis que es verdaderamente arsénico, y en ese caso hay que darle enseguida un trozo de manteca mezclada con mitridato.

La marcasita se deja conocer en que ella no sube muy alto, sino que una parte más volátil se eleva sobre la más fija, como el cinabrio o el mercurio sublimado sobre las heces, fundidlas juntas, y tendréis una masa quebradiza en forma de régulo; ésa es la marcasita. La parte más fija en parte se va en escorias, entre la cual está la matriz pedregosa mezclada, la que es causa de que una buena parte del régulo y del metal se mezclen con las escorias y se vitrifiquen; pero el régulo que está comprendido en las escorias es en parte marcasita y en parte metálico; la marcasita se evapora en el refinamiento, y el metal queda solo.

Muchos autores que han llamado al antimonio la raíz o la primera materia de los metales tuvieron en parte razón, sobre todo si por antimonio entendieron la marcasita, o lo que es de la naturaleza de la marcasita. En cuanto al resto, el antimonio es una marcasita que por falta de una mayor maduración ha quedado tal como es. De esta manera un aficionado a la química podrá llegar a su fin; lo volátil siempre se va primero al fuego, y las partes más fijas sigue después.

Hemos dicho antes que los metales nacen de un vapor, que este vapor es salino y espirituoso, o una sal espirituosa, y hemos añadido que esa sal es un corrosivo. Aquí recordaré el principio que ya he establecido antes; a saber, que todas las cosas nacieron de la sal y del nitro, y que todas las cosas en su última solución se reducen a nitro y a sal. Una vez conocido esto, afirmo que en el centro de la tierra esas sales están igualmente mezcladas, y que, fermentadas por el fuego central, son impulsadas a lo alto en forma de un vapor volátil, el que yo estaría tentado de llamar agua regia del macrocosmo, o agua regia mineral y primordial, al estar compuesta de nitro y de sal; pero dejaré a cada químico que la llame como quiera. Algunos la llaman vapor mercurial y sulfuroso, porque la sal es el mercurio, y el nitro es el azufre.

Sin embargo aquí hay una dificultad: es que yo he dicho que el fuego central fermenta las sales y las vuelve corrosivas al sublimarlas. Esto es un punto capital que choca con la opinión común, pues casi todos los químicos rechazan los corrosivos y sólo quieren lo dulce y lo suave, aunque muy pocos de ellos conocen ese tesoro de la dulcificación y el modo en que hay que hacerla; ellos incluso llegan a pretender que no hay, ni en la tierra ni sobre la tierra, ningún corrosivo.

¿Cómo haré para probar este punto esencial, contra una oposición tan general? Sin embargo, he aquí mi respuesta. He probado antes que los vapores acuosos salinos vuelven a subir desde el centro de la tierra en las entrañas de las montañas, que allí se adhieren, se matan, se coagulan y se fijan; y que por este medio devienen, conjuntamente con la tierra, un guhr graso y viscoso; que el ácido disuelve la tierra y la tierra coagula el ácido.

Si se conviene en que suben vapores salinos, no se podría negar que esa sal fuera una sal disuelta; y una sal tal es llamada por todos los químicos espíritu de sal o de nitro, ¿pero no reconocen ellos mismos que los espíritus de sal y de nitro son corrosivos, sobre todo cuando esos espíritus son rectificadas y separados de toda flema y de toda tierra superflua?

Cuando los vapores corrosivos se acercan a la tierra o las piedras, se adhieren a ellas y atacan la tierra disolviéndola, y así se hacen corporales, una sal vitriólica o aluminosa, lo que se puede probar por la experiencia. Tomad el corrosivo que queráis, espíritu de nitro o de sal, o agua regia, echadle una tierra que el corrosivo pueda atacar, éste la disolverá y el corrosivo se coagulará, pues si hacéis evaporar hasta el tercio y ponéis el resto en un sótano, se volverá una sal vitriólica y se coagulará en cristales, según el género de tierra que hayáis puesto; lo que prueba que el corrosivo se ha matado en la tierra al disolverla, con tal que el corrosivo

haya sido desflemado. Veréis que, a pesar de esto, queda allí una acuosidad superflua, pues al destilar la humedad por el alambique después que el corrosivo ha disuelto la tierra, encontraréis en el recipiente una agua dulce y sin gusto. En caso de que hubiera habido muy poca tierra y que el corrosivo no hubiera tenido más para disolver, pasará algún corrosivo, pero muy debilitado en comparación con el primero, no siendo casi más que un agua totalmente pura.

El vitriolo, o el guhr mineral, muestra por sí mismo que se ha originado del corrosivo universal, del nitro y de la sal, no coagulados y corporales, sino disueltos y espirituosos. Que un artista trate como quiera una tierra con una sal que no sea espíritu, sino cuerpo, y no logrará nunca sacar de ella una cualidad vitriólica; por el contrario lo conseguirá con cada ácido, con cada sal resuelta, con el espíritu salino del nitro y la sal de vitriolo, del azufre, del alumbre, e incluso con vinagre vegetal, fuerte y rectificado. Esta verdad de que el guhr mineral está hecho de corrosivo se prueba todavía por su reducción a primera materia, pues si se destila ese guhr o el vitriolo que se ha sacado por lixiviación, se verá que da un agua corrosiva, puesto que es preciso que una cosa se resuelva y reduzca a la misma de la cual se originó, *ex quo aliquid fit, in illud rursus resolvitur*. Al estar hechos los minerales de corrosivos, se reducen también a corrosivos. Que se destile arena vitriólica o sulfurosa, de una minera de alumbre, o de otro mineral, y se encontrará siempre un corrosivo en mayor o menor cantidad. El Artista que quiere conocer los principios de los metales no debe considerarlos después de ser fundidos, tal como se presentan a nuestros ojos; pues la mayor parte de su sustancia primordial les ha sido ya separada y disipada por el fuego.

Pero que tome la minera tal como viene de las minas, y que todavía no haya pasado por el fuego, y entonces conocerá la diferencia: que tome este guhr o esta minera de vitriolo, de azufre, de arsénico, de oropimente, de cobre o de mercurio; que los destile a fuego muy fuerte; en todos encontrará poco o mucho de agua corrosiva. En cuanto al resto, cuanto más abierto y menos alejado del guhr es un metal, tanto más de esta agua dará, pues la fijación expulsa afuera casi toda la humedad superflua, y por esta razón los metales se hacen capaces de sostener el fuego, y casi incorruptibles. Cuanto menos humedad tiene un metal, tanto más subsiste al fuego, pues la humedad superflua es el instrumento del cual se sirve el espíritu universal; mientras esta humedad está en ellos y con ellos, lo excita siempre a la acción, puesto que en los secos no podría obrar con la misma facilidad que en los húmedos. Es por eso que los animales y los vegetales están en una alteración y una constancia perpetua, a causa de su humedad. Apenas crecen, ya avanzan hacia su destrucción. Les ocurre lo mismo a los minerales que encierran en ellos esta humedad, aunque sin embargo son mucho más durables que los vegetales y animales.

Esto es lo que indujo a los antiguos Filósofos, que veían que los animales y vegetales perecían y se pudrían muy rápidamente, unos más velozmente que otros, a buscar ese espíritu balsámico vivificante y universal en los minerales, donde lo han encontrado, puesto que está concentrado en cantidad, y puesto que todo lo que hay de coagulado o de fijo en un mineral, cualquiera sea y sin ninguna excepción, es este espíritu universal y vivificante. Como ellos vieron que incluso entre los minerales había algunos que eran inconstantes y poco durables, eligieron aquellos que habían probado ser los más durables, es decir el oro y la plata y casi todas las piedras preciosas; pero como las piedras preciosas se encuentran en pequeña cantidad, se han limitado al oro y a la plata, y de ellos han preparado los remedios para la prolongación de la vida.

El artista debe observar que, así como la Naturaleza separa de los minerales la humedad superflua, el Arte puede separarla más todavía, y no solamente en los minerales, sino también en los vegetales y los universales; pues si el artista analiza algunos de esos sujetos, verá la flema separarse de ellos muy fácilmente por la rectificación; verá que el espíritu se condensa,

se concentra, y deviene tan corrosivo y tan potente, cuando se lo reserva en pequeño volumen, que no se osaría tomarlo interiormente sin peligro, excepto en la dosis más pequeña, como lo demostraré en la segunda parte de este tratado, cuando trataré del análisis y de la corrupción de las cosas. Así, para preparar una medicina universal, el hombre no está obligado a recurrir a los minerales, a los vegetales y a los animales; él no tiene más que buscar en sí mismo, sus propias orinas y excrementos son lo bastante potentes como para preparar de ellos la medicina más excelente; porque ellos encierran en sí un espíritu universal tan perfecto como el oro y la plata y las piedras preciosas. No se trata más que de separar de ellos la humedad superflua y de reunir sus principios juntos; si resta todavía alguna humedad, hay que separarla por el baño maría, y se encontrará en el fondo un tesoro más grande que todos los remedios tan alabados para la salud.

Una prueba incontestable de que en la tierra se encuentra un corrosivo efectivo, es que el azufre corroe, empuja y hace retrogradar los metales imperfectos, especialmente el hierro y el cobre, a su primera materia. Su olor, cuando llega a la nariz ¿no es tan fuerte y tan mordiente como el de cualquier corrosivo? ¿No infecta los pulmones con violencia, al punto de que un hombre apenas puede expulsarlo a fuerza de toser, escupir, babear y salivar? El azufre seco ¿no es un corrosivo mucho más sutil cuando está líquido, como se puede ver la diferencia al comparar su aceite con el del vitriolo? Él tiene un ácido tan sutil y penetrante como no se sabría imaginar, a menos de prestar una particular atención.

El arsénico ¿es otra cosa que un corrosivo? ¿No corroe él todos los metales, sin perdonar incluso ni el oro y ni la plata?

¿No se ve claramente que en muchos sitios los vapores subterráneos son tan corrosivos que los mineros deben abandonar la mina para no sofocarse? Si no hubiese ningún corrosivo en la tierra ¿por qué las ropas de muchos mineros se quemarían como si hubiesen sido bañadas en agua fuerte, cuando únicamente se han apoyado en algunos sitios?

Las aguas subterráneas, tales como las aguas calientes sulfurosas, las de alumbre, de vitriolo, de nitro, ¿son otra cosa que corrosivos diluidos? Que se concentre una cierta cantidad mediante la destilación, que se los caliente un poco y que se ponga allí una gallina muerta: le quitarán las plumas con la piel, y corroerán su carne, lo que un agua dulce, e incluso una salada, no harán jamás.

Cuando un hombre se baña demasiado en aguas semejantes, ellas atacan violentamente su naturaleza y su piel, y lo hacen a veces horrible de ver. Las aguas minerales agrias, cuando se bebe demasiado de ellas, hacen un efecto parecido, pues se ha encontrado, después de la muerte, enfermos cuyos músculos estaban totalmente despegados y se habían vuelto tan tiernos como si se los hubiese marinado, al punto de que se los hubiera podido separar del cuerpo sin instrumentos de anatomía.

Cuando se concentra varios potes, e incluso cubas enteras de esas aguas, se descubre cuán poca de esta sustancia poderosa encierran, y sin embargo cuán grandes efectos una cantidad de agua tal es capaz de producir.

No es sorprendente que los químicos vulgares, y menos todavía el artista peripatético charlatán con sus cuatro elementos, no comprendan cómo se encuentra en la tierra un corrosivo tal. Hay varias razones para ello. En primer lugar, está anegado en una gran cantidad de agua; en segundo lugar, la tierra lo toma en sí y lo coagula; en tercer lugar, ningún corrosivo puede percibirse jamás en forma de vapores, sino solamente en forma de agua; por eso ninguno de los que tratan sobre las minas, ni ningún historiógrafo ha hablado de él. Cada uno de estos efectos se prueba por la experiencia.

Tomad aceite de vitriolo, de azufre, de sal o de nitro; verted una libra de éste en tres o cuatro cubos de agua; mezcladlos bien y podréis dárselo a beber a un hombre sin peligro. Se ve de ello que el corrosivo no es perceptible. Es de esta forma que se encuentra en la tierra.

Tomad después esta agua, y vertedle una o dos libras de creta; hacedlas hervir bien; quitad el agua, y veréis que la creta se ha vuelto salada. Esta sal proviene del corrosivo que la creta ha atraído y fijado. Pero todavía queda una parte de él en el agua; haced evaporar y cristalizar esta agua, y encontraréis un vitriolo que está hecho de la creta disuelta, y que la creta ha fijado. Es así como ocurre la cosa en la tierra.

No es más difícil asegurar por la experiencia que el corrosivo no es perceptible cuando se eleva en forma de vapor; no obstante con excepción del azufre que es un puro corrosivo concentrado.

Tomad agua fuerte, agua regia, espíritu de vitriolo o su aceite, etc., ponedlos en una taza sobre el fuego, dejadlos evaporar en una habitación; ellos harán un vapor extremadamente fuerte. Un *gros* llenará la habitación de vapores y de niebla. Este vapor puede ser respirado sin percibir la menor corrosión, mientras que una sola gota de esos corrosivos puesta sobre la lengua la quemaría muy vivamente.

Cuanto más impulsado en el aire en forma de vapor es un corrosivo tal, tanto más se mezcla con el aire, y tanto más el aire lo suaviza y caotiza mediante su sal volátil. Un aficionado debe bien notar, en esta ocasión, que mediante la circulación, los vapores que se exhalan no solamente de todas las aguas sino de todos los cuerpos cualesquiera sean, retrogradan a la primera materia o a un agua caótica, y ¿cuántos no se exhalan todos los días, sobre todo de los vegetales y animales, sea naturalmente por la transpiración o por la putrefacción, sea cuando los preparamos para nuestra alimentación?

Por lo que acabamos de decir, se verá que la Naturaleza no hace ningún metal sin corrosivos. Pues si con un agua cruda corporal y salada, o con el agua de salitre, ella debiera hacer los metales, lo que no es imposible porque toda tierra de fácil solución se altera mediante el agua caliente salada, en ese caso le harían falta seguramente miles de años de trabajo; mientras que de la otra manera no necesita cien años. Cuando la sal es espirituosa y resuelta, ataca veinte veces más que cuando no está resuelta, o que cuando está resuelta simplemente en el agua.

No hay más que tomar un corrosivo o una sal espiritualizada, y hacer disolver una tierra en ella mediante la digestión, a fuego de arena, en un pequeño matraz. Tomad después la sal corporal de la cual se ha hecho el corrosivo, hacedla disolver en el agua, y vertedla sobre una cantidad parecida de la misma tierra; ponedla igualmente en solución, y observad la diferencia que habrá.

Cuando las dos tierras estén disueltas, se encontrará en la solución del corrosivo un vitriolo un poco amargo y estíptico; y en la de la sal corporal otro vitriolo de una cualidad extremadamente diferente.

Además, si por una parte se hace disolver un metal con una sal corporal, y por la otra con un vitriolo mineral verdadero, sea por la vía seca fundiéndolos juntos, sea por la vía líquida, se verá una gran diferencia: el corrosivo comenzará a atacarlo al instante y a reducirlo a vitriolo, mientras que la sal lo hará con una extrema lentitud, y no será nunca un vitriolo igual, en virtud y en gusto, al del corrosivo.

Si después de todo lo que dicho alguno duda todavía que es verdad que la Naturaleza hace los minerales mediante los corrosivos; ah, bien, que no me crea, hasta que por la cantidad de errores y faltas que cometa, esté obligado a convenir en ello. Sin embargo yo lo envío todavía al reino animal que es mucho más volátil y más débil, en el cual encontrará un

corrosivo bastante fuerte para atestiguarle al del reino mineral, como una prueba sacada de lo pequeño a lo grande.

Si el hombre no tuviera ácidos en su estómago que pudieran atacar los alimentos ¿cómo podría hacer una putrefacción tan admirable y tan rápida de éstos? Que se dé a un hombre un metal de difícil solución, como el cobre o el hierro; al instante el menstuo del estómago lo atacará para disolverlo, pero como le son heterogéneos, causarán una convulsión y los expulsará mediante el vómito.

Se ve entonces claramente que para cada solución hay necesidad de un ácido. Si en el hombre es muy fuerte, lo es más en el vegetal, y mucho más en los minerales, que necesitan de la más fuerte digestión, puesto que deben cocer la tierra cruda y fija; mientras que los vegetales no necesitan para su esencia más que una tierra sutil, ya preparada por la putrefacción, y los hombres y los demás animales sólo tienen que digerir las sustancias animales, o los vegetales más tiernos, más blandos y más succulentos. Sin embargo al ácido del estómago se lo llama un ácido corrosivo disolvente, o un menstuo corrosivo, porque corroe y ataca al sujeto, lo rompe, lo muele, lo disuelve, y lo vuelve menudo y sutil. Los químicos también llaman corrosivo al espíritu de vino más fuerte y más rectificado, así como también al espíritu de orina, que sin embargo en su destilación hacen una excelente medicina, que renueva todas las fuerzas de la naturaleza. Se ve entonces que, aunque los espíritus animales y vegetales, extendidos y dilatados, sean tomados todos los días por todo el mundo, son no obstante tan ácidos en su concentración y rectificación, que no se osaría darlos interiormente si no es en la dosis más pequeña. Si en nosotros, y en los demás animales, y en los vegetales, hay una acidez tan grande ¿quién puede dudar que la haya también en los minerales, que necesitan un ácido tres veces más fuerte para disolver la tierra cruda? Volvamos a su formación.

He dicho que el ácido, o el menstuo mineral corrosivo, es decir los vapores minerales agrios, subterráneos, disuelven la tierra, y que así se reducen conjuntamente con ella a un guhr viscoso. Ahora bien, este guhr es vitriólico o aluminoso, ácido y estíptico. Cuanto más disuelto y digerido es este guhr por los nuevos vapores corrosivos que sobrevienen, tanto más sulfuroso deviene. Este azufre se digiere, se fija cada vez más, de un grado al otro, y deviene un arsénico, y éste una marcasita, que es la materia más próxima de los metales como el azufre y el arsénico volátil lo son de la marcasita, y como el guhr o la esencia vitriólica lo es del azufre y del mercurio, es decir del arsénico. Cuando el vitriolo o el guhr es sobrecargado de ácido, y desecado, se transforma en azufre, pues no se tiene más que destilar varias veces el agua fuerte o el espíritu de vitriolo sobre el vitriolo común, por el alambique, a fuego de arena del tercer grado, desecarlo, y arrojarlo después sobre carbones ardientes: se sentirá enseguida el olor del azufre.

Si se hace cocer el azufre y el arsénico juntos, o cada uno separadamente (el azufre sin embargo nace primero por el amontonamiento de la sal nitrosa, o por el ácido de la sal); digo, si se los hace cocer y reducir a marcasita, ésta, por una larga digestión y maduración, o por la evaporación, la coagulación y la fijación, deviene un metal, según la fuerza de la digestión y de las propiedades accidentales.

Hasta aquí hemos dado la teoría de la formación de los minerales y los metales. Vamos ahora a confirmar, tanto como nos sea posible, esta teoría mediante la práctica. Yo podría dispensarme de ello, porque un Artista bien instruido ha podido ya ver suficientemente esta explicación en varios otros lugares, y no se le podrían dar mayores explicaciones. Sin embargo, como hay también personas muy simples que con buenas intenciones se aventuran a trabajar en este arte, añadiré lo que sigue.

Tomad una minera, de cualquier mineral que sea, antes de que se la haya trabajado al fuego, como del antimonio, del estaño, del plomo, del hierro, del cobre, del oro o de la plata. Lavad aquella que toméis sobre una larga mesa que vaya en pendiente como un pupitre, y que esté cubierta por un paño grueso, sobre el cual pondréis la minera apilada y reducida a un polvo como de granos de mijo, y no más fino, porque en este último caso formaría una masa demasiado compacta, y en la operación para la cual la preparáis se fijaría más bien que se disolvería. Regadla con agua, y frotadla con cepillos para hacer correr lo que es pedregoso; la parte metálica quedará sobre el paño. Cuando esté bien limpia, ponedla en una fuerte retorta a fuego abierto, adaptadle un recipiente, y dad el fuego por grados: veréis pasar al comienzo algún poco de agua, que es la humedad superflua; después vendrán fuertes nieblas que son el corrosivo mineral, que descenderán al recipiente, y se resolverán en agua corrosiva. Después de esto subirán todavía otros vapores, pero no tan volátiles como los primeros; pues lo volátil pasa siempre adelante, y es seguido siempre por las partes más fijas; esos vapores descienden poco al recipiente, pero se adhieren al cuello de la retorta, sobre todo si el cuello es largo; los que siguen se adhieren cada vez más hacia el cuerpo de la retorta, y esto es porque los últimos pueden siempre sufrir más el fuego. Por último, las partes que resisten más al fuego permanecen en el fondo de la retorta, en mayor o menor cantidad según el sujeto sea más o menos fijo.

Examinad ahora todo lo que ha pasado y subido, como también todo lo que ha permanecido en el fondo de la retorta. Encontraréis en el recipiente:

1. La humedad superflua mezclada con el corrosivo, que es un licor más o menos sulfuroso o vitriólico, ácido o salado, según la minera haya sido más o menos coagulada, desecada o fijada. Encontraréis, por decirlo en una palabra, un espíritu de vitriolo o de cobre.

2. Encontraréis a la entrada o en el comienzo del cuello de la retorta, flores, de las cuales las primeras son muy volátiles, examinándolas sobre carbones ardientes, si arden como el azufre, y tienen el mal olor del azufre, hay que llamarlas azufre; si no arden, sino que fluyen y dan un olor arsenical, hay que llamarlas un arsénico volátil.

3. En la mitad del cuello, encontraréis flores que son un poco más fijas que las primeras: éstas son un arsénico fijo.

4. Al comienzo del vientre de la retorta, o en su parte superior, encontraréis todavía otras flores que se han sublimado allí; éstas son aún más fijas que las precedentes, y son una marcasita volátil, o bien un arsénico fijo devenido marcasita; pues cuanto más fijos se vuelven el azufre y el arsénico, tanto más pierden su primera denominación y adquieren otro nombre; el vitriolo se llama azufre, el azufre arsénico, el arsénico marcasita, y ésta un metal; ellos adquieren estas diferentes denominaciones a medida que se vuelven más fijos.

5. En el fondo de la retorta, encontraréis una masa compuesta de: a) la marcasita, más fija, que se acerca a la naturaleza metálica, y de la cual se hace el metal inmediatamente. b) el grano del metal que ha provenido de la marcasita. c) la matriz pedregosa, en la cual el metal nace, y donde ha sido fijado, como en el gran vaso o vidrio filosófico; pues esta matriz se reduce a escorias o a vidrio por el gran fuego de fundición. d) una sal fija, que se retira mediante lixiviación con el agua. Esta sal debe ser considerada como el álcali mineral, que ha sido concentrado y fijado por el fuego (aunque en muy pequeña cantidad) del espíritu vitriólico que ha pasado por el alambique, y según el sujeto haya sido más o menos húmedo.

Tomad entonces esta masa que ha quedado en el fondo de la retorta: sacad de ella en primer lugar la sal mediante lixiviación; secad bien el polvo que queda, y hacedlo fundir a fuego fuerte; se precipitará al fondo un régulo, por encima del cual están las escorias. Poned este régulo, con el plomo, bajo la mufla, y soplad igual que se hace cuando ordinariamente se afina los metales, y encontraréis el grano de metal. El régulo, no obstante, se volará por la

gran fuerza del fuego, aunque sin embargo él sostiene el fuego de fundición mejor que las partes precedentes.

Este régulo es la marcasita más fija y la parte mercurial alcalizada, o el ácido vitriólico fijado y alcalizado: ésta es la materia primera de la cual inmediatamente nacen los metales por una larga fijación.

Sin embargo, no hay que creer que esta práctica pueda aplicarse enteramente a todos los metales, sino solamente a las mineras de oro, de plata y de cobre, que se pueden afinar por el grado más alto de fuego, según su grado de fijeza y fuerte alcalización; es decir que cuando el ácido vitriólico se fija cada vez más, se alcaliza también cada vez más, y se mezcla a la tierra tan fuertemente que ya no se podría percibir allí el menor ácido, como ocurre con el oro más fino. Es eso lo que yo llamo *alcalizado*, porque ya no podría ser vencido por ningún ácido, a menos que este oro alcalizado sea revivificado por un álcali marcasítico, pues entonces podría volverse un ácido, por medio de un ácido sulfuroso vitriólico o nitroso.

Por el procedimiento del que acabo de dar el detalle y los resultados, el lector verá la construcción del metal o de la minera. Es de esta manera que debe hacer su análisis, y no por el fuego, que expulsa las partes vitriólicas, sulfurosas y arsenicales, que son los espíritus vitales y nutritivos de las mineras. Este procedimiento le proporciona todavía una nueva prueba de que la Naturaleza opera en este reino como en los otros dos, sin franquear jamás los grados intermediarios, y de que ella avanza siempre más y más, desde las partes acuosas y volátiles, hasta las fijas durísimas y muy secas.

Examinad ahora este metal que habéis exprimido, y sacado de la minera después de tantas operaciones, y que no obstante es todavía un poco constante. Comparadlo con las partes que habéis separado de él en último lugar; veréis que su cantidad es tan pequeña que hace a lo más una novena parte, y que las partes adherentes que habéis separado de él exceden su peso al menos al céntuplo. Podéis ver así cuán poco de oro y de plata fina da un quintal de minera de oro y de plata, es decir, apenas algunas onzas, y que lo superfluo se va en humo y en escorias. Reflexionad ahora sobre el tiempo que la Naturaleza está obligada a emplear en la digestión lenta para cocer el metal más imperfecto; veréis así cuántos grados hay desde los vapores volátiles, o desde el guhr vitriólico, hasta la marcasita solamente; después desde allí hasta el metal, y juzgaréis cuánto más tiempo precisa la Naturaleza para trabajar los metales perfectos, pues es siempre la misma materia; es decir una tierra sutil, resuelta y digerida por los espíritus corrosivos del nitro y de la sal, que la Naturaleza conduce por grados insensibles hasta la suprema fijación.

Yo debería decir aquí cuál es la confianza de cada metal en particular, pero dejo la resolución de este problema al lector: encontrará fácilmente la solución si ha comprendido la construcción de los metales en general. Sin embargo, enseñaré aquí de qué manera se puede conocer en primer lugar si un metal o mineral tiene humedad superflua, o no la tiene; es decir cuál metal tiene acidez todavía, cuál otro es fijo u alcalino, y cuál otro tiene la naturaleza de ambos.

Tomad una minera, universal o metálica, la que queráis; añadidle un ácido corrosivo alcalino, como el espíritu de nitro o el agua fuerte y el espíritu de sal. Cuando el espíritu de nitro o el agua fuerte disuelve algo, podéis concluir de ello que su ácido está todavía abierto y no fijado, o alcalizado, como se puede conocer en la plata y en el plomo, pues lo semejante se vuelve a su semejante. Pero si un metal o mineral no se deja disolver por este ácido o por el álcali mezclado con el ácido, podéis concluir que es fijo y alcalino, y juzgar que el ácido que está en tal metal o mineral está enteramente alcalizado o fijado, y que en consecuencia, debe ser revivificado con un álcali espirituoso, semejante a él, para ser apropiado a la naturaleza ácida; a fin de que el ácido, al abrirlo, pueda cambiarlo también a su naturaleza, y hacerlo

retrogradar, por así decirlo, a su naturaleza vitriólica: tal es el oro y el estaño. En cuanto a los metales y minerales que se dejan disolver tanto con el ácido como con el álcali, podéis llamarlos hermafroditas. Han comenzado a alcalizarse y a fijarse, pero han quedado en el camino; así, son fijos y no fijos, alcalinos y ácidos, o ni alcalinos ni ácidos. Por esta razón pueden ser atacados y disueltos por esos dos menstros, conjunta y separadamente: tales son el hierro, el cobre, y el mercurio. El estaño también se prestaría a ello de buena gana, pero se disuelve más fácilmente con el álcali. El plomo se disuelve también en el espíritu de sal o en el agua regia, pero en el agua fuerte se resuelve totalmente en agua.

Alguno podrá decirme: ¿puedo reconocer el plomo y la plata como sulfurosos (pues se compara el ácido al azufre) mientras son mercuriales? ¿Y puedo reconocer el oro y el estaño como mercuriales, mientras son enteramente sulfurosos? He aquí mi respuesta: remitíos a la experiencia, y en lo que no depende más que de la especulación, dejad a los demás que parloteen y fatiguen su espíritu, hasta que finalmente vuelvan a vuestras ideas. Recordad de una vez por todas que no hay minera que no se origine del ácido universal corrosivo, el que, mediante la fijación y desecación, se vuelve cada vez más alcalino. Regid vuestras ideas sobre este ácido y este álcali, pronto aprenderéis de ellos más de lo que sabrán jamás los mercurialistas, sulfuristas, salinistas o vitriolistas. Seguid la Naturaleza paso a paso; dad a cada cosa los nombres que les son propios, y abandonad todos los demás nombres, que no hacen más que introducir confusión. No obstante si mi pensamiento no os agrada, sois dueños de seguir el de los otros.

Habrán quienes dirán: si la esencia de los metales no estuviera compuesta de mercurio, de azufre y de sal ¿por qué los metales se dejarían reducir y retrogradar a esos mismos principios? ¿No han reconocido todos los antiguos Filósofos que (los metales) estaban compuestos de ellos?

Yo reconozco de muy buena gana que los metales pueden ser reducidos a esos principios, pero no encuentro que, según la regla y la ley inmediata de la Naturaleza, estén compuestos de ellos. Yo no encuentro en ninguna mina el mercurio fluido, más que en su propia mina, y en aquella que él horada y atraviesa con su astro. Yo encuentro la sal y el azufre en casi todas las mineras; pero no es una sal ordinaria, es una sal vitriólica, sulfurosa y aluminosa; una arena sulfurosa que está mezclada con el arsénico o con la marcasita, etc.

Hay muy pocos Artistas que comprenden la significación secreta de los principios mercurio, azufre y sal. Nuestros Ancianos los entendieron muy distintamente de lo que la multitud de ignorantes se imaginaron después. Los Antiguos dicen en verdad que todas las cosas están compuestas de mercurio, de azufre y de sal, que son su esencia, y que deben resolverse en eso de lo que se componen; pero si de allí queréis concluir que su mercurio es el mercurio fluido, su azufre el azufre combustible, y su sal la sal común, os alejáis de la verdad más de lo que el cielo lo está de la tierra. ¿Quién es el que mostrará un mercurio fluido en el reino animal y vegetal? Sin embargo sus partes volátiles son llamadas con el nombre de *mercurio*. ¿Quién encontrará en esos reinos un azufre amarillo combustible y una sal común? Sin embargo esos dos reinos contienen partes que son designadas como *azufre* y como *sal*, sin ser no obstante ni el azufre ni la sal común.

Veis así cómo se engañan, y cómo explican una cosa de una manera totalmente contraria. Basta que uno caiga en el lazo, para ser seguido por miles. Los Antiguos entendieron por su mercurio el mercurio universal, y no el fluido. Es lo mismo con el azufre y con la sal; y aunque se pueda sacar el mercurio fluido de todos los metales, sin embargo esto no ocurre más que por accidente, y no según la composición natural de los metales. ¿No puedo yo hacer, del mercurio fluido, un agua, un precipitado, un sublimado, un vitriolo, una sal, un aceite o un espíritu? ¿Me autorizaría eso a concluir que el agua, el precipitado, el sublimado, el vitriolo, la sal, el aceite y el espíritu son los principios de los que los metales se

forman? Seguramente no, y no es por los efectos puramente accidentales que se debe juzgar la naturaleza de las cosas. Pero no se quiere profundizar nada, y es por esta razón que tantos artistas se extravían en sus investigaciones. Ellos pretenden hacer metales potables, y otros remedios sacados de los minerales, y para conseguirlo, tratan las mineras y los metales con toda clase de menstros impropios, del reino animal, del reino vegetal y del reino mineral. O, cuando emplean un menstro verdadero y homogéneo, se imaginan que el mineral o el metal deben volverse por sí mismos un aceite suave y dulce conveniente a la naturaleza animal, sin considerar que la Naturaleza misma ha separado los animales y los minerales por el reino vegetal, que es una Naturaleza intermedia entre ellos. Siempre han descuidado esto, o si lo han usado, ha sido sin emplear los medios convenientes, de modo que nunca han preparado más que remedios corrosivos, o miserables precipitados y polvos violentos. Me remito a ellos mismos para saber qué efectos han producido.

Volvamos ahora a nuestro propósito. He dicho en el capítulo de los vegetales que el ácido es astringente, compresor y estíptico; y en éste dije que se volvía fusible. A fin de que no se me acuse de contradecirme, aclararé todavía este punto.

Se ve que allí donde la Naturaleza ha juntado mucho ácido a poca tierra, no hace sino cosas constipantes, astringentes y compresoras, como puede verse en el hematite, en la sanguinaria, en el imán, en el esmeril, en el bolus, etc., pues el poco ácido se adhiere muy fuertemente a esta tierra y la resuelve; y si el calor central es demasiado fuerte o demasiado precipitado, los fija y los deseca en mineras de difícil fusión; pero si el calor no es demasiado fuerte, y el ácido y el corrosivo se encuentran en mayor cantidad, hace mineras y metales un poco más fusibles; y a causa de su gran cantidad de ácido, de un menor calor y una débil desecación y fijación, esas mineras y metales quedan más abiertos y poco constantes, como el hierro y el cobre.

Por el contrario, allí donde el ácido se encuentra en cantidad demasiado grande, se hacen mineras fusibles, como puede verse por los procedimientos químicos. Tomad creta o cal viva; verted arriba un poco de espíritu de nitro, de vitriolo, de sal o de azufre, o sus aceites corrosivos y ácidos; retiradlos después por destilación fuerte, haced evaporar los residuos bajo la mufla o en un crisol, se volverá una tierra estíptica y no fusible; y si antes ha sido ya estíptica, se volverá mucho más todavía, al punto de que el ácido se dejará enrojecer, y fijar conjuntamente con la creta. Verted de nuevo sobre esta misma tierra una mayor cantidad de ácido; destilad otra vez a fuego fuerte, y hacedla enrojecer como la primera vez; veréis que comenzará a volverse más fusible que antes: cuanto más reiteréis estas efusiones de ácidos y fijéis la tierra, más fusible se volverá, y finalmente se fundirá como una sal.

Todavía otra vez, el artista debe inculcarse bien, como ya lo hemos dicho en muchos sitios, que cuanto más fuerte y en cantidad está un ácido cuando trabaja sobre la tierra, tanto más ese ácido se deseca y se fija por el calor, y tanto más se alcaliza, se fija y se vuelve pesado. Al comienzo se llama sal, después azufre, y finalmente mercurio fino. Así como el mercurio no es al comienzo más que un vapor muy tenue y muy volátil, que después deviene fijo y muy pesado, igualmente, a medida que un ácido se alcaliza, descende cada vez más hacia la fijeza, y cambia de denominación: al comienzo se llama vapor, después guhr, vitriolo, azufre, marcasita, metal. Del ácido fijo viene un mercurio, como es fácil de ver en todas las marcasitas, y se lo puede mostrar en forma de un polvo fijo, que a justo título debe llamarse mercurio precipitado. Cuando se precipita el mercurio fluido con un ácido, deviene ácido; deviene igualmente un polvo esponjoso parecido, y como no tiene suficiente de ácido sulfuroso y de oropimente fusible, cuando es fijo, se vuelve un vidrio en su reducción. En este vidrio está oculto el metal más fijo, y el mejor azufre astringente, que ha perdido su ácido fusible. Esto es lo que un químico debe notar bien, y un metalúrgico debe meditar noche y día sobre la forma de proveerse de estas cosas; a saber, primeramente de un sujeto de oropimente,

es decir de un sujeto mercurial fusible, y en segundo lugar de un precipitante; y ellos no son difíciles de encontrar. Considerad solamente el plomo ¿no está todo lleno de mercurio, y no es él el sujeto más excelente para reducir los polvos fijos y volverlos metálicos, aunque por otra parte de una reducción muy difícil? Pero hay que fortificar todavía más su mercurio, sin esto es demasiado poco fusible, como se ve en su vitrificación. Es preciso reducir el plomo o su mercurio, con la adición de su semejante, a una vidrio tan fusible que incluso al calor de una vela se funda como cera. El precipitante es conocido para casi todo: el hierro precipita el cobre; el cobre, el hierro; el plomo precipita la plata, el oro y el estaño, como el mercurio precipita la plata, y la plata el mercurio; para este efecto no hay que tomar sus cuerpos afinados, sino sus excrementos, pues esos cuerpos finos no se precipitan en la fusión, sino que se mezclan con los otros cuerpos, con los que están unidos. Ahora bien, reflexionad cuál puede ser este excremento. No se vende, y no se prepara solamente en todas los negocios de los droguistas, sino en los trabajos de las minas: se lo arroja como completamente inútil. Recoged esta materia, y haced en vuestro provecho.

Se me dirá quizás “vos describís bastante bien la metalurgia y la genealogía de los metales; cómo procede la Naturaleza por grados para hacer los metales y las mineras; pero si se quisiera tomar los mismos principios para producir, por los mismos grados, metales y minerales, estaríamos bien trabados”.

La Naturaleza forja los metales de los vapores corrosivos de la tierra, o de las piedras; pero ella no encuentra en todas partes tierra y piedras de una misma calidad, ni de un mismo calor; y por eso ella hace mineras y metales diferentes, aunque su objetivo final sea hacer el oro. Si no encuentra tierra o piedras convenientes para producir ese metal, hace otro según la cualidad de la tierra y piedras presentes. Yo os enseñaré por amistad una experiencia por la cual podréis hacer un metal de una tierra, o de una piedra (pues una y otra son indiferentes); pero no os prometo que será tal o cual metal. Será uno cualquiera.

Tomad entonces guijarros puros de río; hacedlos enrojecer varias veces; apagadlos siempre en espíritu de sal o de nitro, hasta que se hagan polvo completamente. Poned este polvo en un matraz de vidrio, y verted el mismo peso de agua regia hecha de una parte de agua fuerte y tres partes de espíritu o aceite de vitriolo, o de azufre; hacedlos digerir a la arena a grado lento; después destilad hasta la oleosidad; poned este residuo en lugar frío para cristalizarlo: tendréis en parte vitriolo o cristales, y en parte una tierra esponjosa; así, tendréis el guhr y el vitriolo. Ponedlos de nuevo a fuego de arena con la misma agua regia (la que está hecha de agua regia y de espíritu de vitriolo es preferible); destilad varias veces por cohobación y hasta la sequedad, a fin de que fluyan juntos en una piedra fusible que será muy frangible, como el azufre. Si se la vierte sobre carbones ardientes, arderá y dará un olor sulfuroso. Tomad esta piedra, pulverizadla, ponedla en un matraz a fuego de arena; vertedle de nuevo agua regia, pero no mucha, solamente lo necesario para disolverla, pues de otro modo la volverías volátil y pasaría por el alambique en forma de licor; retiradle el agua regia por destilación como antes, y en el tercer o cuarto grado de fuego ella fluirá en piedra. Pulverizadla, ponedla en un matraz, verted arriba agua de lluvia destilada y hacedla digerir en ese estado durante un mes a calor lento; y se precipitará al fondo una tierra metálica brillante, que cambiará y aumentará cada vez más y será de un género marcasítico, granujiento, en la cual está mezclado el oropimente. Poned esta tierra a fundir en un crisol con la misma cantidad de guijarros pulverizados y calcinados; cimentadlos por un grado de rotación hasta que el crisol esté muy rojo; entonces abrid el crisol, sacad la masa, ponedla bajo la mufla en una copela con el plomo, y ensayadla: encontraréis allí un grano de oro o de plata, pero con muy poco provecho; pues si con este procedimiento os imagináis enriqueceros, os aseguro que en poco tiempo os comeréis vuestros bienes; pero si queréis, podéis hacer el experimento por curiosidad.

Se podrá decir todavía que la Naturaleza no tiene hornos ni baños de arena, ni matraz, ni crisol, etc.

Dadme un fuego central, y vapores centrales en cantidad, y yo operaré precisamente como ella. De otro modo habría que esperar más de cien años para hacer nacer algo. Un químico hábil no objeta a un Artista de semejantes imposibilidades. El Arte no sabría imitar nunca las operaciones de la Naturaleza al espesor de un cabello. Él trabaja mucho más veloz o mucho más lentamente, y de mil artistas, no hay ni uno que encuentre justo el fin que la Naturaleza se ha propuesto; sino que él hace algo aproximado, por principios homogéneos semejantes.

Se me podrá decir todavía ¿por qué tomáis guijarros, y no tierra? ¿Es preciso que la Naturaleza haga los metales con guijarros? Yo pensaba que la piedra era el vaso, y no la materia para hacer el metal.

A esto yo respondo que hay muy pocos químicos que conozcan el guijarro. Si lo conocieran, quizás llegarían pronto a la perfección del Arte. El guijarro es el cuerpo más próximo del plomo y del oro; es de una viscosidad mercurial alcalizada, una cola mineral que resiste a todos los fuegos: se lo podría llamar con justicia el mercurio de los metales, al que sólo le falta un ácido para volverlo metálico; es el fijante muy fijo. Que solamente se de a un guijarro un color metálico, o como se explica, un azufre en su fundición, y se verá con qué facilidad lo recibe, toma enteramente su tintura, y se une con él. Si se le añade más y más, se hace finalmente un régulo, y si se examina el grano que el guijarro ha hecho por su naturaleza fijativa, se verá fácilmente su inclinación a devenir metal. Pero si se quisiera servirse de él para el Arte, hará falta emplear un fuego demasiado violento; por esta razón, aumentad su fusibilidad con los homogéneos aún más fusibles, y las cosas semejantes a él, a fin de que todas juntas se vuelvan fijas y fusibles; entonces se habrá dado un gran paso para fijar las cosas volátiles y para reducir los polvos no fusibles a naturaleza metálica. Pero en resumen, es en relación a ese guijarro que se dice que en los metales, con los metales y las cosas de su género, se hacen los metales.

Que se trabaje una minera y se la examine de la manera antedicha; considéresela en su comienzo, en su medio y hasta en su fin; se encontrará diferentes sujetos, es decir, cosas acuosas, secas, volátiles y fijas; como también fusibles y no fusibles, de difícil y de fácil fusión, según la cualidad de la minera.

El plomo y el estaño son más fusibles que el hierro y el cobre; la plata y el oro están en el medio, y no son ni demasiado, ni demasiado poco fusibles. El artista debe pesar bien el grado de fusibilidad que hay en el guijarro. Si es de una fusibilidad demasiado difícil, es preciso que añada un sujeto de un grado más fusible; si todavía es de una fusión demasiado difícil para su operación, es preciso añadirle más y más sujetos de más fácil fusión, hasta que la fusibilidad sea conveniente para su operación: es entonces cuando habrá encontrado el sello de Hermes, que impide que el cielo volátil se pueda escapar, pues el sello no es solamente la cerradura para cerrar, sino también para atar el volátil.

El guijarro es un sujeto noble que la Naturaleza ha elevado a un grado de fijeza más alto que el oro; también es él la base y el comienzo de la constancia de todas las piedras preciosas. Es una agua muy pura, una agua de constancia y de permanencia; funde en el fuego más fuerte, como de aceite, sin consumirse, y la Naturaleza lo ha empujado a su más alto período: pues la Naturaleza no pasa más allá de la fijeza de la piedra y del vidrio; más bien ella retrograda. Del mismo modo, el Arte no puede ir más lejos que la vitrificación; después, el sujeto vitrificado retrograda a su primera materia.

Tened el guijarro en fuerte recomendación, si queréis fijar una cosa prontamente; pues en él y en los grados que le corresponden, lo mismo que en el cristal que es un guijarro

transparente, consiste el punto esencial de toda constancia. Se lo ve también en el crecimiento de todos los minerales, cuya matriz es pedregosa; pero hay que emplearlo con Arte, porque opera diversamente, según sus diversas preparaciones. Cuando está reducido a agua y a aceite, opera muy distintamente que en su estado natural, y opera diferente también cuando está reducido a un vidrio de difícil o fácil fusión.

El que entiende bien los grados de la Naturaleza, avanza o retrograda a su gusto; vuelve el fijo volátil, y el volátil fijo, como la Naturaleza misma hace, pero en mucho menos tiempo, pues donde la Naturaleza emplea mil años él puede emplear mil días, y todavía menos. Puede hacer retrogradar el metal a marcasita, la marcasita a arsénico y azufre, éste a vitriolo, y el vitriolo a un vapor corrosivo o primera materia; o bien puede transformar este vapor en vitriolo, ese vitriolo en azufre, el azufre en arsénico, el arsénico en marcasita, ésta en metal, y finalmente el metal en vidrio y en piedra.

Para ayudar a los artistas, explicaré en pocas palabras la manera de hacerlo. Si quiero hacer retrogradar un metal que ya ha sido afinado y fundido, y cuyas partes quebradizas han sido separadas por las frecuentes fundiciones, es preciso que añada de nuevo todas las partes que ha perdido, en la misma cantidad y el mismo orden que las perdió, o mejor dicho en un orden contrario. De esta manera el metal se volverá la misma cosa, y de la misma cualidad en que estaba en la mina. Así, por ejemplo, un metal perdió en su fundición el vitriolo o el espíritu del vitriolo, el azufre, el arsénico, la marcasita: hace falta en primer lugar que le devuelva su propia marcasita, u otra parecida; y así como la marcasita excedía el metal en peso y en cantidad, es necesario añadir una mayor cantidad de marcasita. Lo mismo debe ser observado en todo. Tomad entonces el metal, añadidle la marcasita, o un régulo marcasítico, y hacedlos fundir juntos; cuando estén conjuntados, añadid el arsénico; después el azufre; cuando estén bien unidos, añadid el espíritu o el aceite de vitriolo o de alumbre, según el metal sea rojo o blanco. El espíritu de vitriolo o de alumbre lo reducirá por su cantidad excedente a la misma cosa que era al comienzo, es decir a un vitriolo; y cuando es llevado hasta allí se podrá transformar el vitriolo a un vapor o un agua corrosiva, como era al comienzo. Así, el último se volvió el primero, y lo que estaba más bajo se volvió lo más alto. *Inferius factum est superius.*

Lo mismo se hace para avanzar, pues del ácido vitriólico puede hacerse un vitriolo; de éste, un arsénico; del arsénico una marcasita; de ésta un metal y del metal un vidrio. Brevemente, hay que mezclar el metal con su azufre, su arsénico y su marcasita, después añadirle una matriz pedregosa, en igual y en mayor cantidad. Fundid todo junto, y tendréis un vidrio.

Poned atención a este punto esencial: que para reducir el metal a vitriolo y a espíritu, siempre he tomado una mayor cantidad de partes volátiles, porque debían volverse volátiles. Igualmente, en este último ejemplo, se debe tomar una mayor cantidad de partes fijas, y una menor cantidad de volátiles, de otro modo toda el trabajo se perdería, pues si queréis fijar no hay que sobrecargar vuestro sujeto con demasiada cantidad de cosas volátiles. Si por el contrario queréis volatilizar, no hay que tomar demasiado de fijo, sino mucho de volátil, si no fijaríais en lugar de volatilizar.

Si se ignora esta forma de volver fijo y de volver volátil, se operarán muy pocas cosas. Considerad las aumentaciones bizarras de los alquimistas que quieren fijar el mercurio fluido con los metales perfectos, empleando sin ton ni son siete, ocho, nueve y hasta doce partes de mercurio volátil, sobre una parte de metal fijo perfecto. ¿Es posible que no vean que esto es contrario a la Naturaleza, y contra todas las reglas? Cuando se quiere fijar, más bien hay que hacer todo lo contrario, es decir tomar doce partes de fijo y una parte de mercurio o de volátil; y cuando esta parte esté fija, se aumentará con el tiempo, de manera de poder añadirle una mayor parte de volátil. Es así que se podrá sacar de ello alguna utilidad, pero en el

comienzo hay que tener paciencia. Esos pretendidos “aumentadores” tienen una nube delante de los ojos y no ven que aunque el mercurio se adhiere al metal, no se conjunta con él íntimamente y en sus menores partes, lo que debería hacerles notar que falta un medio. Deberían entonces buscarlo. El mercurio es un metal volátil y conglomerado, y un metal no entra en el otro con una mezcla perfecta sin los medios que se les han quitado en la fundición: recurrid entonces a ellos, y buscadlos, o tomad una cosa parecida.

El mundo está lleno de errores parecidos. Se pone juntos lo muy volátil, que es un extremo, con lo fijo, que es otro extremo, y se pretende hacer al instante una conjunción. No es sorprendente que no se tenga éxito. Tómese y añádase solamente azufre volátil al oro, póngalos juntos al fuego, y pronto se verá escaparse el azufre sin lesión del oro. Pero si se toman los medios, como el arsénico o la marcasita, y se los pone sobre el oro fundido, pronto el oro se reducirá a polvo. Apréndase de esto a conjuntar cada cosa con su semejante.

¿No se encuentran estos medios en cantidad? ¿No se tiene el vitriolo y el arsénico amarillo y rojo para los astros rojos; y el arsénico blanco y el bismuto para los astros blancos? Cada uno puede aprender a volverse sabio.

Hasta ahora hemos explicado en parte el reino mineral; y discutido con cuidado algunos puntos esenciales tocantes a su origen y su fin. Pero el punto más esencial es éste.

Si tratáis de fijar alguna cosa, de volverla constante, de coagularla y de espesarla, encontraréis en este reino las vías más curiosas y las más abreviadas. Sin embargo no hay que apegarse tan exactamente a este punto de la extrema fijación, porque cada reino tiene un fijativo suficiente, como lo demostraremos en la segunda parte de este tratado. Pero en cualquier reino que trabajéis, recordad siempre este principio fundamental, que es no ir de un extremo al otro más que por los grados intermedios; y en consecuencia, si queréis fijar, no juntar lo muy volátil y lo muy fijo; sino tomar el volátil y fijarlo, para después unirlo a lo muy fijo: es así que arribaréis al fin deseado. Todo se hace más bien por los homogéneos que por los heterogéneos, y solamente así se manifiesta la armonía de la quintaesencia concentrada.

Terminaremos aquí la primera parte de nuestra obra, en la cual creemos haber demostrado suficientemente de qué y cómo se hace la generación de todas las cosas naturales. En la segunda trataremos de su corrupción y de su análisis; la ligaremos con la primera para una mayor aclaración, porque la corrupción precede a la generación, y también la sigue.